

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NUM. 206.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

—
FEBRERO 1906
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

10.782

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SEPULCRO DE DON QUIJOTE

Me preguntas, mi buen amigo, si sé la manera de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren. ¿No habría un medio—me dices—de reproducir la epidemia de los flagelantes ó la de los convulsionarios? Y me hablas del milenario.

Como tú, siento yo con frecuencia la nostalgia de la Edad Media; como tú, quisiera vivir entre los espasmos del milenario. Si consiguiéramos hacer creer que en un día dado, sea el 2 de Mayo de 1908, el centenario del grito de la independencia, se acababa para siempre España; que en ese día nos repartían como á borregos, creo que el día 3 de Mayo de 1908 sería el día más grande de nuestra historia, el amanecer de una nueva vida.

Esto es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada. Y cuando alguno trata de agitar aisladamente este ó aquel problema, una ú otra cuestión, se lo atribuyen ó á negocio ó á afán de notoriedad y ansia de singularizarse.

No se comprende aquí ya ni la locura. Hasta del loco creen y dicen que lo será por tenerle su cuenta y razón. Lo de la razón de la sinrazón es ya un hecho para todos estos miserables. Si nuestro señor Don Quijote resucitara y volviese á esta su España, andarían buscándoles una segunda intención á sus nobles desvaríos. Si uno denuncia un abuso, persigue la injusti-

cia, fustiga la ramplonería, se preguntan los esclavos: ¿qué irá buscando en eso? ¿A qué aspira? Unas veces creen y dicen que lo hace para que le tapen la boca con oro; otras, que es por ruines sentimientos y bajas pasiones de vengativo ó envidioso; otras, que lo hace no más sino por meter ruido y que de él se hable, por vanagloria; otras, que lo hace por divertirse y pasar el tiempo, por deporte. ¡Lástima grande que á tan pocos les dé por deportes semejantes!

Fíjate y observa. Ante un acto cualquiera de generosidad, de heroísmo, de locura, á todos esos estúpidos bachilleres, curas y barberos de hoy no se les ocurre sino preguntarse: ¿por qué lo hará? Y en cuanto creen haber descubierto la razón del acto, sea ó no la que ellos se suponen, se dicen: ¡bah, lo ha hecho por esto ó por lo otro! En cuanto una cosa tiene razón de ser y ellos la conocen, perdió todo su valor la cosa. Para eso les sirve la lógica, la cochina lógica.

Comprender es perdonar, se ha dicho. Y esos miserables necesitan comprender para perdonar el que se les humille, el que con hechos ó palabras se les eche en cara su miseria sin hablarles de ella.

Han llegado á preguntarse estúpidamente para qué hizo Dios el mundo, y se han contestado á sí mismos: ¡para su gloria!, y se han quedado tan orondos y satisfechos como si los muy majaderos supieran qué es eso de la gloria de Dios.

Las cosas se hicieron primero, su para qué después. Que me den una idea nueva, cualquiera, sobre cualquier cosa, y ella me dirá después para qué sirve.

Alguna vez, cuando expongo algún proyecto, algo que me parece debía hacerse; algo, sobre todo, que debía decirse, no falta nunca quien me pregunte: ¿y después? A preguntas tales no cabe otra respuesta que una repregunta. Y al «¿y después?» no hay sino dar de rebote un «¿y antes?»

No hay porvenir; nunca hay porvenir. Eso que llaman el porvenir es una de las más grandes mentiras. El verdadero porvenir es hoy. ¿Qué será de nosotros mañana? ¡No hay ma-

ñana! ¿Qué es de nosotros hoy, ahora? Esta es la única cuestión.

Y en cuanto á hoy, todos esos miserables están muy satisfechos, porque hoy existen, y con existir les basta. La existencia, la pura y nuda existencia, llena su alma toda. No sienten que haya más que existir.

Pero ¿existen? ¿existen de verdad? Yo creo que no, pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y este sufrimiento, esta pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros; Dios, que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra finitud y nuestra temporalidad, este divino sufrimiento les haría romper todos esos menguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus menguados recuerdos á sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado á la ilusión de su porvenir.

¿Por qué hace eso? ¿Preguntó acaso nunca Sancho por qué hacía Don Quijote las cosas que hacía?

Y vuelta á lo mismo, á tu pregunta, á tu preocupación: ¿qué locura colectiva podríamos imbuir en estas pobres muchedumbres? ¿qué delirio?

Tú mismo te has acercado á la solución en una de esas cartas con que me asaetas á preguntas. En ella me decías: ¿no crees que se podría intentar alguna nueva cruzada?

Pues bien, sí: creo que se puede intentar la santa cruzada de ir á rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir á rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.

Defenderán, es natural, su usurpación, y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia del sepulcro les corresponde. Lo guardan para que el caballero no resucite.

A esas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente á sus razones, estás perdido.

Si te preguntan, como acostumbran: ¿con qué derecho reclamas el sepulcro?, no les contestes nada, que ya lo verán luego. Luego... tal vez cuando ni tú ni ellos existáis ya, por lo menos en este mundo de las apariencias.

Y esta santa cruzada lleva una gran ventaja á aquellas otras santas cruzadas de que alboreó una nueva vida en este viejo mundo. Aquellos ardientes cruzados sabían dónde estaba el sepulcro de Cristo, donde se decía que estaba, mientras que nuestros cruzados no sabrán dónde está el sepulcro de Don Quijote. Hay que buscarlo peleando por rescatarlo.

Tu locura quijotesca te ha llevado más de una vez á hablarme del quijotismo como de una nueva religión. Y á eso he de decirte que esa nueva religión que propones y de que me hablas, si llegara á cuajar tendría dos singulares preeminencias. La una, que su fundador, su profeta, Don Quijote—no Cervantes, por supuesto,—no estamos seguros de que fuese un hombre real, de carne y hueso, sino que más bien sospechamos que fué una pura ficción. Y su otra preeminencia sería la de que ese profeta era un profeta ridículo, que fué la befa y el escarnio de las gentes.

Es el valor que más falta nos hace: el de afrontar el ridículo. El ridículo es el arma que manejan todos los miserables bachilleres, barberos, curas, canónigos y duques que guardan escondido el sepulcro del Caballero de la Locura. Caballero que hizo reir á todo el mundo, pero que nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para parir chistes. Hizo reir con su seriedad.

Empieza, pues, amigo, á hacer de Pedro el Ermitaño, y llama á las gentes á que se te unan, se nos unan, y vayamos todos á rescatar ese sepulcro que no sabemos dónde está. La cruzada misma nos revelará el sagrado lugar.

Verás cómo así que el sagrado escuadrón se ponga en marcha aparecerá en el cielo una estrella nueva, sólo visible para los cruzados, una estrella refulgente y sonora, que cantará un canto nuevo en esta larga noche que nos envuelve, y la estrella se pondrá en marcha en cuanto se ponga en marcha el escuadrón de los cruzados, y cuando hayan vencido en su cruzada ó cuando hayan sucumbido todos—que es acaso la manera única de vencer de veras—la estrella caerá del cielo y, en el sitio en donde caiga, allí está el sepulcro. El sepulcro está donde muera el escuadrón.

Y allí, donde está el sepulcro, allí está la cuna, allí está el nido. Y de allí volverá á surgir la estrella refulgente y sonora, camino del cielo.

Y no me preguntes más, querido amigo. Cuando me haces hablar de estas cosas me haces que saque del fondo de mi alma dolorida por la ramplonería ambiente que por todas partes me acosa y aprieta, dolorida por las salpicaduras del fango de mentira en que chapoteamos, dolorida por los arañazos de la cobardía que nos envuelve, me haces que saque del fondo de mi alma dolorida las visiones sin razón, los conceptos sin lógica, las cosas que ni yo sé lo que quieren decir ni menos quiero ponerme á averiguarlo.

¿Qué quieres decir con eso?—me preguntas más de una vez. Y yo te respondo:—¿Lo sé yo acaso?

¡No, mi buen amigo, no! Muchas de estas ocurrencias de mi espíritu que te confío ni yo sé lo que quieren decir, ó por lo menos soy yo quien no lo sé. Hay alguien dentro de mí que me las dicta, que me las dice. Le obedezco, y no me adentro á verle la cara ni á preguntarle por su nombre. Sólo sé que si le viese la cara y si me dijese su nombre me moriría yo para que viviese él.

Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía á poner en los míos, y hacerles decir como en broma lo que yo siento muy en serio.

Tú me conoces, tú, y sabes bien cuán lejos estoy de rebuscar adrede paradojas, extravagancias y singularidades, piensen lo que pensaren algunos majaderos. Tú y yo, mi buen amigo, mi único amigo absoluto, hemos hablado muchas veces á solas de lo que sea la locura, y hemos comentado aquello del *Brand* ibseniano, hijo de Kierkegaard, de que está loco el que está solo. Y hemos concordado en que una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, de todo el género humano acaso. En cuanto una alucinación se hace colectiva, se hace popular, se hace social, deja de ser alucinación para convertirse en una realidad, en algo que está fuera de cada uno de los que la comparten. Y tú y yo estamos de acuerdo en que hace falta llevar á las muchedumbres, llevar al pueblo, llevar á nuestro pueblo español, una locura cualquiera, la locura de uno cualquiera de sus miembros que esté loco, pero loco de verdad y no de mentirijillas. Loco, y no tonto.

Tú y yo, mi buen amigo, nos hemos escandalizado ante eso que llaman aquí fanatismo, y que por nuestra desgracia no lo es. No, no es fanatismo nada que esté reglamentado y contenido y encauzado y dirigido por bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques; no es fanatismo nada que lleve un pendón con fórmulas lógicas, nada que tenga programa, nada que se proponga para mañana un propósito que puede un orador desarrollar en un metódico discurso.

Una vez ¿te acuerdas? vimos á ocho ó diez mozos reunirse y seguir á uno que les decía: ¡vamos á hacer una barbaridad! Y eso es lo que tú y yo anhelamos: que el pueblo se apiñe, y gritando ¡vamos á hacer una barbaridad! se ponga en marcha. Y si algún bachiller, algún barbero, algún cura, algún canónigo ó algún duque les detuviese para decirles: «¡hijos míos! está bien, os veo henchidos de heroísmo, llenos de santa indignación; también yo voy con vosotros; pero antes de ir todos, y yo con vosotros, á hacer esa barbaridad, ¿no os parece que debíamos ponernos de acuerdo respecto á la bar-

baridad que vamos á hacer? ¿qué barbaridad va á ser esa?»; si alguno de esos malandrines que he dicho les detuviese para decirles tal cosa, deberían derribarle al punto y pasar todos sobre él, pisoteándole, y ya empezaba la heroica barbaridad.

¿No crees, mi amigo, que hay por ahí muchas almas solitarias á las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revienten? Vé, pues, á ver si logras juntarlas y formar escuadrón con ellas y ponernos todos en marcha—porque yo iré con ellos y tras de ti—á rescatar el sepulcro de Don Quijote, que, gracias á Dios, no sabemos dónde está. Ya nos lo dirá la estrella refulgente y sonora.

¿Y no será—me dices en tus horas de desaliento, cuando te vas de ti mismo,—no será que, creyendo al ponernos en marcha caminar por campos y tierras, estemos dando vueltas en torno al mismo sitio? Entonces la estrella estará fija, quieta sobre nuestras cabezas, y el sepulcro en nosotros. Y entonces la estrella caerá, pero caerá para venir á enterrarse en nuestras almas. Y nuestras almas se convertirán en luz, y, fundidas todas en la estrella refulgente y sonora, subirá ésta, más refulgente aún, convertida en un sol, en un sol de eterna melodía, á alumbrar el cielo de la Patria redimida.

En marcha, pues. Y ten cuenta no se te metan en el sagrado escuadrón de los cruzados bachilleres, barberos, curas, canónigos ó duques disfrazados de Sanchos. No importa que te pidan ínsulas; lo que debes hacer es expulsarlos en cuanto te pidan el itinerario de la marcha, en cuanto te hablen del programa, en cuanto te pregunten al oído, maliciosamente, que les digas hacia dónde cae el sepulcro. Sigue á la estrella. Y haz como el Caballero: endereza el tuerto que se te ponga delante. Ahora lo de ahora, y aquí lo de aquí.

¡Poneos en marcha! ¿Que adónde vais? La estrella os lo dirá: ¡al sepulcro! ¿Qué vamos á hacer en el camino mientras marchamos? ¿Qué? ¡Luchar! Luchar, ¿y cómo?

¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente? Gritarle á la cara: ¡mentira! ¡Y adelante! ¿Tropezáis con uno que roba? Gritarle:

¡ladrón! ¡Y adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, á quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritarles: ¡estúpidos! ¡Y adelante! ¡Adelante siempre!

¿Es que con eso—me dice uno, á quien tú conoces y que ansía ser cruzado,—es que con eso no se borra la mentira, ni el ladronicio, ni la tontería del mundo? ¿Quién ha dicho que no? La más miserable de todas las miserias, la más repugnante y apestosa argucia de la cobardía, es esa de decir que nada se adelante con denunciar á un ladrón, porque otros seguirán robando; que nada se logra con llamarle en su cara majadero al majadero, porque no por eso la majadería disminuirá en el mundo.

Sí, hay que repetirlo una y mil veces: con que una vez, una sola vez, acabases del todo y para siempre con un solo embustero, habríase acabado el embuste de una vez para siempre.

¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón á todos los que empiecen á estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha y su compás y su ritmo. Sobre todo, ¡fuera con los que á todas horas andan con eso del ritmo! Te convertirían el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha en danza. ¡Fuera con ellos! Que se vayan á otra parte á cantar á la carne.

Esos, que tratarían de convertirme el escuadrón de marcha en cuadrilla de baile, se llaman á sí mismos, y los unos á los otros entre sí, poetas. No lo son. Son cualquier otra cosa. Esos no van al sepulcro sino por curiosidad, por ver cómo sea, en busca acaso de una sensación nueva, y por divertirse en el camino. ¡Fuera con ellos!

Esos son los que, con su indulgencia de bohemios, contribuyen á mantener la cobardía y la mentira y las miserias todas que nos anonadan. Cuando predicán libertad no piensan más que en una: en la de disponer de la mujer del prójimo. Todo es en ellos sensualidad, y hasta de las ideas, de las grandes ideas, se enamoran sensualmente. Son incapaces de casarse

con una grande y pura idea y criar familia de ella; no hacen sino amontonarse con las ideas. Las toman de queridas, menos aún, tal vez de compañeras de una noche. ¡Fuera con ellos!

Si alguien quiere coger en el camino tal ó cual florecilla que á su vera sonríe, cójala, pero de paso, sin detenerse, y siga al escuadrón, cuyo alférez no habrá de quitar ojo de la estrella refulgente y sonora. Y si se pone la florecilla en el peto, sobre la coraza, no para verla él, sino para que se la vean, ¡fuera con él! Que se vaya, con su flor en el ojal, á bailar á otra parte.

Mira, amigo: si quieres cumplir tu misión y servir á tu patria, es preciso que te hagas odioso á los muchachos sensibles que no ven el Universo sino á través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras suenen estridentes y agrias á sus oídos.

El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque ó al abrigo de la montaña. Levantará allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus pies, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al siguiente día. Y cuando alguno se muera le dejarán á la vera del camino, amortajado en su armadura, á merced de los cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos.

Si alguno intenta durante la marcha tocar pífano ó dulzaina ó caramillo ó vihuela ó lo que fuere, rómpele el instrumento y échale de filas, porque estorba á los demás oír el canto de la estrella. Y es, además, que él no la oye. Y quien no oiga el canto del cielo, no debe ir en busca del sepulcro del Caballero.

Te hablarán esos danzantes de poesía. No les hagas caso. El que se pone á tocar su jeringa — que no es otra cosa la *syringa*—debajo del cielo sin oír la música de las esferas, no merece que se le oiga. No conoce la abismática poesía del fanatismo: no conoce la inmensa poesía de los templos vacíos, sin luces, sin dorados, sin imágenes, sin pompas, sin aromas, sin

nada de eso que llaman arte. Cuatro paredes lisas y un techo de tablas; un corralón cualquiera.

Echa del escuadrón á todos los danzantes de la jeringa. Échalos antes de que se te vayan por un plato de alubias. Son filósofos cínicos, indulgentes, buenos muchachos, de los que todo lo comprenden y todo lo perdonan. Y el que todo lo comprende, no comprende nada; y el que todo lo perdona, nada perdona. No tienen escrúpulo en venderse. Como viven en dos mundos, pueden guardar su libertad en el otro y esclavizarse en éste. Son á la vez estetas y perezistas ó lopezistas ó rodriguezistas.

Hace tiempo se dijo que el hambre y el amor son los dos resortes de la vida humana. De la baja vida humana, de la vida de tierra. Los danzantes no bailan sino por hambre ó por amor: hambre de carne, amor de carne también. Échalos de tu escuadrón, y que allí, en un prado, se harten de bailar mientras uno toca la jeringa, otro da palmaditas y otro canta á un plato de alubias ó á los muslos de su querida de temporada. Y que allí inventen nuevas piruetas, nuevos trenzados de pies, nuevas figuras de rigodón.

Y si alguno te viniera diciendo que él sabe tender puentes y que acaso llegue ocasión en que se deba aprovechar sus conocimientos para pasar un río, ¡fuera con él! ¡Fuera el ingeniero! Los ríos se pasarán vadeándolos ó á nado, aunque se ahogue la mitad de los cruzados. Que se vaya el ingeniero á hacer puentes á otra parte donde hacen mucha falta. Para ir en busca del sepulcro, basta la fe como puente.

*
*
*

Si quieres, mi buen amigo, llenar tu vocación debidamente, desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia y no son sino mezquinos remedos del arte y de la ciencia verdaderos. Que te baste tu fe. Tu fe será tu arte, tu fe será tu ciencia.

He dudado más de una vez de que puedas cumplir tu obra al notar el cuidado que pones en escribir las cartas que me escribes. Hay en ellas no pocas veces tachaduras, enmiendas, correcciones, jeringazos. No es un chorro que brota violento, expulsando el tapón. Más de una vez tus cartas degeneran en literatura, en esa cochina literatura, aliada natural de todas las esclavitudes y de todas las miserias. Los esclavizadores saben bien que mientras está el esclavo cantando á la libertad, se consuela de su esclavitud y no piensa en romper sus cadenas.

Pero otras veces recobro fe y esperanza en ti cuando siento bajo tus palabras atropelladas, improvisadas, cacofónicas, el temblar de tu voz dominada por la fiebre. Hay ocasiones en que puede decirse que ni están en un lenguaje determinado. Que cada cual lo traduzca al suyo.

Procura vivir en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan á cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas. Cuando oigas de alguien que es impecable, en cualquiera de los sentidos de esta estúpida palabra, huye de él; sobre todo si es artista. Así como el hombre más tonto es el que en su vida ha hecho ni dicho una tontería, así el artista menos poeta, el más anti-poético—y entre los artistas abundan las naturalezas anti-poéticas—es el artista impecable, el artista á quien decoran con la corona, de laurel de cartulina, de la impecabilidad los danzantes de la jeringa.

Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad.

Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán á tu lado, aunque no los veas. Cada cual creará ir solo, pero for-

maréis batallón sagrado, el batallón de la santa é inacabable cruzada.

Tú no sabes bien, mi buen amigo, cómo los solitarios todos, sin conocerse, sin mirarse á las caras, sin saber los unos los nombres de los otros, caminan juntos y prestándose mutua ayuda. Los otros hablan unos de otros, se dan las manos, se felicitan mutuamente, se bombean y se denigran, murmuran entre sí, y va cada cual por su lado. Y huyen del sepulcro.

Tú no perteneces al cotarro, sino al batallón de los libres cruzados. ¿Por qué te asomas á las tapias del cotarro á oír lo que en él se cacarea? ¡No, amigo mío, no! Cuando pases junto á un cotarro tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante, camino del sepulcro. Y que en esa palabra vibren toda tu sed, toda tu hambre, toda tu morriña, todo tu amor.

Si quieres vivir de ellos, vive para ellos. Pero entonces, mi pobre amigo, te habrás muerto.

Me acuerdo de aquella dolorosa carta que me escribiste cuando estabas á punto de sucumbir, de derogar, de entrar en la cofradía. Vi entonces cómo te pesaba tu soledad, esa soledad que debe ser tu consuelo y tu fortaleza.

Llegaste á lo más terrible, á lo más desolador, llegaste al borde del precipicio de tu perdición, llegaste á dudar de tu soledad, llegaste á creerte en compañía. «¿No será—me decías—una mera cavilación, un fruto de soberbia, de petulancia, tal vez de locura, esto de creerme solo? Porque yo, cuando me sereno, me veo acompañado, y recibo cordiales apretones de manos, voces de aliento, palabras de simpatía, todo género de muestras de no encontrarme solo, ni mucho menos.» Y por aquí seguías. Y te ví engañado y perdido, te ví huyendo del sepulcro.

No, no te engañas en los accesos de tu fiebre, en las agonías de tu sed, en las congojas de tu hambre; estás solo, enteramente solo. No sólo son mordiscos los mordiscos que como tales sientes, lo son también los que como besos. Te silban los que aplauden, te quieren detener en tu marcha al sepulcro los

que te gritan ¡adelante! Tápate los oídos. Y, ante todo, cúrate de una afección terrible, que por mucho que te la sacudes, vuelve á ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas á los demás. Cuídate sólo de cómo aparezcas ante Dios; cuídate de la idea que de ti Dios tenga.

Estás solo, mucho más solo de lo que te figuras, y aun así no estás sino en camino de la absoluta, de la completa, de la verdadera soledad. La absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni aun consigo mismo. Y no estarás de veras completa y absolutamente solo hasta que no te despojes de tí mismo, al borde del sepulcro. ¡Santa soledad!



Todo esto dije á mi amigo, y él me contestó en una larga carta llena de un furioso desaliento, estas palabras:

«Todo eso que me dices está muy bien, está bien, no está mal; pero ¿no te parece que en vez de ir á buscar el sepulcro de Don Quijote y rescatarlo de bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques, debíamos ir á buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes é incrédulos, de ateos y deístas que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, á que Dios resucite y nos salve de la nada?»

MIGUEL DE UNAMUNO

LA FUERZA DE LOS ESTADOS

PSICOLOGÍA MILITAR

Parecía haberse perdido el eco de las voces generosas de Kant y Saint-Pierre, predicando la más bella utopía: la paz universal.

De Rusia se alzó otra voz, remedo de aquella elocuentísima que un día encendiera las aulas de la Universidad de Koenigsberg.

En El Haya reuniéronse los representantes de la *barbarie ilustrada* para tratar de la paz, rodeados de formidables aprestos de guerra.

La majestad de las deliberaciones vióse interrumpida por gritos de dolor que la prensa recogía del seno de África.

Más de un estadista que había leído á Tolstoi sonrió con amargura; pero no resonó un solo grito de indignación en el lucidísimo concurso.

El sainete internacional continuaba, oficiando de director de escena el Zar de Rusia.

Sólo algunos espectadores se levantaron de sus asientos, en hermoso alarde de muda protesta.

La turbamulta europea continuó fijos los ojos en el espectáculo de aquella original función de jurídico desagravio, en que alternaban los bufones de las Chancillerías con los payasos de regia estirpe.

El Zar (el padre) sonreía paternalmente, rodeado de sus

cuatro millones de bayonetas, mientras pensaba en la ejecución del testamento de Pedro el Grande, encargando del cumplimiento de sus cláusulas á la caballería cosaca.

Inglaterra, esa hermana espiritual de Cartago, también tenía allí su representación, encargada de velar por la paz, con los ojos fijos en las doctrinas de Bentham y Darwin, los dos hijos que mejor representaron con sus doctrinas su genio político.

Los gritos de dolor se sucedían; pero la impasibilidad de los flamantes filántropos no se alteraba por semejantes inanidades.

Después de todo, la cosa no merecía la pena. Era un acto más en el eterno drama del bandidaje con patente. Los ingleses, que asesinaban y robaban á los *boers*, como antes los americanos habían asesinado y robado á los españoles...

El asesinato reglamentado, la destrucción elevada á la categoría de arte y ciencia, con su literatura, literatura roja (del color de la sangre); los sencillos y probos labradores, trocados en homicidas asalariados; el noble hierro, que Natura crió para desgarrar tierras, forjado y pulido para traspasar pechos; el sér de razón, convertido en autómatas, en servidor inconsciente de un trapo multicolor que dicen que es la patria (¡oh mágico poder de la fantasía, que llega á legitimar los delitos con unas cuantas varas de lienzo!); el brazo fuerte, apto para la lucha con la materia, encadenado al cruel capricho de la codicia de un hombre; la voluntad, dócilmente plegada al eco de una voz que pregona la muerte y de una corneta que manda darla; el hombre, en desacuerdo consigo mismo, víctima del instinto que ruge allá en el enmarañado fondo de su singular naturaleza, que á veces tiene destellos de cielo azul, y otras lobregueces y negruras de sombra.

Eso es el militarismo, eso es la guerra, eso es el soldado.

¡Sensiblerías!, me contestarán los sociólogos de gabinete. Un pueblo guerrea por necesidad de expansión física. La guerra es uno de los vehículos de la civilización, un fenómeno na-

tural, una selección útil para resolver el arduo problema que planteó Malthus, es casi una ley biológica.

¡Triste ley y horrible selección que equilibra la vida social elevando á institución económica la muerte violenta!

La civilización sería un hecho con, sin y sobre la guerra. Hay en el fondo de todos los organismos un poder de renovación, una *vix medicatrix*, que resuelve las crisis y cura las dolencias.

Las leyes biológicas matan sin efusión de sangre. Los ejércitos asesinan.

Puede asegurarse que Roma y Bizancio hubieran caído sin que los bárbaros ni Tamerlán las empujasen.

¡Y aún habrá quien tache de bárbaras á las antiguas Repúblicas porque mataban á los débiles y á los ancianos! Más bárbaras son las modernas democracias, que inmolan á los fuertes y jóvenes.

Hay mucha filosofía y más humanidad de lo que parece en el acuerdo de los magistrados de Esparta condenando á muerte á los seres débiles. Es un darwinismo filantrópico, aplicado como un mal menor en los albores de la vida.

Matar á un sér débil al nacer, para evitarle las consecuencias de un vivir odioso y un seguro vencimiento, es cosa dura, pero más noble que criar un sér fuerte y robusto para lanzarlo luego á la muerte, so pretexto de que peligra una corona ó se derrumba un trono.

Allá en el fondo de una sala cubierta de bancos y pupitres, tras los que asoman juveniles cabezas, un hombre de severo aspecto habla del bien, de la gran religión del deber, del amor á nuestros semejantes.

La legión infantil escucha aquella voz, eco modesto de las sublimes parábolas del Crucificado.

Pasan años. Un día, unos hombres de mirada dura, de violentos ademanes, vestidos con abigarrados trajes de chillones colores, llegan al lugar donde se eleva la escuela, reclutan los niños, los analizan y palpan, escuchan el ruido del aire en sus pulmones, cuentan los latidos de su corazón, prueban el

temple de sus músculos, ojean la anchura de su pecho, cubren sus cuerpos con áspera vestidura, oprimen su cintura con ancha correa de la que cuelga un cuchillo, arman su brazo con mortífero instrumento, vierten en sus oídos palabras y números, hacen girar sus cuerpos en diabólica danza ó correr en vertiginosa carrera, meten en sus cerebros ideas siniestras, les proveen de un libro que manda matar por no sé qué cosas y, al conjuro de una voz imperiosa, aquellos jóvenes, cuyos labios tienen aún el carmín y la suavidad de la niñez, se truecan en fierecillas rencorosas que acechan, hieren, matan ó mueren con espantosa inconsciencia de sugestionados ó bárbara resignación de mártires...

Las madres lloran y el maestro contempla su obra destruída. El cuartel ha vencido á la escuela, el instinto á la razón, la fiera al hombre. Eso es el servicio militar, el impuesto de sangre, la cooperación al crimen colectivo (la guerra) que manda el Estado, ese gran Moisés jurídico que viene promulgando su ley entre nubes de venablos ó polvo hirviente de cañones, desde Ciro á Napoleón, de Tamerlán á Federico el Grande. Pero (siguen objetando los defensores de la milicia armada) es que el ejército es el brazo del derecho, la garantía de la paz, un instrumento de previsión política y de orden internacional, el centinela de la integridad física del territorio y el mandatario de la honra patria (aquí encaja el tan cacareado *Si vis pacem para bellum*).

No soy de los que creen que la coacción es nota característica y *sine qua non* del derecho, y pienso que éste se ha de cumplir por libérrimo impulso para que derecho sea.

La fuerza es para mí, en este orden, energía psíquica ó antropológica. De otra suerte, la lógica nos llevaría á afirmar que los salvajes son los que mejor cumplen el derecho, pues no le conciben sin ir acompañado de la fuerza material.

Digan lo que quieran los jurisconsultos clásicos, allí donde la coacción pone su tosca y brutal huella se desnaturaliza el derecho.

Eso de garantizar el triunfo y la implantación del bien á cañonazos, es cosa que no comprenderé nunca.

Cierto es que alguna vez, por excepción, la fuerza pone en acción al derecho, cuya marcha intenta estorbar la tiranía; pero ¡cuántas veces no lo perturba al pretender vindicarlo!

Se objetará que esto son sensiblerías pueriles; pero si la humanidad moderna no sabe resolver las colisiones jurídicas de otro modo que como las resolvían los medos y persas, que no se llame cristiana y civilizada.

Cierto que la propiedad ha de estar guardada para repeler las tentativas de latrocinio y depredación internacional; pero aparte de que todos los ejércitos de Jerjes no conseguirían asegurar la inviolabilidad física de un territorio en estos tiempos del acorazado, el vapor, la dinamita y las balas *dum dum*, hay el riesgo de alarmar al vecino y poner en cuidado al extraño con la creación y mantenimiento de esos inmensos núcleos de fuerza, que son una provocación al orden y un robo de energías útiles, verdadera sangría suelta que agota y postra al fin el organismo nacional.

Yo me explico que (dada la existencia de la propiedad individual como un mal por ahora necesario) un ciudadano tenga guardias para vigilar sus fincas, y perros para custodiar sus ganados y viviendas; pero no que, en previsión de posibles violaciones y despojos, arme á toda su servidumbre y la vaya escalonando por los linderos de sus fincas.

Se concibe que yo tenga en mi casa una escopeta para defenderme de las agresiones de un ladrón; pero no que la coja y con ella me pasee frente á la puerta en actitud hostil, desafiando á los transeuntes.

Cuando yo estudiaba Derecho Internacional, el profesor de la asignatura (un pacienzudo bibliógrafo muy conocido en España por sus clasificaciones jurídico-literarias más ó menos artísticas) nos hablaba de comunidad jurídica de los Estados, deberes de los mismos, neutralidad, leyes civilizadoras de la guerra, etc.

En mitad del curso estalló la guerra hispanoamericana, y dos meses después aquellas *civilizadoras leyes de la guerra* cargaron los cañones yanquis con balas de petróleo, y nos dieron una lección de *alta barbarie* en las aguas de Santiago.

Hay que ser lógicos, y una vez aceptada la necesidad de la guerra, legitimar como buenos todos los medios que tiendan á destruir ó paralizar la acción del enemigo.

No es cierto, en la mayoría de las veces, que el ejército sea el mandatario de la patria. Si la patria la constituyen los políticos oficiales, los tribunos gárrulos é histriónicos, los periodistas ladradores y los burgueses, entonces de hecho el ejército es un servidor de la patria. Pero como ésta la forman los trabajadores, y el trabajo es enemigo de la guerra, y el ejército se recluta entre los hijos del trabajo, es absurdo sostener que sea mandatario de la patria quien, como el proletario soldado, al pelear lo hace contra su propio bienestar y el bienestar de los suyos.

Si se pusiera á votación una guerra entre todos los miembros de un Estado, estoy seguro de que no votarían á favor de ella sino unos cuantos comerciantes y políticos *pané* lucrando á quienes podría convenir, por significar la apertura de un nuevo mercado para sus productos ó una consoladora reparación para su maltrecho crédito.

Afirmar, sobre todo aquí en España, que el ejército es el brazo de la patria, es mentir á sabiendas y burlarse de las enseñanzas de la realidad y la historia.

En otro libro he probado que, en los últimos cien años, más veces ha peleado el ejército contra el pueblo (es decir, contra sí mismo) que á favor del pueblo.

La historia constituye á menudo los anales de un delito de fratricidio colectivo, en que el ejército se ha visto forzado á desempeñar el siniestro papel de Caín.

El ejército es una policía del Estado oficial, un representante de los privilegiados, cuya propiedad defiende y cuyas codi-

cias sostiene frente á los ataques de las muchedumbres, sedientas de pan y de justicia.

Triste es afirmarlo; pero esa avalancha de regimientos que constituyen la fuerza oficial se trueca en ciego instrumento de la plutocracia y el caciquismo burocrático contra el proletariado.

¿Qué debemos entender entonces por fuerza de un Estado? Permitid una ligera digresión.

Fuerza, y no otra cosa, revelan los movimientos siderales; fuerza, las atracciones moleculares; fuerza, los movimientos del planeta; fuerza, las mareas, que vienen á ser como la respiración del mar; fuerza, los flujos y reflujos de las grandes masas interiores del globo, que engendran terremotos y volcanes; fuerza es todo, pero en admirable contrapeso, en sabia compensación, porque de ella depende la universal armonía, y la fuerza que arrolla y desquicia no es fuerza, sino violencia, la cual es potente para crear el *caos*, pero impotente para conservar el mundo.

Y si del orden físico pasamos al moral y político, la fuerza surge por doquier, sin que se interrumpa un momento su terrible dictadura.

Pero aquí la fuerza no es verdadera fuerza, sino debilidad, que la sociedad disfraza con ese nombre, *ruin creación* de ese convencionalismo del lenguaje que tapa la corrupción de la conciencia colectiva.

Decía la insigne Concepción Arenal que la mayor fuerza era la virtud y el vicio la mayor debilidad. Pluguiera á Dios que así pensáramos todos.

Pero no. La fuerza, aquí abajo, es sinónima de todo lo artificial, bajo y monstruoso.

Fuerza es, y fuerza irresistible, el oro, soberanía de hecho, sin rival en el siglo; fuerza es la musculatura, el cañón, la bayoneta, el acorazado, aunque se pongan al servicio de la iniquidad; *fuerza* es la ley de las mayorías sociales (el egoísmo) y de las mayorías políticas (la codicia de mando); *fuerza* es la

forma política imperante, aunque sea débil para cumplir el derecho; *fuerza* es sinónima de audacia, violencia, usurpación consentida, vigor material y económico; todo menos la noble energía psíquica (la única fuerza posible en una colectividad de hombres de bien), y por eso la *fuerza* de los modernos Estados (la coacción oficial) se reduce á espadas y fusiles, encierros y patíbulos, lo más ruin y lo más pobre, y á veces lo más infame.

La fuerza de un Estado nace de la superioridad antropológica y psíquica de sus ciudadanos, no del número y calidad de sus ejércitos.

Generalmente el empleo inmoderado de la fuerza nace de la debilidad y es engendrado por el miedo.

Tiembla el tirano en su palacio y el déspota en su trono; tiembla el enfermo á los menores ruidos, y estremece al criminal en su cubil escondido el liviano ruido de las secas hojas que el viento arrastra; y por eso rodéase al primero de guardianes armados, y al otro de cañones potentes, y el enfermo defiende su vida con el ansia suprema del instinto, oponiendo diques al aire, murallas á la infección y drogas á la calentura, y el criminal, lívido y espantado, traduce, en su miedo, por ruidos exteriores los gritos de la conciencia.

¡Espejismos del miedo! ¡Fenómenos de alucinación! ¡Nervosismos de debilidad!

Las naciones tratan de conservar el orden con el desorden. Quieren mantener incólumes sus prestigios internacionales á costa del prestigio de su crédito.

La paz armada es la gran rémora de la Economía política, y el militarismo, maldecido por el gran Montesquieu, la pérdida de este viejo continente.

¡Soldados por todas partes! El ejército del capital robando brazos al ejército del trabajo, que es el ejército de la civilización. El soldado (repiten) es la garantía de la paz, el honor y el derecho nacional. Cristo afirmaba que no vino á traer la paz, sino la guerra; pero es lo cierto que no vino acompañado de un solo soldado.

Si el ejército fuera la garantía de la paz, Rusia sería el pueblo más pacífico del mundo.

Por otra parte, ¿es que á comienzos del siglo xx Europa no conoce otro medio coactivo para el triunfo é implantación del derecho que el que ya poseían Persia y Roma en los tiempos antiguos?

Además, la milicia no es un poder autónomo y, como tal, soberano. La milicia es una policía asalariada del Estado, y, como tal, sierva sumisa de sus mandatos é inspiraciones.

Con el ejército, lo mismo puede restaurarse el orden jurídico que perturbarlo.

La historia nos enseña á menudo cómo han marchado á la muerte, con inconsciencia de verdaderos rebaños, millones de hombres á quienes el Estado encargó el triste y siniestro oficio de mantenedores de la injusticia.

En la mayoría de las ocasiones el ejército no representa otra cosa que la fuerza garantizadora de la conservación del régimen imperante.

Y doloroso es confesarlo: pero ese régimen es á menudo la consagración de la arbitrariedad y la negación del derecho.

Prueba indudable de que el ejército es una fuerza asalariada que sirve á quien la paga, es que cuando falta la soldada (el precio del contrato) la subordinación desaparece. La inmensa mayoría de las traiciones y deserciones militares se explican y justifican por ello. ¡Cuántas veces no se han declarado en huelga, ante la falta de pagas, esos tristes obreros, cultivadores, contra su voluntad, de la terrible industria de la muerte!

Los soldados españoles en Flandes vivían en perpetuo motín y algarada por falta de retribución á sus servicios; y es que el grito de la víscera abdominal hambrienta es más imperioso que el mandato de la ordenanza y que esa voz del honor militar tan cacareado.

Y séame lícito, de paso, saludar con el más religioso respeto, desde estas líneas, á aquel puñado de espectros con alma que allá en la enmarañada manigua del trópico, cobijados

bajo la bandera nacional que á muchos sirvió de glorioso sudario, escribieron con la roja tinta de su propia sangre é ilustraron con las amarillentas pinceladas de la anemia la magnífica odisea del martirio del soldado español, sin empañarla con una sola mancha de indisciplina y rebeldía.

Un ejército fué siempre para mí un rebaño que marcha al suicidio ó al crimen por los despeñaderos de la ignorancia. Yo no veo allí hombres, sino números. Falta el alma racional, la conciencia se borra, la personalidad desaparece. Allí no hay cien mil hombres, sino un gran cerebro castrado, una voluntad sin funciones, un brazo gigantesco que mueve mecánicamente un fusil ó una bayoneta.

No comprendo por qué se execra á los jesuítas, que hacen de sus adeptos cosas, y no se reniega del militarismo (nuevo jesuitismo armado de la falsa civilización contemporánea), que los transforma en ciegos instrumentos de la pasión ó la conveniencia política.

Y de tal modo queda impresa en el alma del soldado esa anulación ó exaltación de la personalidad, según el lugar que ocupe en la jerarquía, que no es aventurado suponer que el cuartel y sus despotismos se prolongan espiritualmente en gran parte de la vida de aquél.

Odio el cuartel, porque es un boceto del orden social actual, un símbolo en acción de la vida moderna, con sus desigualdades, que al par irritan y espantan.

No hay otra diferencia entre los jefes de la milicia y los jefes sociales que el color de las vestiduras y la diversa índole de los instrumentos de mando. Aquél empuña la espada que punza ó hiere, éste el látigo que flagela, estotro el puñado de oro que corrompe. Y peldaño tras peldaño, grado tras grado, entorchado tras entorchado, se ofrece la pintoresca escala de la explotación humana, desde el cómitre al esclavo, desde el patrono al obrero, desde el general al soldado.

Allí donde no hay peldaños, ni grados ni charreteras, entra lo ruin, lo anónimo, lo deleznable, la fuerza que gana

las batallas, y amasa ó teje en silencio la corona ó la palma de laurel que adornará luego las sienes quizá de algún enteco guerrero de gabinete.

La cúpula se ríe eternamente del cimiento que la sustenta, aunque sin éste aquélla daría bien pronto con su orgullo en tierra.

De todas las formas de explotación humana, la más odiosa es la militar. Más que la bofetada en plena formación, más que la degradación á la luz del sol, envilece é infama la ciega sujeción á un mandato injusto de una legión de seres racionales, en cuyos ojos brilla el fuego de las nobles pasiones de la juventud.

Hay en Asia millones de hombres (decía Plutarco) que obedecen ciegos á uno solo, porque no han aprendido á pronunciar una sílaba: la palabra *no*. Calderón pronunció una blasfemia al llamar *religión* á la milicia. Verdad es que luego rectificó, y al ocuparse de los soldados que en Flandes y el Rosellón cometían todo género de atropellos, violaciones y tropelías, les llamaba *bandidos con uniforme*.

Pero es que el servicio militar (continúan sus defensores) es un instrumento utilísimo de educación física de las razas, porque vigoriza sus miembros con el ejercicio, fortifica sus músculos con el trabajo, temple sus apetitos con la sobriedad y hasta robustece sus ánimos con el hábito de los inminentes peligros.

¿Y, por ventura, no vigoriza los músculos la dura gimnástica del trabajo en los campos? ¿Es que no es elemento y factor de educación física el manejo del hacha y de la azada, tanto ó más que la esgrima de la bayoneta? ¿Es que no es sobrio el bravo labrador que con insípidos alimentos vegetales y agua pura sostiene su organismo, quizá atlético, cuyos desgastes quedan sin reparar con la ruin bazofia que ingiere? ¿Es que no robustece el ánimo la lucha con la naturaleza implacable, con el terruño hostil, con el fisco insaciable, contra las menudas pasiones de los hombres y las grandes inconscientes cóleras del

cielo? ¡Ah, el valor! ¡Eterna manía de los hombres que no le poseen! El valor no es la ciega acometividad animal, la impulsión brutal de los instintos. El valor del hombre (he dicho en otra parte) depende del concepto que haya formado de la vida. Si la cree un gran bien físico, sacrificará por ella hasta el propio concepto de la dignidad. Si, por el contrario, la cree inferior á los grandes principios del orden ético, la dará gustoso, con sublime estoicismo.

Los hombres más valientes no son los guerreros. Son el sabio, que lucha con supersticiones universales; el hombre probo, que persigue el cumplimiento del deber, sin que vacile su voluntad entre la gárrula gritería de la turbamulta canallesca; el pensador, que combate errores seculares, preocupaciones sociales, fanatismos petrificados en medio del hervidero de pasiones calumniosas y arteras envidias que le circunda y quema; el explorador, que se lanza á despejar incógnitas del planeta en nombre de la ciencia; el minero, que conquista bravamente el pan de los suyos, sumergido en honda excavación, sin luz ni aire, negro y ajado el rostro, sobre el cual escribe el polvo del mineral un poema de miseria, de suciedad y de hambre; la pobre y abnegada sierva de San Vicente, que en medio del combate restaña con amor divino las heridas abiertas por el odio humano.

Vosotros, apologistas del valor oficial, cantores de las bárbaras hazañas de la soldadesca, decidme: ¿quién es más valiente: el Cid ó San Vicente de Paúl? ¿El general Roberts asesinando *boers*, ó Emilio Zola defendiendo los inviolables derechos de la humanidad contra las represalias del fanatismo? ¿Quién llegó á la cúpula del heroísmo: Cristo muriendo por la humanidad, ó el general Desaix por tomar una batería; Galileo afirmando contra un mundo de sectarios el movimiento de la tierra, ó Napoleón rasgando á espolazos el mapa de Europa para componerlo luego con amasijo de lágrimas y sangre? A un lado, soldados oficiales. Arriba, valientes del ideal, soldados del deber.

Disipada la flamígera nube de la metralla, deshecha la trágica visión del combate, sólo queda una gloria pasajera y bárbara, un triunfo del instinto sobre la razón. Pero sobre el polvo de los cañones, entre el remolino de las espadas que fulguran, brilla más el sacrificio del varón fuerte. Temístocles será siempre más grande que Alejandro. Si el cuartel no es escuela de valor, menos será escuela de probidad y honradez. Cuando me dicen que un hombre mató por robar, y robó por comer, hay un instinto en mí superior al Código que me explica aquel acto; pero cuando me dicen que un ejército victorioso saqueó una ciudad y robó sus graneros, ese mismo instinto me dice que allí hay un verdadero delito sin posible disculpa ni atenuación. La Historia podrá aplaudir cuanto quiera; la *razón* de estado podrá disculpar á Isabel I de Inglaterra, á Moltke ó Napoleón; pero el corazón no es ni diplomático ni sociólogo, y ése protesta y grita: ¡eso es delito!

Una serie de lógicas investigaciones nos llevaría á descubrir en el robo cometido por un hombre solo una providencial y necesaria restitución violenta de anteriores despojos.

En ese segundo robo en cuadrilla no vemos nada que no sea codicia feroz y delictuoso móvil.

Es triste (hoy, pero quizá algún día sea un bien) que al obrero se le enseñe en la milicia y la guerra que puede tomarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. No sé cómo el cuartel no hace más anarquistas que Kropotkine.

Por grande que sea la influencia de los errores inveterados, no puede eclipsar el brillo de la verdad ni quitar fuerza al dictado de la razón.

El docto catedrático Hinojosa, en sus notas y comentarios al libro de Derecho natural de Prisco, refiere el siguiente hecho: En 1874 ó 76 fueron expulsados del ejército dos oficiales prusianos por rehusar un desafío: se les arrojó por cobardes; y, sin embargo, en los pechos de aquellos dos hombres brillaban unas cuantas cruces laureadas, como otras tantas hermo-

sas credenciales de valor ganadas con riesgo de la propia vida en los combates.

¿Qué profesión ni qué religión es esa que para honrar á sus adeptos y velar por sus prestigios propios impone el homicidio como una rehabilitación?

El valor se eleva en la milicia á la categoría de un deber exigible coactivamente.

El hecho, antes de estar sancionado por la ley, lo estaba por la costumbre.

Un famoso guerrero decía á sus soldados en el momento de dar comienzo al combate:—Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.

El general D. Diego de León lanceando por sí mismo á los húsares que huían frente al horrible fuego de los carlistas, y Condé mandando disparar los cañones contra sus propios parciales, vacilantes y temerosos, son ejemplos que podrán multiplicarse hasta lo infinito.

El código de justicia militar castiga con la pena de muerte á los cobardes, á los soldados cuyo ánimo desfallece y puede llevar á sus compañeros pernicioso ejemplo en la batalla.

¿Y es justa la ley? ¿Es legítima esa pena?

El valor es un producto de la voluntad, y la voluntad es la facultad de regir la actividad corpórea.

Difícil es encontrar en los ejércitos hombres de verdadero valor, por la sencilla razón de que éste no se crea con la voz de mando ni con el toque de una corneta, sino con una larga y difícil educación de la voluntad, secundada por una vigorosa disciplina de los órganos.

El miedo (que no hay que confundir con la cobardía) es un producto del instinto de conservación, del apego á la vida innato en todo sér.

Frente á un peligro todos los seres huyen, desde el león del Sahara hasta el ratoncillo que merodea por nuestras despensas á caza de comestibles; sólo el hombre desafía imprudentemente el peligro y marcha en busca de la muerte ciego y ob-

cecado; y permitidme que lo diga con sinceridad: la mayoría, la inmensa mayoría de los héroes militares que veneramos, lo han sido contra su voluntad, es decir, no han sido tales héroes.

Diga lo que quiera Mosso en sus notables estudios sobre el miedo, es muy difícil esa conversión de un miedo invencible en un valor sereno y resuelto.

Eduquemos la voluntad, en buen hora; creemos el valor, infundámoslo en el corazón humano; pero no para pelear con nuestros semejantes en la guerra, sino para vencer el mal y luchar por nuestra vida y nuestro bien contra la Naturaleza y el Destino.

Allá por los años 89 ó 90 era mi condiscípulo en los estudios del bachillerato un jovenzuelo granadino, travieso y vivaracho, de gran imaginación, pero enteco y corcovado, y con tan pocos arrestos varoniles, ó tan indulgente espíritu, que jamás contestó á las muchas ofensas que le dirigíamos, tan cruel como injustamente, ni pensó en repeler por la fuerza las materiales injurias de que le hacíamos blanco. Aquel jovencito se hizo médico, después de unos estudios brillantísimos, y alcanzó una titular, tan mezquinamente retribuída, que apenas le producía para sostener su vida y la de la mujer que había elegido para compañera.

A poco estalló la guerra en Cuba y Filipinas, y el joven médico, bloqueado por las necesidades, sin familia ya y viudo (pues había tenido la desgracia de perder á su esposa), ganó por oposición una plaza de médico militar, y pidió ser destinado al teatro de la guerra: el asombro de sus condiscípulos fué unánime; nadie le creía capaz de tanto, recordando sus pueriles miedos tan recientes y viendo que no pocos de sus compañeros de profesión pedían el retiro por no someterse á las terribles eventualidades de un clima mortífero y de una lucha sin cuartel; y un día leímos en los periódicos el rasgo admirable y heroico de un joven médico granadino en un combate sostenido en Filipinas.

El citado joven, que no era otro que Gálvez (así se llamaba

mi condiscípulo), había dado pruebas de poseer el corazón más intrépido y el concepto más elevado del deber profesional que pueden pedirse á un hombre y á un médico.

En medio de un fuego horrible, á poca distancia de las *cottas* enemigas, el ilustre médico se entregaba á curar á los heridos con la misma tranquilidad que si estuviera en la clínica, mientras los proyectiles llovían á su lado y nadie se atrevía á socorrerle por miedo á una muerte segura.

La prensa pedía para el bizarro profesor la cruz de San Fernando, que en efecto se le concedió.

Pasada la guerra, me decía aquel *héroe por fuerza* con simpática ingenuidad: «Ten la seguridad de que no he sido yo quien ha hecho todo eso, sino las circunstancias, mi viudez, mi desesperación. Cuando me acuerdo del peligro que corrí y de las cosas que hice, siento que invade mis nervios el escalofrío del miedo».

Tenía razón.

Rara vez el valor en las batallas es la fría y serena intrepidez en pugna con fuerzas y obstáculos contrarios.

Se pretende que tenga valor un hombre á menudo mal nutrido, agotado por largos y sostenidos esfuerzos físicos que llevan consigo el inevitable desgaste muscular y el desaliento anímico, arrancado bruscamente del seno y el cariño de los suyos á una eterna emboscada, á una bárbara y perenne hostilidad; un hombre bueno y sencillo, que no siente odio alguno contra aquel otro desdichado á quien se le manda dar muerte, en nombre de principios más metafísicos que humanos, ó de innobles codicias; y si ese hombre vacila ó vuelve la espalda, ó sus nervios se encogen en aquella vorágine; se le encarcela, se le degrada ó se le mata.

¿Por qué?

Porque la patria lo quiere, lo manda el rey, lo exige el honor nacional—dicen.

¡Falso! Ni la patria, que es la familia y los afectos; ni el rey, que es un mandatario de esta patria; ni el honor, que bien en-

tendido es la conformidad de nuestros actos con la ley moral, viven y mantienen su imperio social elevando á principio de conservación el homicidio ó el asesinato.

Y aquí viene á enardecer el cerebro la ráfaga de los recuerdos históricos.

Y la memoria evoca el horrible cuadro de las fiestas circenses de la Roma pagana, y ve sobre la arena ensangrentada de aquel anfiteatro de matanzas á los *cómitres* levantando á furiosos latigazos á los esclavos postrados por los esfuerzos de la lucha para que vuelvan al combate, ó dándoles muerte, si les abandona el valor en el trance; á la multitud espoleando á los gladiadores para que sepan morir con gallardía en artísticas aposturas que diviertan á un pueblo de rameras y comerciantes.

La memoria evoca todo esto, y lo asocia á recuerdos más frescos de la nueva historia; y la razón, al compararlos, no halla apenas diferencia entre el pueblo de Tiberio, que perdona la vida á los que triunfan en la arena; y la vieja Europa, que ciñe con coronas de laurel la frente de los vencedores en las contiendas internacionales; y la barbarie moderna, que fusila á los que volvieron la espalda en el combate, quizá porque los sentimientos de humanidad hablaban más alto en sus cerebros que el estímulo de atávicos impulsos ó el acicate de injustificados rencores.

PASCUAL SANTACRUZ

RECUERDOS

Nos vamos aproximando al año 1868, y el campo de los recuerdos, en aquella fecha, se me presenta árido y monótono, con esa uniformidad de las grandes llanuras, ya que no de los grandes desiertos, en que nada hay saliente que fije la atención y la memoria.

Por más que evoco lo pasado, nada encuentro que se diferencie de lo que le rodea: ningún suceso notable, ningún acontecimiento digno de consignarse, ni triste ni alegre, ni pintoresco ni melodramático.

A fuerza de revolver residuos borrosos de aquellos años, he dado al fin con algo que me interesó particularmente.

Mi elección como académico numerario de la Academia de Ciencias Exactas.

Fuí elegido espontáneamente, sin haberlo yo solicitado, sin haber hablado á nadie, sin ambicionarlo siquiera.

Jamás pedí cosa alguna, ni aun á los amigos más íntimos; de suerte que los honores que he recibido en mi larga vida han venido por sí mismos, ó por simpatía espontánea de los demás.

Y lo que digo de mi elección para la Academia de Ciencias, puedo repetir para todos los cargos que he desempeñado, y para todos los puestos que ocupé en mi carrera administrativa ó política.

Fuí ingeniero á fuerza de exámenes.

Fuí profesor porque en el año 54 me nombraron, sin haberlo yo pedido, aunque lo deseaba.

Fuí académico porque la Academia me eligió, sin que mediase solicitud mía, ni recomendación directa ó indirecta.

Aun en mis aspiraciones al teatro, jamás rogué á nadie que por mí hablase favorablemente, ni á Romea, ni á Arjona, ni á Teodora, ni á Matilde.

Escribía mis primeros ensayos por amor al arte, como he explicado muchas veces; los mandaba en forma anónima al actor ó á la actriz en quien había puesto mis esperanzas; me los devolvían, destruyéndolas de golpe; y así seguía impasible, hasta que, como explicaré más adelante, un día llegó en que las esperanzas se convirtieron en realidades.

Pero volvamos á mi elección para la Academia de Ciencias.

Allí empezaron mis batallas y luchas en la vida, porque las anteriores en favor del librecambio eran, por decirlo así, colectivas; iba como soldado entre el ejército librecambista, y la lucha era de ejército contra ejército, de escuela contra escuela, de doctrina contra doctrina.

Por mi cuenta exclusiva, esta fué la primera batalla que reñí.

¡Una batalla por haber ingresado en la Academia de Ciencias!

Quizá esto les parezca extraño á mis lectores, y, sin embargo, así fué; y diré el cómo y el por qué.

Tenía yo que escoger tema para mi discurso de recepción; y después de pensarlo mucho, yo, que soy hombre pacífico, que no me gusta reñir con nadie, que amo sobre todas las cosas la paz y la tranquilidad, que quisiera vivir en un rincón sin que nadie me conociese ni me molestase, y por de contado sin molestar yo á nadie; yo, que aunque he olvidado el latín, que pude aprender, repito de continuo aquello del varón feliz de Horacio, que vive lejos y apartado de los negocios; yo, en fin, que sería verdaderamente feliz vegetando, como antes dije, en cualquier aldea, sin más que libros, problemas de matemá-

ticas ó de física, y en todo caso escribiendo algún drama para uso particular de mi espíritu; por no sé qué fatalidad que me persigue, he ido metiendo ruido por todas partes y provocando luchas y conflictos, que odio y maldigo, pero que me cercan y me asaltan, bien contra mi voluntad.

De suerte que, entre cien temas pacíficos que pude escoger, escogí uno que había de levantar tempestades en ciertos círculos, sobre todo entre los hombres de ciencia; que había de resultar antipático y hasta antipatriótico; que había de producir escándalo en la Academia y aun en la prensa.

Y así fué: el tema escogido fué éste: «Historia de las Matemáticas con aplicación á España».

No quiero decir que éste fuera el texto, porque no tengo el discurso á mano ni quiero perder el tiempo en buscarlo; pero ésta fué la idea.

El tema en sí parece manso y bonachón, y nada propenso á tempestades; pero había de resultar tempestuoso forzosamente por las opiniones que yo había consignado en el discurso y que había de leer ante los académicos.

Porque mi idea era ésta, y con toda crudeza la expuse, sin ambigüedades ni matices ni atenuaciones de ningún género.

En España hemos tenido literatos de primer orden, escritores admirables, genios prodigiosos, jamás superados; con citar á Cervantes, Lope y Calderón sería bastante, y el ejército que tras ellos viene es más innumerable que el de Xerjes contra Grecia.

Hemos tenido soldados, capitanes navegantes y héroes que han llenado de ráfagas de gloria nuestra historia; hemos tenido místicos, teólogos y filósofos admirables; pintores, los primeros del mundo; artistas en todas las esferas del arte. ¿Para qué repetir lo que nadie ignora? Nuestra nación ha habido momentos en que ha sido superior á las demás naciones; pero decía yo: no hemos tenido jamás un matemático de primer orden, ni siquiera de segundo, y aun, apurando la clasificación, ni aun de tercero.

Claro es que hemos tenido hombres de talento, capaces de conocer la Ciencia de su época, y aun de aplicarla: basta recordar á D. Jorge Juan.

Pero no es esto lo que yo entiendo por grandes matemáticos.

En las Matemáticas, como en todas las demás ciencias, como en el arte, como en la industria misma, entre los inventores, hay que distinguir dos clases diferentes: el que crea y el que aplica aquellas creaciones.

Los de la segunda clase tendrán mucho talento, serán muy respetables, podrán merecer el nombre de sabios, prestarán á su patria y á la sociedad en general servicios meritorios; es más, sin ellos el progreso sería imposible: son los grandes obreros del progreso; pero jamás podrán confundirse con el hombre de verdadero genio, con el verdadero creador, con el que tiene chispazos de luz que iluminan el sendero por donde la humanidad marcha: en suma, los de luz propia.

A éstos, en el terreno de las Matemáticas, les llamo matemáticos de primer orden.

Y de éstos decía yo entonces, y creo hoy mismo, que no hemos tenido ninguno.

No hemos tenido un Descartes, que engendra la Geometría analítica; ni un Newton ni un Leibnitz, que crean el cálculo infinitesimal.

Ni un Abel, con sus funciones elípticas; ni un Galois, que muere á los veintitrés años y que, con dos ó tres teorías en forma imperfecta, deja sin embargo un nombre inmortal.

Ni un Cauchy, de genio tan prodigioso y tan fecundo; ni tantos otros que pudiera citar, en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y hasta en Suiza, con ser país relativamente de tan reducida extensión.

Este era el tema de mi discurso, presentado en forma dura, seca y descarnada.

No; en la historia de las Ciencias, quiero decir, en las Matemáticas puras, no hay ni un solo creador de grandes teorías,

cuyo nombre puedan pronunciar labios españoles sin esfuerzo.

Cerca de cuarenta años han pasado, y creo recordar que de este mismo modo lo decía.

Yo soy propenso á la exageración; me gusta apurar las tesis; las llevo hasta sus últimos límites; las violento á veces, y no economizo frases enérgicas ni imágenes de alto relieve.

Así, pues, el discurso resultaba áspero y agresivo, y la impresión que produjo, á pesar de las felicitaciones de ordenanza y de los elogios á la forma, bien se conocía que era penosa: ni los individuos ni las colectividades se conforman con que se les declare impotentes.

Hoy todo lo que sea rebajar á la Patria, empañar sus glorias y escarnecer á sus grandes hombres, todavía encuentra en ciertos círculos aplauso y simpatía; por aquellos años del 67 no habíamos llegado á tal extremo triste y desconsolador.

Aunque mi intención era sana, porque siempre he creído que lo más sano es decir la verdad, mi discurso era una nota discordante.

Había exagerado yo esta nota, como digo, para deducir consecuencias del orden político; porque concluía yo diciendo: ¿En qué consiste que no hayamos tenido grandes matemáticos? ¿Consistirá tan triste deficiencia en que la raza sea impotente para esta clase de estudios? Y rechazaba con indignación hipótesis semejante.

Toda la culpa se la echaba al fanatismo religioso, á la Inquisición y sus hogueras, que habían ahogado los instintos científicos de los españoles ahumando sus cerebros con los gases desprendidos de los braseros inquisitoriales en los autos de fe.

Después he pensado, pensándolo fríamente, que la explicación no es completa ni es suficiente; pero en aquellos tiempos así lo creía y así lo dije.

Muchos periódicos combatieron mi discurso: los reaccionarios, por sus tendencias liberales; y los liberales, por lo mal

que yo trataba á la Ciencia española, en orden á las Matemáticas puras, que fué lo único en que yo me ocupé.

Muchos artículos se escribieron en contra de mi discurso; pero sus autores, personas distinguidas y de mérito; y aun hubo en tiempo posterior un hombre eminente, gloria de la nación española, que también la emprendió conmigo á propósito del discurso en cuestión; todos ellos, repito, respetables y de cultura, eran incompetentes en materias matemáticas, y no podían combatirme más que con frases sonoras ó con alardes patrióticos. La verdad es que los más competentes era dudoso que supiesen resolver una ecuación de segundo grado, ni ¡qué sabían ellos de los grandes problemas matemáticos!

Yo contesté en el mismo tono del discurso á varios de estos artículos; y la polémica se hubiera prolongado uno ó dos meses, si graves acontecimientos políticos no hubieran distraído la atención del público y no hubieran alejado á la prensa de esta clase de torneos científicos é históricos.

Hasta desaparecieron algunos de los periódicos en que yo escribía mis contestaciones.

A esta distancia de treinta y seis años, sin pasiones ni enojos, ni ideas preconcebidas, declaro que pienso hoy lo mismo que entonces pensaba: que patrióticamente me duele el no encontrar en la historia de la Ciencia ni un gran matemático español; pero que no lo encuentro, ni lo encuentra nadie.

Repito que nadie ha citado, después de haber escrito yo aquel discurso, sino los que yo cité: el matemático Omerique, que tuvo atisbos de la Geometría analítica, y cuya obra está en la Biblioteca Nacional, y yo tuve la paciencia de leer antes de escribir mi trabajo; el portugués Núñez, de merecida fama, pero no como gran matemático; y la hermosa figura de D. Jorge Juan, que era un verdadero sabio, que conocía la Ciencia de entonces, pero que en Matemáticas puras ni creó ni se propuso crear nada.

Yo cité estos tres. Después se han citado otros como hombres de estudio, como profesores insignes, nada más.

La inmortalidad en la Ciencia no se obtiene con saber, sino con el genio creador.

Y yo repito hoy lo que entonces decía: cítese una gran teoría matemática que sea debida al genio de nuestra Patria.

Yo no la conozco. Ni antes ni después. La causa será la que fuere, pero los hechos hay que reconocerlos.

Ahora bien, aun sosteniendo la tesis de mi discurso, hoy confieso que fué inoportuno é indiscreto.

No se entra en una Academia, no se agradece la honra recibida, viniendo á decir, poco más ó menos, y con frases más ó menos poéticas: Señores, hay que reconocer que somos unos pobres diablos.

Reconozco mi falta; me arrepiento de ella, como sucede siempre en la vida, cuando el arrepentimiento es inútil, y proclamo, contrito y confuso, que mis queridos compañeros fueron excesivamente corteses conmigo.

Yo era entonces relativamente joven: sírvame de circunstancia atenuante esta de la juventud relativa, y sírvame también de excusa el estado general de los espíritus: en víspera de una revolución todo el mundo está nervioso.

Aquel discurso se ha agotado, y yo no he vuelto á hacer la segunda edición; casi lo siento, porque hubiera dado mayores desarrollos á la historia de las Matemáticas, con lo que he aprendido después, y hubiera corregido dos errores de ninguna importancia para el fondo, pero que son verdaderos errores de erudición. Cuando escribo, tengo la mala costumbre de no consultar ningún libro: escribo siempre de memoria; esto es más cómodo, pero es muy peligroso.

* *

Y aquí empieza á elevarse mi posición social.

Soy ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Soy profesor de la Escuela de Caminos, en la que desempeño dos clases por lo menos.

Pronuncio discursos furibundos en la Bolsa contra el proteccionismo, lo cual me vale elogios entusiastas de los periódicos avanzados, artículos tremendos de los periódicos proteccionistas.

Soy, además, orador de las Secciones del Ateneo, donde también pronuncio discursos democráticos, de la más ardiente democracia.

Soy, por último, individuo de la Academia de Ciencias.

Y acaso no se me crea: ni tengo ambición, ni aspiro á más. Leer mucho, leer cuanto pueda, sobre todo Matemáticas, y vivir tranquilo.

El grupo librecambista no figuraba en ningún partido político militante.

Ni éramos progresistas, ni éramos demócratas.

Simpatizábamos con unos y con otros, sobre todo con los demócratas: con Rivero, con Martos, con Castelar; pero sin reconocerlos como jefes: formábamos, como vulgarmente se dice, rancho aparte.

En la Bolsa, nuestros jefes eran D. Luis María Pastor, un antiguo moderado; Figuerola, progresista; Alcalá Galiano, moderado también.

En el Ateneo formábamos en fila con Castelar, con Paco Canalejas y con otros demócratas, pero conservando nuestra independencia.

Y si esto hacía el grupo librecambista, claro es que yo hacía otro tanto: primero, por disciplina; y además, porque nunca tuve mucha afición por la política.

En el orden de los hechos materiales, ni tuvimos la responsabilidad, según unos, ni la gloria, según otros, de trabajar activamente por la Revolución de Septiembre.

Jamás conspiramos ni con los progresistas, ni con los demócratas, ni más tarde con la Unión liberal.

Yo hacía lo que hacían mis compañeros del librecambio y del Ateneo democrático.

No conspiraban; pues no conspiré.

Pronunciaban discursos; pues yo pronunciaba los míos.

Era tan gran amigo de Gabriel Rodríguez, que con él iba por amistad y por convicción á todas partes.

Figuerola, Gabriel Rodríguez, Moret, San Román, Bona y yo, y algunos otros, formábamos un grupo estrechamente unido.

De todos nosotros, el que mostraba más afición á la política, á la cual le llamaban sus altas cualidades y su admirable elocuencia, era Moret; pero no creo que tampoco conspirase. Hay que tener en cuenta que era también el más joven de todos nosotros. Era el «pico de oro», como le llamaban, de la Universidad, el admirable orador de los mitins y uno de los primeros en el Ateneo.

*
* *

Si mal no recuerdo, empecé por entonces una labor que hoy todavía prosigo, infatigable, constante, y si no se tratase de obra tan modesta, diría que cada vez con más entusiasmo.

Me refiero á la serie de artículos que hace más de treinta y seis años que empecé á publicar con el fin de ir popularizando las ciencias matemáticas y físico-matemáticas en nuestra patria.

Se cuentan ya estos artículos por centenares, y mejor dijera que por miles.

Sólo para el *Diario de la Marina* hace más de treinta años que escribo dos crónicas mensuales, de donde resultan 24 crónicas al año, ó sean 720 en el periódico indicado.

Constituyen un gran conjunto de teorías modernas, y una crónica año por año, y aun mes por mes, de los descubrimientos é invenciones más importantes en la Física, á veces en la Química, en la Industria y en el Arte de la Construcción.

He escrito también mucho para diversos periódicos de América y del extranjero.

Mis compañeros, los ingenieros de Caminos, tuvieron la delicada atención, hace pocos meses, de coleccionar los artículos

que lograron recoger entre los publicados en *El Imparcial*, en *El Liberal* y en algunos otros periódicos de Madrid, y resultaron dos tomos de casi 500 páginas cada uno.

Y, sin embargo, quedan otros muchísimos en diversos periódicos de la capital, y principalmente en Barcelona.

En suma: un trabajo de mérito muy modesto, como antes indicaba, pero enorme como cantidad, y que, después de todo, me figuro que alguna utilidad ha prestado á la cultura de nuestra patria.

No sé si al afirmar esto me engañará la vanidad, que es traicionera; pero sírvame de excusa la buena intención.

Empecé esta labor algún tiempo antes de la revolución de Septiembre, dando á luz en la *Revista de Obras públicas* algunos artículos sobre la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo.

Tuve la suerte de que gustaran á mis compañeros, y aún recuerdo que con este motivo me regalaron, lujosamente encuadernado, un libro para mí interesantísimo, á saber: las *Investigaciones aritméticas*, del célebre Gauss, que todavía conservo en mi librería en puesto de honor, al lado de la *Teoría de los números*, de Legendre, y de los dos grandes volúmenes de los trabajos matemáticos de Henry J. S. Smitz, sin contar otras muchas obras modernas, todas relativas á las expresadas teorías.

Hablarles de todas estas obras y de otras innumerables á los que desde las profundidades de su ignorancia vociferaban contra mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, hubiera sido hablarles en sánscrito.

De aquellos artículos de la *Revista de Obras públicas* hice un pequeño folleto que, ampliado dos años después, se convirtió en el tomo primero de las *Teorías modernas de la Física*, al cual siguieron otros dos tomos más. Pero ésta es obra aparte de la que antes citaba, la cual lleva por título *La ciencia popular*.

*
* *

Llegamos ya al año 1868; y así como he hecho liquidación de los sucesos menos insubstanciales de mi vida hasta dicha fecha, debo hacer liquidación también para tranquilidad de la Historia, que yo sé que ha de preocuparse mucho de estos acontecimientos, casi tanto como de la caída de Babilonia, de la destrucción de Jerusalén, del asalto de Roma por los bárbaros ó de la toma de Constantinopla por los turcos; para evitar, repito, molestias é investigaciones al futuro historiador de la Ciencia española en el siglo XIX, con su correspondiente *post-data* del XX, diré todo lo que escribí hasta la victoria de Alcolea por los generales sublevados: que las grandes cosas y los grandes sucesos han de ir á la par.

La primera vez que puse yo la pluma sobre el papel con intentos científico-literarios, tendría unos trece años, poco más ó menos.

Estudiaba Química en el Instituto de Murcia con un profesor eminente por la claridad de su entendimiento y el admirable método de su exposición: ya creo haber citado otras veces su nombre; se llamaba D. Ramón Baquero.

Yo había leído mucho para entonces; sabía que en el mundo hay una cosa que se llama Literatura, sabía que se puede escribir bien y que se puede escribir mal, y en forma infantil y entre mis compañeros alardeaba de buen gusto. Y en este punto me hallaba, cuando mi querido profesor me encargó que escribiese una Memoria sobre el análisis del aire por el eudiómetro.

¡Qué trabajos, qué afanes, qué días angustiosos!

La cuestión científica no ofrecía dificultades para mí; pero ¿y el darle forma por escrito?

Era la primera vez que yo acometía empresa semejante, y me constaba que D. Ramón Baquero, además de ser un buen químico y un buen profesor, era un excelente literato; ¿y qué iba á pensar de mi estilo y de mi literatura?

Esta era la idea que más me angustiaba.

Veinte veces empecé la Memoria, y veinte veces rompí el papel y tiré la pluma.

¡Cuántos años han pasado! ¡Más de sesenta: acaso sesenta y dos!

¡Cuánto he escrito después: cuántos dramas, cuántos artículos de ciencia popular, cuántos discursos académicos, cuántas obras de alta ciencia, cuántos y qué diversos cuentos para los periódicos ilustrados, y cuántos discursos he pronunciado también: de nada de esto me acuerdo, y, sin embargo, recuerdo las primeras frases de aquel discurso infantil!

¡Cómo quedaron grabadas en mi memoria, que jamás se han borrado!

No sé si ya otra vez las cité en esta serie de mis recuerdos: tengo de ello una reminiscencia vaga; pero no importa, volveré á citarlas.

Si á los viejos no nos recrean los recuerdos, ¿para qué sirve el recuerdo?

El recuerdo es la inmortalidad de lo pasado.

¡Y la inmortalidad es tan hermosa!

No la inmortalidad de la fama, que es pura vanidad de vanidades, sino la inmortalidad del sentimiento y de la idea. ¡Sentir en el cerebro la misma luz que brilló en otro tiempo; sentir que vibran los nervios como muchos años atrás vibraron; abarcar la vida en su extensión y juntarla en un punto, anulando el tiempo y el espacio; ser hoy el que era ayer, recogiendo de paso todo lo que entre el ayer y el hoy ha ido tomando realidad!

En suma: que yo gozo con los recuerdos, tal como ellos son, sencillos, naturales, ingenuos, sin artificios retóricos, sin refinamientos literarios, sin adulterar la realidad que pasó, con pretensiones ridículas de la realidad presente.

Digo, pues, que me acuerdo como si acabara de escribirla, no de aquella Memoria sobre el análisis del aire, no de toda ella; pero sí de sus primeras frases, que fueron las que más trabajo me costaron, y las que con más fuerza quedaron grabadas en mi cerebro.

¿Serán las mismas celdillas cerebrales, que han persistido

durante sesenta y tantos años, las que hoy reproducen ante mi conciencia aquellas frases?

¿Son como moneda que recibe un cuño indeleble?

¿O es que han ido transmitiendo por herencia á una serie de celdillas la impresión inicial?

Díganlo los fisiólogos, si lo saben, que no lo sabrán; y riñan de paso con los espiritualistas, que atribuirán al alma el recuerdo, desdeñando celdillas, nervios y protoplasmas.

Yo sólo sé que me acuerdo de lo que me acuerdo.

Y la Memoria empezaba de este modo.

Mas dejémoslo para otro artículo, y hagamos la prueba de si para entonces se me olvida.

JOSÉ ECHEGARAY

DIAPASON MORAL

UN POCO DE PSICOLOGÍA CRIMINAL

(CONFERENCIA QUE NO SE HA DADO EN PARTE ALGUNA)

SEÑORES:

A muchos de vosotros os habrá ocurrido presenciar la comisión de un delito. Pasando por la calle, habéis visto que un ratero se apodera del portamonedas de una señora ó de la cartera de un caballero, ó que un hombre á quien no conocéis acomete á otro, hiriéndolo ó matándolo. Vuestro primer impulso entonces, irrazonado casi y poco menos que irresistible, es poneros del lado del ofendido y perseguir y censurar al ofensor, al que desde luego condenáis calificándolo de malvado, delincuente, merecedor de represalia y pena... Nuestra irritación llega en ocasiones á un punto tal, que no nos contentamos con menos que con la ejecución sumarísima del reo, tomándonos la justicia por nuestra propia mano, sin formalidad procesal de ningún género. Nos hallamos segurísimos de obrar bien «dando su merecido», según solemos decir, á aquel que ha hecho mal, y del que no tenemos noticia alguna anterior al acto que hemos presenciado. No conocemos sino éste, ni tenemos más datos sobre que fundar nuestro juicio; sin embargo, el juicio, y juicio condenatorio, lo formulamos con tanta firmeza como rapidez. Lo mismo ocurre con relación á aquellos otros casos

que, sin haberlos presenciado nosotros, llegan á nuestro conocimiento de una manera más ó menos inmediata, por noticias ó referencias de parientes, de amigos, de convecinos, de los periódicos... A todos ellos les aplicamos nuestra crítica, tildando, sin más, de responsables y penables á sus autores.

Difícilmente nos percatamos de esta nuestra ligereza en el juzgar, lo que es causa de que caigamos á menudo en muy grandes, aun cuando disculpables, errores. Si en el ejemplo á que primeramente hemos aludido alguna persona de las que presenciaron con nosotros el hurto ó el homicidio, ó de las que llegaron al lugar del suceso después de verificado éste, se pusiera de parte del delincuente, ó aun sin llegar aquí, tuviera palabras con que atenuar, ya que no justificar (como á veces pasa) su acción, lo más probable sería que cerráramos también contra ella y que la motejáramos de cómplice, auxiliadora ó encubridora en el delito, de perversa é indigna de codearse con hombres honrados. Casos habría en que pudiera llegar hasta ser arrastrada por el furor popular. Por eso, en circunstancias parecidas, más vale callarse y esperar á que pase el turbión y empiece á serenar el tiempo.

Pero precisamente esa persona, cuya opinión y juicio acerca del hecho delictuoso cometido y acerca de su autor no toleramos, es quien se halla en más favorable disposición para emitirlos. Ella conoce á los que han intervenido en el delito, y los conoce desde mucho tiempo hace. Sabe cómo el delito se ha ido preparando, engendrando y madurando. Ha asistido á su génesis desde los primeros albores de él, y lo ha seguido hasta su consumación. Este conocimiento le permite explicárselo (lo que no nos ocurre á los demás, que lo miramos desde fuera), y la explicación la pone al margen de la disculpa (cosa que no podría pasarnos á nosotros). Sabe las relaciones que de tiempo hace venían existiendo entre agresor y víctima, los enconos, cada vez más acentuados, entre ambos, las provocaciones constantes de esta última con respecto al primero. Sabe que se trata de un largo proceso psíquico, cuyo resultado final se adi-

vinaba fácilmente. Si las cosas caen del lado á que se inclinan, cualquiera observador puesto en el lugar de nuestra persona habría previsto como ella, sin ser por eso muy perspicaz, qué es lo que tenía que ocurrir y ha ocurrido. El alma humana es un recipiente de limitada capacidad, y cuando este recipiente se llena, cualquier cosita que éntre en él lo hace rebosar ó estallar. Es lo que acontece, v. gr., cuando un hombre está ya «muy cargado» de otro al que está resistiendo desde largo tiempo hace. Viene un momento en que la mina cargada estalla, sin más que aplicarle un fulminante. He aquí por qué suceden á menudo hechos brutales y de mucha gravedad sin motivo aparente, ó por los más fútiles motivos. Es que se trata de almas repletas de combustible, cuya explosión viene determinada por el más ligero incentivo (ocasión), y que por eso hallamos inexplicable los que sólo tomamos en cuenta este último, causa en sí pequeña, pero que, combinada con las demás, centuplica su poder y su fuerza.

Bien podemos suponer que la persona esa que de tal manera ha sublevado nuestra indignación al pretender indulgencia para el delincuente cuya fechoría hemos presenciado, consigue hacerse oír.

Empieza á decir cosas que interesan á los que le rodean; traza tales rasgos del reo, que, sin quererlo, se apodera de nosotros la conmiseración y aun la simpatía por el mismo. Nos cuenta su vida desdichada; sus luchas, quizá hasta heroicas, contra toda suerte de adversidades y desventuras; sus sufrimientos íntimos, su rebeldía contra tantas formas de opresión como en el mundo existen, su amargura constante, su desesperación... Y entonces ya, nosotros, antes tan fieros y crueles contra él y contra sus disculpadores, vamos también cambiando de juicio acerca de todos ellos. Vamos penetrándonos de la relación ó encadenamiento causal que entre el acto y el agente existe, cosa que antes no sucedía. Vamos explicándonos el delito, y al explicárnoslo empezamos á disculpar y á perdonar. Nos llegamos á convencer de que no es tan fiero el león como

nos lo parecía á primera vista, ó de que, aun siéndolo, la fiereza suya, cuyas raíces vemos, no podía producir frutos de suavidad y dulzura. Poco á poco nos vamos internando más en la explicación del delito y en la busca de las determinantes psicológicas que han llevado á él al delincuente; poco á poco nos vamos identificando con el mundo moral de éste, hasta considerarnos casi una misma persona con él. Entonces es cuando exclamamos, como en los dramas ó novelas después que se desenreda lo antes enredado para el que lo veía desde fuera: «ahora me explico que haya sucedido lo sucedido»; ó bien: «y yo en su caso, ¿qué hubiera hecho? ¿No hubiera procedido lo mismo que él procedió? ¿Cabía que, en tal situación, ese hombre, á quien yo condenaba antes desde luego, dejara de hacer lo que ha hecho?»

Y así, el que primero se irritaba porque hubiera gentes que perdonaran al reo y trataran de explicar (que es algo así como justificar) su delito, viene, sin quererlo, á entrar en el número de estos últimos. A lo cual obedece, por ejemplo, que aun los más hostiles en un principio al criminal lo absuelven cuando forman parte del Jurado que falla su causa, debido precisamente á que en el curso de ésta se han llegado á enterar de pormenores que hasta entonces desconocían, y á penetrar en interioridades que les han obligado á modificar su primitivo juicio, formado muy precipitada y ligeramente, atendiendo no más á unas pocas apariencias. De ello proviene que existan muchos veredictos del Jurado, ó sentencias, dictámenes y demás de otros tribunales, los cuales escandalizan cabalmente... á los que no han sido jurados ó magistrados ó ponentes, pero no á éstos. Si los escandalizados viniesen á ocupar el lugar de los últimos y á colocarse, por consecuencia, en situación de espíritu idéntica á aquella por la que éstos han pasado, habrían hecho lo mismo que ellos.

No parece muy acertado juzgar á nadie sino metiéndose uno todo lo posible en el pellejo del juzgado, esto es, del agente de la acción de que se trate. Y esto es lo que hacemos muy

pocas veces. Requiere ello observación, perspicacia y paciencia, dotes que no se compadecen con la precipitación con que nosotros queremos apreciar y juzgar los actos ajenos. Esta apreciación y juicio tenemos que hacerlos al vuelo. No hay nada de lo que vemos ejecutar á los demás sobre lo que no nos creamos autorizados para emitir inmediatamente opinión. Por eso suelen ser éstas tan superficiales y expuestas á error. Una opinión algo fundada requiere estudio y madurez, y estas condiciones están reñidas con la pereza mental, en que nos es tan cómodo mecernos, y con la prontitud con que hemos de hablar y sentenciar de todo. La labor crítica requiere mucha circunspección y cautela, verdaderos estorbos de esa prontitud.

Puede inferirse de aquí cuán efímero y discutible sea el valor de nuestros juicios, tanto de los intelectuales como de los morales, que es de los que ahora se trata. Nada se nos pone por delante cuando hemos de emitirlos acerca de los demás. Todo lo que los demás hacen nos creemos autorizados para calificarlo; pero muy singularmente calificamos, censurándolo, lo que nos parece malo. La facilidad y el gusto con que aquí procedemos son extraordinarios, lo que prueba la fuerte propensión que en nosotros existe á marchar por esta vía. Se oye decir á menudo que de nuestros propios actos sólo podemos juzgar, y sobre todo juzgar con acierto, Dios y nosotros mismos. Lo cual tiene ciertas apariencias de verdad, aunque acaso no lo sea del todo. Pero aunque el principio sea exacto, nosotros lo respetamos muy poco. Nuestro afán es estarnos convirtiendo de continuo en censores, jueces y críticos del prójimo. No hay quizá minuto de nuestra vida, cuanto menos día ni mes, en que no censuremos la conducta de alguien. En los periódicos se ve esto bien; pero es de advertir que lo mismo que los periódicos hacen lo hacemos también todos. Calificamos á los demás de defraudadores, de charlatanes, de explotadores, de opresores, de holgazanes; afeamos el proceder del comerciante, del político, del militar, del abogado, de todo el

mundo, porque hacen tal ó cuál cosa que nosotros también hacemos ó que haríamos si pudiésemos; sólo que por falta de medios ó de ocasión no podemos hacerla. Yo, desde hace algún tiempo, siempre que leo ú oigo una censura ó recriminación contra una persona, clase ó profesión, no puedo menos de preguntarme: «y el censor y yo ¿qué hacemos, cada uno dentro de su esfera y de sus medios? ¿Nos conducimos de distinto modo que aquel ó aquellos cuyos actos tan mal nos parecen? Si nos halláramos en el lugar de los censurados por nosotros, ¿seguiríamos ruta distinta de la que ellos siguen?»

Para que nuestros reproches al prójimo fuesen algo fundados, sería menester predicar con el ejemplo. Antes que *dicendi peritus* hay que ser *vir bonus*; antes que reprender hay que ser irrepreensible. ¿Qué fuerza tiene la censura en otro caso? La del que truena, v. g., contra el caciquismo y sus abusos... porque él no es cacique, ó mientras llega á serlo, ó incurriendo él en su cacicazgo en los mismos abusos en que el censurado incurre en el suyo.

El juicio sobre los demás pide que nos tomemos á nosotros mismos por modelo, ó, mejor quizá, que pensemos siempre en lo que nosotros haríamos en la situación en que se hallan ó se han hallado aquéllos. Y entonces es difícil que tal juicio sea condenatorio; siempre, por supuesto, que nos hagamos bien cargo de dicha situación, en vez de imaginárnosla y de partir, por consecuencia, de una base insegura y muy probablemente equivocada. Se ha dicho antes lo que pasa á menudo con el Jurado y con otros tribunales. Cuando el juzgador se representa á sí mismo puesto en circunstancias idénticas á aquellas que han servido de marco al delito sobre que va á emitir fallo, y en una situación de espíritu idéntica también á aquella por la que se ha visto que atravesara el autor del acto en cuestión, fácilmente se inclina á disculparlo y absolverlo. La identificación, no otra cosa, es lo que ha obrado el milagro. Admitida la causalidad material del hecho (ahora no pensamos en los casos en que tal causalidad no existe), se rechaza la culpabilidad

moral, y aquella causalidad material queda explicada, justificada y perdonada.

Lo que ahora se debe preguntar es si no nos hallamos siempre en casos tales; es decir, si todos los delitos no son explicables, justificables y perdonables por falta de causalidad moral verdadera. A primera vista parece que no, pero acaso se trate de una simple apariencia. Quizás, mirándolo bien, haya que contestar afirmativamente.

A menudo nos explicamos muy bien los delitos ajenos, y por explicárnoslos estamos fácilmente inclinados á perdonarlos. Sucede así cuando la índole y situación de nuestro espíritu es muy análoga á la índole y situación del espíritu del delincuente; cuando, por lo mismo, nos representamos y rehacemos dentro de nosotros, á poca costa, el proceso psíquico por donde ha debido de ir pasando el autor del delito hasta venir á consumarlo. Es lo que acontece, v. gr., en los casos de los llamados crímenes pasionales, cuyos agentes son por tal causa absueltos con suma frecuencia, sin que valga á impedirlo las protestas que contra tales absoluciones vemos formular de cuando en cuando. La oficialidad de la guarnición de Barcelona acaba de realizar un acto de violentísimo atropello contra cosas y personas ajenas (se escribe esto el 4 de Diciembre de 1905), acto en sí criminal, pero que disculpa y aun justifica un grandísimo número de españoles, quizás la mayoría, porque ellos, en caso de aquellos delincuentes, hubieran procedido lo mismo que éstos procedieron. El juzgador enlaza aquí bien el acto con su autor, con las raíces psicológicas del mismo, y, una vez enlazado, queda explicado, justificado y, por lo mismo, perdonado. El reo será absuelto. Y serán absueltos y perdonados todos los reos cuyos delitos se explique el juzgador. Esos delitos se encontrarán «muy naturales», dependientes de una causalidad natural y no de una causalidad ó culpabilidad moral.

Pero hay casos en que así no sucede. No son raros aquellos en que, hallándonos en presencia de crímenes brutales, inaudi-

tos, que nosotros no nos sentimos capaces de cometer y que por eso mismo nos repugnan y sublevan moralmente, pedimos con insistencia y con gran empeño una represión rápida y violenta, que sea á la vez ejemplar y satisfactoria para nuestra dignidad humana, herida fuertemente por el delito. Trátase ahora de hechos que no comprendemos, que no nos explicamos (1) y que por lo mismo no disculpamos. No nos representamos el enlace íntimo que hay entre el acto y el agente, y por no representárnoslo creemos que no existe y tenemos tal acto por puramente caprichoso, y á su autor por un monstruo. Mientras cuando se trata de hechos de la primera clase, de aquellos que nos explicamos bien porque también nosotros somos capaces de ejecutarlos, decimos que el autor ha obrado humanamente y que su obrar es «muy humano», cuando, al revés, se trata de hechos de esta última clase, creemos encontrarnos en presencia de algo raro y fuera de lo normal, en presencia de individuos que han obrado monstruosamente, teratológicamente, saliéndose de la regla y los carriles ordinarios.

Pero acaso no deba hacerse tal diferencia; y si la hacemos, ello proviene de un defecto de perspectiva y de falta de la debida atención. Al juzgar nosotros justificables los actos delictivos de ciertas personas, lo hacemos colocándonos en un punto de vista idéntico ó semejante á aquel en que las mismas se hallaban al practicarlos; al juzgar, por el contrario, reprobables y condenables los de otras, nos colocamos en puntos de vista distintos de los que ellas ocupaban cuando los realizaron. Si estimamos «muy humano» el obrar de algunos individuos, aun

(1) Y así lo solemos decir. Al ocurrir casos de los aludidos, se oyen muy á menudo frases como éstas: «Yo *comprendo* que un hambriento robe para comer, ó que un hombre encolerizado ó presa de los celos, ó en vindicación de la patria ofendida, ó en situación de espíritu semejante, acometa á otro y aun le dé muerte; *yo en su caso hubiera hecho lo mismo*. Lo que no comprendo (*porque yo no lo haría*) es que uno robe sin necesidad, por mera profesión ó *sport*, verbigracia, ó que mate á sangre fría, por un motivo ya pasado é insignificante, ó sin motivo, por apuesta, etc.»

en el caso de que hayan hecho mal, es porque juzgamos como hombres á otros hombres; si, al revés, calificamos de «monstruoso» y reprehensible el obrar de otros, es porque juzgamos como hombres, no á otros hombres, sino á monstruos, aun cuando sean monstruos humanos. Y esto no parece admisible. Se usa en tal caso de dos medidas diferentes para casos iguales ó, mejor dicho, de una misma medida para casos distintos. Si al hombre sólo le puede juzgar otro hombre, al monstruo humano sólo le puede juzgar también acertadamente otro monstruo humano. Y si el primero halla explicable y justificable lo que hace su congénere, porque él también lo hubiera hecho, de igual manera hallará explicable y justificable el segundo lo que hacen sus semejantes y él también haría.

Quiere esto decir que todo hecho delictuoso hay que ponerlo en relación con el sujeto de que procede, representándonoslo como producto del alma de quien lo ha practicado, y enlazándolo con ella más bien que con la nuestra. En tal trabajo de enlace convendría ahondar cuanto fuese posible. Antes de juzgar á uno por lo que hace, que es juzgarlo por la simple apariencia exterior, que nos lo muestra quizás como criminal monstruoso, debemos escudriñar lo que él mismo sea, sondearle el alma para ver cómo la tiene hecha y qué frutos puede producir la misma. Los antecedentes todos del individuo, su historia, lo más completa posible, desempeña aquí un papel de primer orden, igual que lo desempeña á los ojos del médico la historia clínica del enfermo para saber las raíces y el proceso de la enfermedad que debe ser curada. El terapeuta trata entonces de representarse y hacerse cargo de la situación especialísima del sujeto, para juzgarlo desde ella y no desde la propia suya de individuo sano. Y cuando así lo hace, no encuentra en la misma nada de teratológico ni de anormal, sino que le parece naturalísimo lo que sucede. Cuando nosotros procediéramos de manera análoga con el individuo que realiza hechos de los que calificamos de monstruosos, vendríamos á parar á conclusiones también análogas. Veríamos que esos hechos, que

no concuerdan con el orden interior de nuestras representaciones, por lo que les creemos injustificados, censurables y punibles, concuerdan perfectísimamente con el orden de representaciones del que los pone por obra. Veríamos que lo que antes nos parecía inexplicable y monstruoso, ahora se nos ofrece como naturalísimo. Proscribiríamos toda intervención caprichosa en la ejecución de lo realizado. Nos daríamos cuenta de la situación particular del alma del agente, y encontraríamos muy explicable y disculpable, desde su punto de vista, aunque no desde el nuestro, que proceda como ha procedido y obre como lo ha hecho. Su conducta vendrá así á parecernos, no ya «monstruosa», sino también «muy humana», visto el estado psicológico en que la misma tiene su sostén.

Miradas las cosas de este modo, que probablemente no es del todo desacertado, no queda quizá espacio alguno libre para la censura y la condena. Se censura lo que uno no se explica, por no concordar con su mentalidad, con sus ideales, aspiraciones y criterios. Lo que se explica no se censura ni recrimina; sólo se justifica y perdona, ó á lo más se lamenta, pero perdonándolo. *Tout comprendre c'est tout pardonner*. Y sería inútil condenarlo y censurarlo, como inútil sería censurar y condenar al perro que muerde ó al árbol que da determinado fruto. La crítica literaria, en general, va comprendiendo lo ineficaz de sus esfuerzos, para que por el mero juicio exterior que se haga de los productos mentales ajenos se mejore la situación de las cosas en armonía con los deseos del crítico. Después de las censuras de éste, siguen los autores criticados haciendo poco más ó menos lo mismo que antes hacían. Hacen lo que pueden y saben hacer, lo que está en armonía con su presente situación mental, no lo que el crítico haría y apetecería que hicieran también los otros. Más que juzgar las obras ajenas con el marco de la propia idealidad, marco igualmente aplicable á todas ellas, parece que se debe procurar explicarlas, mostrar su génesis y sus indefectibles engranajes con la personalidad entera de cada autor. La crítica se convierte, en

cierto modo, en un estudio biográfico, antropológico y psicológico de los escritores, en vez de ser una apreciación de las obras por ellos producidas, como cosas separadas del productor. Es algo enteramente análogo á la crítica histórica, que explica la vida de un círculo social en cualquiera de sus manifestaciones, como parte condicionante y resultado á la vez de todo el ambiente histórico de la época á que la crítica se contraiga. Es decir, que la crítica, como tal, desaparece, para ceder el puesto á la investigación histórica, á la causación histórica, á la causación biográfica. Todas las obras, lo mismo individuales que sociales, encuentran así explicación y justificación en el engranaje, laberíntico á veces, de sus causas. Ninguna debe, pues, ser juzgada, para alabarla ó censurarla, y mucho menos para alabarla ó censurarla en nombre de principios tenidos por ideales y que no son sino la expresión de la mentalidad del que juzga: la censura y la alabanza pierden todo su sentido.

Esto mismo es aplicable á las demás formas del obrar, y entre ellas muy principalmente á la que nos viene ocupando. Ningún delito deja de tener su explicación, más que cuando no se la buscamos. La obligación nuestra consiste en buscársela. Y una vez hallada, ya está disculpado, pues la culpabilidad proviene de la idea de que el acto se produce sin causa, arbitraria y caprichosamente, desligado de la índole psíquica de su autor. Enlazado con ésta, queda libre de culpabilidad, de reproche y censura. El monstruo moral no puede producir sino actos monstruosos; el criminal no es capaz de obrar sino criminalmente, como el perro rabioso muerde, el toro bravo acomete, el ruiseñor canta, el poeta hace poesía en todas sus cosas, y el pintor pintura y dibujo, y el bárbaro barbaridades, y el loco locuras, y el indulgente actos de indulgencia. Conducido el hecho á sus fuentes causales, sobre todo psicológicas, los juicios acerca de él, lo mismo favorables que adversos, pierden todo su sentido. No hay juicio posible de aprobación ó de reprobación del agua que brota en un manantial. Sólo cabe es-

tudiarla, gustarla, aprovecharla ó buscar el medio de quitarse la fuente de encima, cegándola ó desviando su curso. La fuente del agua no dispone de sí misma. Tampoco dispone de sí misma la fuente de los delitos. Y es inútil declamar contra ellas, declamar meramente, como cuando se censura ó condena. El mal autor literario seguirá chorreando malas obras á pesar de todos los críticos de ellas, mientras no se haga sino criticarlas; el alma criminal ó monstruosa seguirá también destilando delitos, en tanto nos limitemos á criticar y condenar los cometidos, sin tratar de remover su fundamental origen. Cuando disculpamos los delitos denominados pasionales y los cometidos por semejantes nuestros, por almas análogas á la nuestra, la disculpa y la consiguiente absolución se fundan en que el sujeto fué vencido y arrastrado por la pasión ú otras circunstancias, sin haber podido sobreponerse á ellas y hacerse señor y dueño de su persona y su conducta. Mas ¿no es siempre este el caso? Los demás delincuentes, aun los que al parecer obran con mayor deliberación y sangre fría, ¿no atraviesan por esta misma situación? Los llamados «monstruos morales», esos que cometen sus delitos sin motivo aparente, ¿tendrán más dominio de sí mismos que los otros? Los más empedernidos, los más malvados, los más perversos, los de alma más atravesada, ¿se hallan más libres que los restantes para desasirse de toda esta impedimenta y arrojarla por la borda en todo momento? ¿O no pasará más bien lo contrario?

Nuestro camino parece trazado. Hay que abandonar, con respecto á los hombres, el ejercicio de la censura, quizá de toda censura, toda crítica, todo juicio y toda condena, como abandonados los tenemos ya hoy (no siempre ha ocurrido así) con respecto á la fuente, el árbol, y en general los seres inanimados, las plantas y los animales. Con la crítica, la censura y la condena, en cuanto tales, no se consigue nada. Si lo que queremos es que determinados hombres no repitan la ejecución de ciertos actos que no nos convienen ó no nos agradan, la manera de conseguir lo que apetecemos no es acometerles y

quizá ensañarnos con ellos por lo que hayan hecho. La manera será remontarnos desde el producto á la raíz de la planta que lo produce, desde el acto al estado interno de donde el mismo emana. Si ese estado continúa, seguirá el manantial echando agua, el peligro continuará en pie y nosotros haremos obra inútil, cuando no dañosa, indignándonos contra el producto, criticándolo y aplicando penas. El estado dicho es lo que hay que cambiar. Si en él encontramos un temor fundado, causa de intranquilidad y zozobra, es por su permanencia, porque su virtualidad no ha quedado agotada con lo hecho, sino que aún puede hacer y hará más probablemente.

Ese estado, cuando se trata de verdaderos delincuentes, cuyos hechos no podemos disculpar, disuena del estado interno en que nos hallamos ó creemos hallarnos nosotros los que nos calificamos de honrados. La disonancia es, como queda dicho, la base en que se apoya nuestra censura y nuestra condena. El remedio, pues, de los males que queremos proscribir, parece claramente indicado. Hay que buscar la consonancia. Hay que procurar la inexistencia de monstruos morales, haciendo que el alma de los mismos, ahora tan desemejante de la nuestra, que tenemos por digna de ser tomada por modelo, se aproxime á esta última y marche pareja con ella. Porque sucediendo así, siendo los demás como nosotros somos, que es como nos gusta que sean para que podamos tenerlos por buenos, ¿no obrarán como nosotros obramos, que es regularmente la manera de obrar que tenemos por mejor? ¿Habrá en tal caso delincuentes, ni, por lo tanto, delitos? Cuando los criticados se coloquen al unísono con el crítico, y participen de las concepciones y criterios de éste, y adquieran sus mismas aptitudes, hábitos, gustos é ideales, y produzcan las obras como el crítico cree que deben ser producidas y como él las produce, ¿no queda muerta la crítica? Pues, del propio modo, si queremos que no haya hechos moralmente censurables; hechos ajenos que nos choquen, nos parezcan mal y nos saquen de quicio; hechos de esos que llamamos punibles, y que, por considerar-

los tales, condenemos con penas, pongamos el punto de vista de sus autores al unísono con el nuestro, tenido por acertado y digno de servir como tipo y modelo. A la discordancia en el estado de las almas obedece la discordante manera de obrar de unas y otras. ¿Qué otro medio puede haber para concluir con esta última sino el de concluir antes con la primera? Si deseamos que no haya delitos, evitemos que haya delincuentes; y si deseamos que no haya delincuentes, trasformemos su interno mundo de tales en un mundo que concuerde con el de los que se dicen honrados y como honrados se conducen.

Acabemos con las penas como tales, con las censuras, con las críticas, con toda forma de sanción y de condena, cosas todas que responden á la desdichada concepción retributiva, que se alimenta de ideas de lucha, de poder, de prepotencia y brutalidad; pongamos en lugar suyo la protección inteligente y fraternal, apoyada en las ideas de concordia y cooperación, donde no se puede ni conviene censurar ni condenar á nadie, sino aprovechar armónicamente las fuerzas de todos, tendiendo á acrecentar el caudal común de ellas por la rectificación y mejora de aquellas que se inclinen hacia derroteros que no nos parezcan acertados ni convenientes.

Bien podría preguntarse ahora si no es esto, después de todo, lo que anhelan las gentes en lo relativo al tratamiento de los criminales. Tal problema, sin embargo, cae fuera de los límites de la presente conferencia, y conviene aplazarlo para otra ocasión.

P. DORADO

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL SIGNO DE LA CRUZ

Tal cual ha existido antes de Jesucristo, tal cual ha existido después, la †, este «duro madero atravesado sobre madera», como dice Goethe en el *Divan*, es para el sociólogo una especie de jeroglífico que envuelve é implica la representación teonómica de muchos adoradores pertenecientes á las religiones más diversas. Empero la hipótesis de que Jesucristo fué decapitado en una cruz propiamente dicha, esto es, en un instrumento de suplicio compuesto de dos maderos enlazados en forma de T, ha sufrido rudos ataques después de los descubrimientos de los historiadores y de los arqueólogos. A Jesucristo se le dió muerte según la usanza romana, y veremos en seguida que los Romanos no empleaban en aquella época semejante clase de horca; pero aun cuando se le hubiera dado muerte según la usanza judía, nada habrían adelantado los partidarios de aquella hipótesis, pues no puede probarse de un modo verdaderamente demostrativo que los Judíos empleaban á dicho efecto la cruz tal como nosotros la concebimos. Y tén-gase en cuenta que aquí he de prescindir, por no abusar de las probabilidades ni ofuscar la inteligencia del lector, de la afirmación del *Talmud* de que Jesucristo había vivido un siglo antes de la fecha asignada por los evangelistas, y que, en vez de ser crucificado en *Jerusalén*, había sido apedreado en *Lud*. Aunque esta opinión tenga todavía defensores más ó menos tímidos, pero tan competentes como Mead (1), no correspon-

(1) *En el Vestibulo del Talmud* (en la revista teosófica *Sophia*, Octubre, 1903).

de, á mi juicio, á la realidad de los tiempos en que la opinión contraria da el hecho por sucedido. En toda injusticia que trata de perpetrarse en una localidad ó en un pueblo existen recursos para tergiversar la letra y el espíritu de las leyes, y el más socorrido en un país tan teocrático como el judío, al sentirse dominado por el laico Código de Roma, fué por lo común el de convertir los delitos tachados de religiosos en crímenes de Estado. Esto hizo el Catolicismo en la Edad Media cuando el Derecho romano de que había nacido su organización eclesiástica le impedía admitir la clasificación de culpables en el terreno dogmático, apelando á la «entrega al brazo secular», y esto pudo muy bien hacer el clero de Jerusalén con Jesucristo, cuya calidad de heterodoxo dentro del Judaísmo no hubiese bastado para convencer á Pilatos de que era acreedor á un castigo por parte de la potestad civil. En tal punto, los datos de los Evangelios son perfectamente históricos y no sólo míticos ó legendarios; dadas las circunstancias de la época, la actitud respectiva del Procurador imperial y de los sacerdotes jerosolimitanos aparecen como perfectamente verosímiles.

Un exégeta judío moderno, el famoso Salvador (1), tuvo hace ya años la osadía de sostener, tal vez inspirado dogmáticamente en el *Talmud*, que el proceso de Jesucristo fué un proceso regular según las leyes religiosas del país, y poco faltó para que sostuviese con los talmudistas (2) que se apedreó al reo antes ó, como á veces acontecía, después de la crucifixión. Por esta y otras muestras puede formarse idea de lo muy extraviados que andan los exégetas judíos modernos, á causa de su falta de imparcialidad en la investigación histórica. No obstante, la argumentación de Salvador, á pesar de lo falso de sus premisas, tiene lógica, pues si el juicio y la sentencia re-

(1) *Histoire des Institutions de Moïse et du Peuple Hebreu*, IV, 3. Dupin hizo de esta obra una vigorosa y bellísima refutación. Véase también á Orobio, *De amica Collatione ad Limbum*, en *Tertio Scripto*, 7 y siguientes.

(2) *Mischna, Sanhédrin*, VI, 4.

caída en la causa de Jesucristo se hubiese apoyado en el terreno religioso se le hubiera lapidado, pero no puesto en la cruz. Por otra parte, si se demostrase algún día ser cierto lo que el *Talmud* afirma, tendríamos que reconstruir de nuevo toda la Historia Evangélica y provocar una verdadera revolución en las investigaciones relativas á los orígenes del Cristianismo.

Por dicha, el tema concreto de nuestro epígrafe no requiere que ahondemos tanto. Dada la cronología corriente, sea ó no exacta, puede tratarse de resolver racionalmente la cuestión de si era común en los reinados de Augusto y de Tiberio la costumbre de crucificar á los hombres vivos entre los Romanos, ó, como quieren algunos teólogos, si lo era aún entre los Judíos desde fecha remota. Y, comenzando por estos últimos, declararé que no me parece fundada la opinión, como pueden los lectores juzgar por los mismos argumentos de que echan mano los que la defienden. Estos argumentos son: el famoso pasaje del salmo XXI *Atravesaron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos*; el no menos famoso de Zacarías, XII, 10, *Mirarán en mí á quien traspasaron*; el pasaje de Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*, XIII, 22, en que cuenta que Alejandro, rey de los Judíos, habiendo mandado crucificar á 800 vasallos rebeldes, personas de cuenta, dispuso que al pie de sus cruces y á su misma vista fuesen muertos sus mujeres é hijos; los pasajes de Jesucristo en San Mateo, X, 38; XVI, 24; XX, 19; XXVI, 2; y los de San Pablo en las Epístolas á los Hebreos, VI, 6, y á los Gálatas, V, 24; VI, 14, en que se habla de tomar la cruz para seguir el camino del reino de Dios, y se aplica la locución «crucificar al Hijo del Hombre» á los que pecan y mantienen en su carne todos sus malos deseos; el testimonio de Luciano, que acusa á la letra T de que por su figura dió ocasión á los tiranos de inventar la cruz para atormentar á los hombres; y, por último, la tradición de los Padres de la Iglesia, que comparan unánimes la cruz del Nazareno con la susodicha letra T. Ahora bien, ninguna de estas dificultades puede detenernos. Examinémoslas una por una.

Los pasajes del Salmista y de Zacarías son vagos y de tal manera ambiguos que nada puede seguirse de ellos. Sin discutir su carácter profético, tan dudoso, ni la aplicación que de este carácter se hizo por los evangelistas al caso concreto de la crucifixión de Jesucristo, tema que reservo para otro lugar, desafío á los partidarios de la hipótesis contraria á la mía á que deduzcan de tales pasajes nada concreto y probatorio.

El relato de Josefo es admisible, pero no demuestra el aserto, pues ese historiador dice tan sólo que se mató á las esposas y vástagos de los ajusticiados al pie de sus cruces y, por tanto, á su vista (en sentido metafórico), sin que se asegure que los ajusticiados *vivían aún*. Y es sabido que de los textos formales del *Génesis*, XL, 19, y del *Deuteronomio*, XXI, 22, se deduce que los reos eran muertos antes que les colgasen del madero. Las tergiversaciones que de estos abrumadores textos hace en sus *Disertaciones* el clásico Calmet son tan pueriles que el mismo Glaire, exégeta católico, no vacila en calificarlas de «poco fundadas» por su argucia é inoportunidad (1). El *poco fundadas* en quien no se atreve á negar en principio la tesis de Calmet significa *completamente fútiles*. Y no debemos extrañarnos de ello, pues la Escritura está llena de ejemplos de hombres muertos antes de que se descolgasen sus cadáveres.

Por lo que toca á las expresiones metafóricas de Jesucristo y de San Pablo, que se presentan como cuarta prueba de la hipótesis contraria á la mía, resultan todavía menos convincentes; y para saber á qué atenernos nos bastará fijar la atención en la curiosa anécdota que acerca del *Cirineo* nos refieren los evangelistas sinópticos bajo la garantía de su grave y casi siempre fiel palabra. Todos tres convienen en afirmar que la tropa que conducía á Jesús encontró en el camino á un tal Simón, á quien obligaron á llevar el árbol fatal. San Mateo (2)

(1) *Introduction Historique et Critique à l'Écriture Sainte*, II, 2, 3, 2, 1.

(2) XXVII, 22.

designa á este Simón como Cirineo, *Curenaios*, es decir, procedente de la villa de *Cirene*, donde, según Josefo (1), habitaban muchos Judíos, y que se dirigía á la fiesta á Jerusalén. San Lucas (2) dice que volvía del campo, *ae argon*. San Marcos (3), en fin, afirma que Simón era padre de Alejandro y Rufo, *pater Alexandrou kai Roufou*, personajes muy tratados en el colegio apostólico; y hay quien añade, fundándose en ciertos textos de San Pablo (4), que perteneció después á dicho colegio y que á él se debieron quizá muchas noticias relativas á los últimos momentos del Maestro. Como esto es posible que parezca dudoso, me limitaré á añadir la opinión de los que (Grotio, Olshausen, etc.) pretenden que Simón era favorable á Jesús. Yo no vacilo en afirmarlo, á pesar de lo terminante que está el relato sinóptico en lo de que Simón fué obligado por la violencia á llevar la cruz.

Pondría aquí punto á este pequeño paréntesis si no me saliera al paso una cuestión importante. En divergencia ú oposición con los tres primeros Evangelios, San Juan, en el versículo 17, se limita á apuntar que Jesucristo «salió al lugar del suplicio llevando su cruz»; pero la primera hipótesis está más conforme con la realidad, pues aunque, según los testimonios de Plutarco (5) y de Artemidoro (6), el condenado á muerte debía llevar sobre sus hombros el instrumento de su suplicio,

(1) *Antigüedades Judaicas*, XIV, 7, 2.

(2) XIII, 26.

(3) XV, 21.

(4) «Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mía.» (*Ad Romanos*, XVI, 13.) «De los cuales son Hymeneo y Alejandro, que entregué á Satanás, para que aprendan á no blasfemar.» (I, *Ad Timoteum*, I, 20.) «Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pagará conforme á sus hechos.» (II, *Ad Timoteum*, IV, 14.) Compárese con los *Hechos*, XIX, 33: «Y sacaron de entre la multitud á Alejandro, empujándole los Judíos. Entonces Alejandro, pedido silencio con la mano, quería dar razón al pueblo». Como se ve, de estos pasajes no se puede sacar nada favorable al aserto de San Marcos.

(5) *De Sera Numinum Vindicta*, 19.

(6) *Onírocritum*, II, 56.

concíbese, no obstante, que Jesucristo, teniendo una constitución física más débil que sus compañeros, no pudiese soportar el peso del suyo. La misma conducta de la escolta con Simón no es ningún hecho inverosímil, dados los brutales procederes de las guarniciones extranjeras, y quizás al obrar de ese modo, como observa Renan (1), los soldados usaban de un derecho reconocido, puesto que estaba prohibido á los Romanos cargar ellos mismos con el infame madero.

En todo caso, el testimonio tan unánime de los Sinópticos sobre el asunto es tanto más difícil de desvirtuar, al menos simbólicamente, cuanto que tiene una causa dogmática de abolengo más antiguo que la de San Juan, como veremos en seguida: su acuerdo en lo tocante al nombre y á la patria del portador militan en favor de la verosimilitud del hecho (2). No hay que detenerse en tal sentido en ponderar cuán probable debe aparecer á los ojos de cualquiera que esa particularidad hubiese quedado desconocida en el círculo en que se formó el Cuarto Evangelio, y que su redactor creyese buenamente que, según la costumbre corriente, Jesucristo mismo llevó la cruz. Y no vale decir con Paulus, Kuinel, Tholuck y otros exégetas (3) que al principio Jesucristo fué el portador del instrumento de su suplicio, con arreglo al uso general, y que viéndole cansado y sin fuerzas para proseguir, los soldados echaron mano de Simón en el momento en que éste se cruzaba con ellos. A tan ridículas puerilidades contesto yo que del texto de San Juan no cabe deducir restricción semejante. «Y llevando su cruz, salió para el... Golgotha, donde le crucificaron. *Kai Bastaxon ton stauron autou esclezen eis... Gulgaza opon autou estaurosan.*» Y véase con qué magistral soltura nos vemos obligados á destruir con Fritzsche (4) de una plumada toda esta teoría inventada con el ánimo de conciliar lo irre-

(1) *Vie de Jésus*, 418.

(2) Strauss, *Das Leben Jesu für das Deutsche Volk*, II, 92.

(3) Véase á Neander, *Leben Jesu Christus*, 634.

(4) *In Marcum*, 684.

conciliable. *Significat Johannes, Jesum suam crucem portavisse, donec ad Calvariae locum pervenisset.*

Mas de aquí nace otra dificultad ó argumento que de seguro no gustará á los que están convencidos del carácter histórico de los tres primeros Evangelios, y es que su relato pudo muy bien ser puramente simbólico. Sábese, ciertamente, que la cruz se forjó con arreglo al símbolo primitivo formado por el que ideó para esa antigua piedra de escándalo los honores de un objeto de adoración; sábese también que cargar con ella, en su acepción simbólica, era imitar el ejemplo del Maestro, á quien San Mateo (1) hizo decir en ocasión solemne: «Si alguno quiere venir *en pos* de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y *sígame*». Igualmente está averiguado que los Cristianos Primitivos, y sobre todo los que inspiraron su fe en los Sinópticos, y no en el simbolismo y el misticismo del Cuarto Evangelio, eran muy propensos al sentido literal, á la interpretación casi material de las Escrituras: luego cuando San Lucas (2) da el detalle de que «pusieron sobre Simón la cruz para que la llevase *tras* Jesús», parece añadir al literalismo sinóptico una idea que estaba quizá en la mente de sus contemporáneos, conocedores ya de la relación de San Marcos y San Mateo. La misma frase que este último (3) pone en boca del Maestro en el Sermón de la Montaña: «A cualquiera que te cargare por una milla, vé con él dos», induce á pensar si el pormenor del Cirineo, más que sobre un recuerdo histórico, se fundó sobre un motivo dogmático. ¿Hay en todo esto nada que esté en contradicción con el espíritu de los Cristianos Primitivos?

Por lo que á San Juan respecta, la duda no es posible. Si Cristo era el Cordero de Dios que llevaba encima los pecados del Mundo, ¿no debió deducir el evangelista, suponiéndole en-

(1) XVII, 24.

(2) XIII, 26.

(3) V, 41.

terado del relato de los Sinópticos, que era absurdo darle un suplente que le llevase aquella cruz en que los pecados del Mundo iban simbolizados? A poco más y con un solo paso habría que dar la razón al gnóstico Basilides, para quien Simón de Cirene había sido crucificado en puesto y lugar de Jesús. ¿No pudieron tales razones—creyendo siempre que el redactor del Cuarto Evangelio tuvo noticia del Cirineo—ser la causa de la tan comentada omisión? Clausura es ésta que debiera tener tantos partidarios como exégetas, aun sin negar en absoluto la probabilidad de la hipótesis que arriba se indicó, á saber: que la tradición del Cirineo hubiese sido ignorada en el medio religioso en que se formó el Evangelio de San Juan.

Pero nos fatigamos en vano: el que San Pablo aluda con tanta frecuencia á la cruz es tan inoportuno á este propósito, que bastará recordar que nuestro Caminero, hermeneuta ortodoxísimo, confiesa que «no hay razón para que Glaire (otro fósil en esto) lo alegue, á fin de probar que entre los Antiguos Judíos era ya conocido el suplicio de la cruz» (1). Pero lo más importante, y en lo que ni Caminero ni ningún otro teólogo de sus ideas paran mientes, es en que las frases *tomar la cruz*, *recibir la cruz*, etc., no ya proceden de los evangelistas ó, por lo menos, de los inmediatos discípulos de Jesucristo, como suponía y afirmaba el siempre tímido Renan, sino de Cristianos de época muy posterior, probablemente de los Herejes Marcionitas. Para justificar mi aserto, tendría que entrar en largas particularidades de Historia Teológica, por cuanto los Ortodoxos parece no han conjeturado jamás que el grupo de Cartas Pastorales de San Pablo no es auténtico en una sola, y sí meramente, como se expresa Van Manen, «el último desarrollo de una escuela ó, si se prefiere el término, de un círculo de creyentes progresivos que se dieron el nombre del Apóstol de las Gentes, y se colocaron, por decirlo así, bajo su égida». Me re-

(1) *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*, XXI.

servo dar la demostración de esta tesis en otra parte. Por ahora será suficiente insinuar que todos los esfuerzos de los exégetas católicos no pueden ya hoy debilitar las investigaciones de Hlymont de Aberdeen (1), de Deissmann (2) y otros autores, bastante tradicionalistas por cierto, que taxativamente declaran que no poseemos epístola alguna de San Pablo. En otra parte, repito, tendré ocasión de justificar, en nombre de la autoridad misma de Tertuliano, los ataques críticos que los escritos que llevan el nombre de San Pablo han sufrido en estos últimos tiempos.

Y con esto queda ya desvirtuado el último argumento sacado de la tradición de los Antiguos Padres, que, por lo demás, no es unánime, como nos demostrará muy pronto un significativo testimonio de Orígenes. Y en cuanto al penúltimo de los mismos argumentos, ó sea el que se apoya en una frase equívoca del satírico y escéptico gentil Luciano, contemporáneo del Primitivo Cristianismo y, dicho sea de paso, muy mal conocedor de esta Religión y de todas las Orientales, carece de fuerza, puesto que es indudable que ni los Persas, ni los Egipcios, ni los Africanos en general, pueblos que positivamente se sabe empleaban el suplicio á que aquí se alude, dejaron de matar á los ajusticiados antes de que se suspendiesen sus cadáveres. Esta suspensión no era la *causa* aparatosa de la muerte del reo, sino solamente un *medio* de infundir horror al crimen, como indican bien claro los *Proverbios*, XXX, 17, por lo cual los mismos Judíos, que tan fielmente observaban la Ley de Moisés, la transgredieron con aquel fin en algunos casos (3), dejando el cadáver del criminal en el patíbulo muchos días y aun meses, á despecho de la prohibición del *Deuteronomio*, XXI, 22, que quería que se descolgase antes de la noche. Sabemos también (y este es un caso de significación

(1) Véase el *Diccionario* de Hasting, en el artículo NUEVO TESTAMENTO.

(2) *Enciclopedia Bíblica*, art. LITERATURA EPISTOLAR.

(3) Véase, por ejemplo, el libro II de los *Reyes*, XXI, 8 y siguientes.

decisiva) que los Cartagineses crucificaban á veces hasta los leones para contener el furor de estos animales con el castigo de sus semejantes; y ¿es concebible ni posible que los crucificasen vivos? En fin, no debe olvidarse que los Judíos usan, para expresar la cruz ó la horca, de la palabra *hêts* = madera ó árbol, etimología que no podrán nunca explicar satisfactoriamente los adversarios de mi opinión.

Lo propio debe afirmarse de los Romanos. La cruz, en el sentido que dan á esta expresión los que la emplean, no existía en aquella época como instrumento de suplicio entre los dominadores del mundo. Estos, cuando condenaban á muerte á un criminal, le ataban sencillamente á un poste (sustituído á veces por un árbol), y allí le exponían al público y le azotaban hasta dar fin de su vida. El nombre de *cruz* (cruz) significa en latín *horca*; corresponde, al parecer, á la palabra *stauros* del texto griego del Nuevo Testamento, y probablemente designaba en tal idioma la idea general de madera ó el concepto particular de un cuerpo ú objeto formado de esta substancia. Así consta en Tito Livio (1), y Petronio (2) asegura que el verbo *crucificar* equivalía á *colgar* (3).

(1) *Annales*, X, 2.

(2) *Satiricón*, III, 112.

(3) No está probado en manera alguna que el *stauros*, del que se colgó á Jesucristo, tuviese la forma de una cruz de brazos desiguales. Renan (*Vie de Jésus*, 419) asegura muy ligeramente que se componía de dos maderos enlazados en forma de T. Lo mucho que durante largo tiempo vaciló el Cristianismo entre las diferentes maneras de figurar ese signo, y el hecho de que la forma de hacer sufrir su pena á los condenados que he indicado en el texto duró hasta el fin de la Antigüedad, hacen muy problemática la aserción del crítico francés. En una lámpara del siglo III se ve á un hombre amarrado en dicha forma á un poste y á merced de las fieras. En cuanto al grotesco crucifijo delineado en Roma sobre una muralla del palacio de los Césares en el Monte Palatino, y que se halla en el Museo Kircher, en Roma, no nos saca de dudas. A juzgar por los trabajos hechos sobre él por Garruci (*Civitta Cattolica*, Mayo, 1857), por Krauss (*Das Spottkrucifix vom Palatin und diesen neueste Durfung*, II, IV, VIII) y por Wunsch (*Sethianische Verfluchungstafeln aus Rom*. 30, 56, 81), en el famoso grafito de la *Domus Aurea*, Jesucristo Crucificado ó, por antonomasia, el Crucifijo,

¿Tiene la hipótesis contraria en su favor el testimonio de los historiadores sagrados? No, ciertamente; al menos los Sinópticos nada dicen respecto á los clavos, y sólo hablan de la horca y del suplicio en ella, sin que nos merezca fe el autor del Cuarto Evangelio, que, escribiendo dos siglos más tarde, se refiere á la crucifixión con clavos y á la supuesta cruz llevada por el condenado, cuando entonces los condenados eran colgados en horcas colocadas en sitio fijo. El hecho era tan evidente para todos, que los Gentiles llamaban al nuevo Dios de los Cristianos el *colgado*, el *ahorcado*, según atestigua Orígenes (1). Por otra parte, el *Talmud* en algunas de sus partes contradictorias no admite tampoco la crucifixión en sentido cristiano. Supone que quisieron ahorcar á Jesucristo de un madero; pero que todos los maderos se rompieron, porque él

está representado envuelto en una túnica, sin manos y con una cabeza de asno. La fantasía de los arqueólogos ortodoxos ha creído ver en él una caricatura pagana del suplicio de Jesucristo. Si tal fuese la intención de los que hicieron el dibujo, en el que aparece también un joven en el acto de adorar al asno crucificado, bajo el cual se lee: *Alexamenos sevette zeon*, resultarían dos cosas: a) que Jesucristo no había sido puesto en una cruz, sino en un poste terminado por una barra transversal; b) que lo que allí se ridiculiza es más bien al cristiano que adora un Dios, irrisión de Gentiles y Judíos, los cuales, en efecto, calificaban á los secuaces del Nazareno de hijos de una Divinidad que tenía *caput asini*, como refería Tertuliano (*Ad Nationes*, I, 14). Otros piensan que se trata de una burla de los Gnósticos, que acusaban á los Cristianos Exotéricos de atribuir un cuerpo real al Cristo; pero nadie ignora que algunas sectas cristianas (como la de los *Docetas*) suponían á éste dotado de un cuerpo fantástico, aparente, etéreo. No tiene nada de improbable que la causa de la maligna parodia estribe más ó menos remotamente en las dos leyendas principales de la vida de Cristo: la que le hace nacer en un pesebre, entre un buey y un asno (San Lucas, II, 7), y la que le hace entrar en Jerusalén, montado sobre un asno (San Marcos, XI, 2). En todo caso, el hecho no es puro capricho individual. Es verosímil que se pensara en general de un modo muy parecido, porque el siglo III, en que se supone dibujada aquella figura, fué el más agitado por los combates del Cristianismo con el Paganismo; y por otra parte, consta en Minucio Félix (*Octavius*, 11) que en el mismo siglo un judío pintó la imagen de una deidad con orejas del gracioso cuadrúpedo que mencionamos, escribiendo debajo: *Deus Christianorum*.

(1) *Contra Celsum*, II, 2.

(á quien el citado libro nos presenta haciendo durante toda su vida innumerables prodigios con el inefable nombre de *Scheemhamphoras*) los había encantado. Entonces los sabios fueron á buscar una gran col, que no era ya madera, sino hierba, y en ella le colgaron.

Quien lea el *Talmud* buscando en él la verdad que ama, dudará más de una vez si efectivamente tiene en las manos una obra de judíos, de hombres de esa raza, que con todo ha traficado menos con la Religión. Cuando leemos, además, la leyenda de Jesús, según los Musulmanes *Sunnitas*, en la que Jesús no sufre, no es crucificado, comprendemos que se ha tratado y concebido este punto según las diferentes naciones y razas de la época, y que las mismas leyendas cristianas, canónicas ó apócrifas, se resienten de esta asombrosa variedad.

Conocida ya totalmente la controversia judaico-evangélica, pasemos al análisis de los monumentos religiosos del Cristianismo que se relacionan con nuestro asunto. Creyóse por algún tiempo que uno de los muchos signos con que la cruz está representada en las Catacumbas, y que se componía de tres brazos, uno de ellos vertical y terminado por un semicírculo que forma una especie de P, era un símbolo místico que significaba *Pro Christo*. Esta fué ya la opinión de algunos monjes de la Edad Media. En el siglo xvi, un cardenal muy erudito, el célebre Baronio, fundó en el mismo signo la singular idea de que contenía dos letras griegas, *chi* y *rho*, que con gran algarazara de los teólogos católicos se creyó ser las más notables de todas las coincidencias, las dos primeras letras de la palabra griega *Kristos*, el anagrama del Redentor del Mundo. Casi en nuestros días (1845) otro eclesiástico católico, el abate Didron (1), fijándose en las disposiciones de la mano del hombre, pretendió corroborar la misma tesis mediante un símil, que por lo raro merece ser reproducido. «El pulgar se coloca á través del cuarto dedo; el quinto queda así un poco encorva-

(1) *Manuel d'Iconographie Chrétienne*, 456.

do, lo que forma la indicación de la palabra *Kristos*, porque la reunión del pulgar y del cuarto dedo forma una X, y el dedo pequeño por su curvatura una C, letras que son la abreviatura de la palabra *Kristos*. Así, pues, por la divina providencia del Creador, los dedos de la mano son más ó menos largos y están dispuestos para formar el nombre de Cristo.»

Estas ridículas afirmaciones quedaron sin fundamento después del descubrimiento del vaso funerario de *Galasecca*, en el que aparece el mismo signo místico, así como de otros descubrimientos semejantes en *tetradraemas* atenienses, en monedas *aqueas*, en dos monedas de Herodes el Grande, en una medalla de Flacilla, mujer de Teodosio el Grande, en medallas de otros emperadores (Juliano, Valentiniano, Anthemo y los Flavianos), y hasta en una medalla del tiempo de Ptolomeo III (200 años A. C.). Desde entonces nadie admite las explicaciones de Didron y de Baronio, y nadie ha defendido seriamente que los Cristianos Primitivos representasen el signo de la cruz con un signo único.

No es necesario inquirir aquí si el hecho de que en ninguna de las pinturas de las Catacumbas exista la menor escena representativa de la pasión, obedeció á un negativismo pasivo de los Primitivos Cristianos, ó si hay alguna otra explicación del fenómeno: el Crucifijo Catacumbal de fecha más antigua, pertenece al siglo VIII (1). Se ha supuesto que la primera imagen que destruyó León Isáurico, con cuyo motivo comenzó á correr la sangre por las calles de Constantinopla, fué la del Crucifijo, que de tiempo atrás dicen se veneraba con gran devoción, y que estaba colocado sobre la puerta de bronce (*Xalke*) de su palacio imperial. Puede el curioso consultar á Theophanes (2) ó á Cedreno (3), que le darán minuciosos detalles. Autores tan graves como San Juan Damasceno, el continuador

(1) Véase á Rochette, *Discours sur les Origines des Types de l'Art du Christianisme*, 58.

(2) *Chronografia*, 339.

(3) *Historia*, 454.

de Theophanes, y Codino, suponen colocada allí la venerada imagen desde los tiempos de Constantino. Pero nuestro mismo retrógrado Mateos-Gago (1) la cree más reciente, porque—observa desde su ortodoxo y estrecho punto de vista—el Crucifijo, lejos de ser la primera, fué la última imagen entre las sagradas, cuyo uso se admitió por los Cristianos: «sin duda, no querían que la crucifixión de Dios pudiera servir de *escándalo para los Judíos y de necedad para los Gentiles*, según la expresión de San Pablo, y por esto es que, abundando tanto en los museos cristianos las imágenes de Jesucristo procedentes de los cuatro primeros siglos, nadie ha podido hasta ahora descubrir un Crucifijo perteneciente á esa remota época» (2). Semejante interpretación es insuficiente hasta la puerilidad. Podría servir de excusa al ultramontanísimo Mateos-Gago lo poco que otras explicaciones mejores que la suya habían ade-

(1) *Colección de Opúsculos*, IV, 216.

(2) Tengo á la vista un Canon de los llamados Apostólicos, siglo III, en el cual se encarga á los *Salvados* (los Cristianos) que «no se dejen engañar por causa de los ídolos, sino que en oposición á ellos (*ex opposito*) pinten la divina humana impermixta imagen del Dios Verdadero y Salvador Jesucristo y la de sus siervos». Para nada se refiere al Crucifijo. Tertuliano, en su *Apología*, XVI, discute con los paganos sobre la veneración de la cruz, tratando de retorcer sus argumentos, y en su tratado *De pudicitate*, VI y X, habla de las imágenes del Salvador en figura de Buen Pastor, esculpidas en los cálices ó vasos. Para nada se refiere al Crucifijo. Minucio Félix, en *Octavius*, XXIX, persiste en las mismas discusiones. Para nada se refiere al Crucifijo. Eusebio de Cesarea, siglo IV, en su *Historia eclesiástica*, VII, 18, nos testimonia la existencia de *estatuas* y retratos de Cristo y aun de sus Apóstoles. Para nada se refiere al Crucifijo. San Basilio, en su Oración contra Juliano, corrobora con su testimonio el anterior. Para nada se refiere al Crucifijo. Pero ¿á qué continuar? El lector puede hallar todavía las pruebas de lo que sostengo en las obras de arqueólogos modernos, como Aringhius (*Roma Subterranea Novissima*, IV), Casali (*De Veteribus Christianis Ritibus*, 72), Ciampini (*Vetera Monumenta*, II, III), Botarri (*Sculture et Picture sacrée*, 58, 69), Mamachi (*Origines et Antiquitatis cristianae*, I), Rochette (*Fables des Catacombes*, 10), Rossi (*Bulletino di Archeologia* de varios años), D'Agincourt (*Storia dell'Arte*, I, II), Lupi (*Disertaciones*, VIII) y Winckelmann (*Storia dell'Arte presso gli Antichi*, 98, 113).

lantado en la época en que escribió aquella frase (1879); pero hoy no ignoramos que la causa del retraso estuvo en la confusión de Jesucristo como simple profeta con el cordero divino, que simbolizaba los atributos del sol y del fuego. En otra parte, y en cierto modo por esto mismo, he puesto tímidos reparos á la hipótesis de la identidad del *Agni Védico* y el *Agnus Dei* Cristiano, hipótesis que no creo enteramente exacta; pero no puedo ocultar que el empleo del cordero, si no como símbolo preciso del fuego, como símbolo evidente del Hijo de Dios, fué muy común en los primeros siglos del Cristianismo, y con frecuencia se le representó en la cruz. Andando el tiempo, la cabeza del cordero divino fué arrancada, y con una falta de gusto enteramente bárbara se pegó al cuerpo del animal el busto de Jesucristo. El sexto concilio de Constantinopla, celebrado hacia el año 680, ordenó que en lugar del antiguo símbolo se pusiese la figura de un *hombre* sobre la cruz. Confirmó este canon el papa Adriano I; pero la modificación no fué completa: se vistió á Jesucristo con túnica flotante y los brazos extendidos en actitud de predicación, y aun, para contentar el tradicionalismo de los fieles, se colocó el cordero á sus pies. Hasta el siglo XII no puede decirse que aparezca el verdadero Crucifijo, el Crucifijo inspirado en el Evangelio de San Juan, con la cabeza caída, el cuerpo desnudo, contraídas las piernas y las manos atravesadas por clavos (1). Esto recuerda todavía los antiguos sacrificios paganos, en que se tendía al cordero sobre una especie de cruz, una de cuyas ramas sujetaba las patas delanteras, y la otra toda la longitud de la carne. En caldeo llamábase á esta operación *crucificar*, palabra que, en sentir de algunos (2), significaba *asar ó quemar la carne*. De

(1) Estos fingidos clavos que se dice sirvieron para la crucifixión de Cristo, aparecieron ya con distinto significado, bajo forma de corona de gloria, en la cabeza de la estatua de Constantino, erigida en el extremo de la gran columna de pórfido de Constantinopla, y que era una antigua imagen de *Apolo*.

(2) Entre otros, Picard, *Sémites et Aryens*, 68. También al nombre mismo de *cruz* se han dado otras significaciones que la que yo he admiti-

cualquier modo, es indudable que se han necesitado más de 700 años para que los hombres osasen fabricar la imagen tallada de su Dios y adorarla (1).

No he de gastar muchas palabras ponderando cuán indigno de un espíritu leal es deducir de todo esto consecuencias desfavorables á la alta significación del signo de la Cruz. Cuando Strauss (2), inspirado líricamente en Goethe y en la gran princesa palatina Isabel, duquesa de Orleans, se expresó en términos desfavorables á la Cruz y al Crucifijo, obró como un sectario repugnante y un materialista satisfecho, cosa que no puede menos de extrañar en un teólogo independiente de miras tan elevadas. La Cruz, dice Strauss, es la apoteosis del sufrimiento. Sí; pero es también la Divinidad con los brazos abiertos á los dolores del género humano. ¿Qué símbolo vale lo que éste? Por otra parte, Strauss no debió olvidar su universalidad y profunda significación. En el Cristianismo la Cruz ha conservado el sentido místico de otros signos antiguos: en las piedras de la iglesia y en los textos litúrgicos, llámase á la Cruz *lignum vitae* (leño de vida) y *vita nostra* (nuestra vida). Un canto fúnebre dice: *Mors mortua super lignum* (la muerte ha muerto sobre el madero). ¿No hay aquí oculto un gran sentido de la vida? ¿No hay un paganismo místico sublimado? ¿No hay la cuestión siempre antigua y siempre nueva de la redención de nuestra miseria por el dolor?

En 1844, decía el veterano Montalembert á la Cámara de los Pares de París: «¿Sabéis lo que surge de todo ese lodo que remueven contra nosotros? Surge el amor profundo, generoso, completo, hacia esta Religión que insultan. Y si me fuera per-

do en el texto. Hay quien la deriva en su forma latina del griego *kri-kos* = anillo, cerca, analogía de todo punto absurda. Hay asimismo quien la hace proceder del griego *krups* = *mortuus*. Esta etimología del nombre ario se aproxima algo más á la que atribuye Picard al verbo semítico; pero tampoco tiene visos de verdad.

(1) Mourant-Broock: *Croix Païenne et Croix Chrétienne*, conclusión.

(2) *Der Alte und der Neue Glaube*, I, 19.

mitido citarme á mí mismo como ejemplo, y si me preguntaran en qué circunstancia se arraigaron en mi alma estas convicciones que acabo de expresar delante de vosotros con una osadía legítima, pero inusitada, diría que fué un día en que hace catorce años, en 1830, vi arrancar la cruz del frontis de las iglesias de París, arrastrarla por las calles y precipitarla en el Sena entre los aplausos de una muchedumbre extraviada. Esa cruz profanada la recogí en mi corazón, y juré servirla y defenderla. Lo que me dije entonces lo hice después, y nunca dejaré de profesar y de amar la cruz de Dios.»

Sí; la cruz de Dios, la cruz es Dios mismo. ¿Quién escribirá la teogonía de la cruz? La cruz es un rito tomado á un símbolo antiquísimo del sol de la victoria, símbolo que ha evolucionado, se ha determinado en el monograma cristiano, se ha fundido en él, y se ha convertido así en parte integrante del mito. La cruz cristiana no es más que un caso particular de una representación general en la Humanidad anterior al Cristianismo (1). En efecto: desde hace siglos vienen nuestros semejantes venerando, cual misterioso y divino signo, la imagen del instrumento con cuyo auxilio se vió, por vez primera, brillar el fuego (2). El procedimiento usado para producir este agente causó tal admiración, que aquel instrumento, hecho primitivamente con dos palos puestos en cruz, se consideró como sagrado. Encuéntrase ya grabado en los monumentos megalíticos, y sobre las tumbas del período prehistórico de la piedra pulida, siendo de notar que en aquella época no se conocían el hierro ni el bronce. De gran fama gozan en el gremio arqueológico las losas de un sepulcro de la época descubierto en Bréze (Francia). El mismo venerado signo se ha hallado después en las estaciones lacustres del lago de Bourget, anteriores á la edad de los metales. La cruz hallada en las monedas cristianas de Luis de Outremer y en otros docu-

(1) Parsons: *The non Christian Cross*, III, 2.

(2) Hochart: *Étude d'histoire religieuse*, II, 120.

mentos cristianos de 940, se asemeja en extremo á la anterior. De igual manera, en el Museo de Parma se ve un vaso de barro de los terramares de Castione (edad de bronce), sobre el cual se representa la cruz en la misma forma en que se encuentra más tarde en las monedas de Raimundo de Turena (1385) (1). Cruces de forma variada se han hallado también en los terramares de Emilia, grabadas sobre vasijas de uso doméstico. La opinión más probable es que, cuando á la edad de bronce sucedió la primera edad de hierro, mucho tiempo antes de la invasión de los Etruscos, esas cruces se conservaron como emblemas religiosos, según lo prueba el cementerio de Villanova. Sábese, además, que en el sacerdocio etrusco era práctica corriente señalar en el aire la cruz, apuntando con un bastón á los cuatro puntos cardinales del espacio, residencia del espíritu, habitación de los vientos. Si nos fijamos en lo que podía significar esta cruz circunscrita por el círculo que representaba el universo, como el infinito se expresa por las ciencias exactas y por los jeroglíficos egipcios con la figura de una culebra mordiéndose la cola, hallaremos el símbolo del conjunto de las cosas, del soplo, del alma, de la vida, de todo, y veremos que no soñaba Sánchez Calvo (2) al identificar la cruz con

(1) *Revue Ethnographique*, Marzo, 1885.

(2) La opinión de este distinguido mitólogo merece citarse. «Creo—dice (*Los Nombres de los Dioses*, 318) — que el nombre de la cruz es onomatopeico... La palabra que expresa el color verde adquirió en los idiomas germánicos los sonidos *green*, *grow*, etc., procedentes de la contracción del *bero* prehistórico, que expresaba en un principio las ideas de creación, desarrollo y crecimiento vegetal, caracterizados por el color verde de las hojas y hierbas, y designando, en fin, este color con la misma onomatopeya, por analogía y asociación de ideas. El espacio, residencia del espíritu ó del soplo en sus cuatro puntos cardinales, que lo abarcan todo, circunscritos en un círculo imaginario, considerado como universo viviente y animado, debió ser conocido en el origen con el nombre de la divinidad *Bero-ja*... Prueba de esto es la concepción que se formaban de sus grandes dioses: *Pardjania*, *Zeus*, *Elohin*, *Belo*, *Indra*, el *Omphalos*, que todos representaban, además de su carácter especial, el espacio universal y aéreo. La forma primitiva *Bero-ja* pasa por contracción á *Bro-ja* y *Grox-a*,

la figuración más antigua de la existencia, originada en el soplo universal é individualizada en la respiración de los seres. Las cruces de la urna-osario que se conserva en el Museo de Antigüedades de Besançon (Francia), se componen todas de líneas transversales (1). La de Callernish, en la isla de Lewis (Hébridas), merece particular mención. Es una cruz grande compuesta de piedras del período prehistórico. El escritor Phéné (2) dice de ella: «No se trata de un caso aislado, pues la cruz era uno de los emblemas venerados entre los hombres prehistóricos, y no ciertamente como emblema secundario y accidental, sino como objeto de profunda veneración. Con el mismo indiscutible carácter religioso lo encontramos en los cuatro continentes» (3). La cruz cristiana ha sido, para el mundo moderno, lo que fué la cruz pagana para el mundo antiguo: un símbolo universal. En Egipto se tenía por el símbolo heriático de la vida (4); y entre los Judíos fué trazado como signo de salvación en la frente de los arrepentidos de Jerusalén, como atestigua Ezequiel (5) al poner en boca de *Jehová*

y, por último, á *Cruz* latina y *Cruz* en español. En todo caso, si su etimología se quisiera traer de su aplicación á instrumento de patíbulo, sería lo mismo: Patíbulo, *Gabal-us* en latín: *Jabar* = *Jaber*, otro término evolutivo de las onomatopeyas, como *Cruz*: hálito vital, sin expresar si era para conservarlo ó para perderlo; pero, en la lengua primitiva, acaso el acento ó la manera de decir expresaba la diferencia, como en chino. La idea que se quería indicar con las palabras *Gabal-us* ó *Cruz*, era la de rendir ó entregar el espíritu vital, como ahora decimos expirar por morir. Son dos evoluciones de una misma idea y de un mismo nombre primitivo. La cruz fué, pues, símbolo del espíritu ó del soplo, y figura de sus cuatro puntos cardinales, y, como tal, emblema de la vida y de la muerte.»

(1) Mortillet: *Le Signe de la Croix avant le Christianisme*, 165.

(2) *Prehistorie Customs*, II, 74.

(3) Cartailac (*Agés Prehistoriques de l'Espagne et du Portugal*, 280) ha señalado la existencia de cruces en Portugal, y Schlieman (véase á Perrot, *Histoire de l'art*, V) en las excavaciones de la antigua Troya. En Newgrange (Irlanda) se ha descubierto también un monumento céltico, cuyos toscos bloques figuran claramente la cruz.

(4) Cantú: *Storia Universale*, VII, 676.

(5) IX, 4.

las famosas palabras: «Pasa por medio de la ciudad... y haz una señal en la frente de los hombres que gimen y claman», etcétera. «El séptimo rey del noveno *Ki* en China, dice Pauthier, se llamó *Hien-Yuen* por haber hecho la balanza poniendo juntos dos trozos de madera, el uno derecho y el otro al través, á fin de honrar al Altísimo». En Persia, la clásica adoración del fuego, y por ende de su símbolo universal, prueban claramente que la cruz no fué desconocida de los sectarios de Zoroastro: aun los últimos que le quedan, los *Guebros*, tienen por deber ineludible mantener constantemente la llama del santuario, y si se apaga, no pueden reanimarla de otro modo que frotando dos pedazos de madera (1).

Es inútil presentar más detalles sobre la cruz primitiva. En cuanto á la derivada, anterior al Cristianismo, nació del perfeccionamiento del modo de producir el fuego, merced al invento del *Swastika*, instrumento usado en la India y que tanta importancia adquirió después como insignia en el rito búdico. Componíase esta nueva cruz de dos palos, cuyos brazos, retorcidos en sus extremidades, se fijaban en cuatro clavos. En el punto de conjunción, y en un pequeño hueco practicado en el palo de arriba, colocaban un trozo de madera en forma de cono, al cual una correhuela enrollada hacía girar rápidamente merced á un juego de arco, hasta que brotaba la chispa. Se han encontrado muestras de este género de cruz en los paláfitos del citado lago de Bourget (2), en multitud de vasos y objetos antiguos de Rodas, de Chipre, de Sicilia (3), en figuras femeninas descubiertas en Tracia, en Ibriz (Sicanonia), en Hissarlik (Asia Menor), y hasta en las catacumbas de Santa

(1) Véase la explicación que de esto da Hovelacque en su libro *L'Avesta, Zoroastre et le Mazdéisme*, 227. Lebon (*Les Premières Civilisations*, 503) insiste en que el *agnus Dei qui tollis peccata mundi* de la Iglesia Católica es casi traslado de la invocación mazdea al fuego que quita las impurezas del mundo.

(2) *Revue de l'Ecole d'Anthropologie*, Febrero, 1891.

(3) *Revue Archéologique*, Abril, 1895.

E. M.—Febrero 1906.

Inés y otros cementerios cristianos de los siglos III y IV (1).

Como debía de esperarse de una época cual la denominada *hallstaliana*, que constituye la transición entre la edad del bronce y la del hierro, vese ya en ella la cruz sencilla combinada con la que acabo de describir. Así aparece en las sepulturas de Golaseca (Italia) sobre los broches, *fibulas* (conchillas), alfileres y vasos depositados en las tumbas. En algunas el disco del sol hállase colocado en la intersección de los dos brazos de la cruz (2), como se ha visto anteriormente en la cruz católica. De igual modo, en el traje de los grandes sacerdotes de Asiria, como *Sansi-Bin* y *Sansi-Vul* (835 años antes de J. C.), la cruz que lo completa llevaba el disco solar en la intersección de los dos brazos.

Algunos de los demás ejemplares de cruces que ha obtenido la Arqueología son muy importantes; así, por ejemplo, en los campos de Corea los signos de la cruz se adoran á modo de protectores de los campos, que alejan los malos espíritus. Es preciso tener presente que la reunión de la cruz y el disco solar dió margen á una figura combinada, que era emblema del concepto de potestad en casi todo el Oriente Antiguo. En la Galia Primitiva existía ya sobre una figura que representa un dios nacional semejante á Júpiter, y en las monedas. Según los recientes descubrimientos del doctor Bertholon (3) en Túnez y otras regiones de África, entre los Musulmanes, hay tatuajes simbólicos que representan el Sol y el fuego bajo la forma del disco y de la cruz. Y los Fenicios daban á sus templos la forma de una cruz y colocaban ese mismo signo al extremo del cetro que tenía en la mano la diosa *Astarté*.

Pero lo que merece ciertamente un poco de atención es el hecho de que ni aun en el Nuevo Mundo falte el signo de la cruz. Gran sorpresa causó á Cook, en su segundo viaje á Nueva Zelanda, ver sobre la tumba de uno de los suyos una cruz

(1) Allard, *Lettres Chrétiennes*, Julio, 1881.

(2) Malvert, *Science et Religion*, III, 1.

(3) *Bulletin de Géographie*, Junio, 1891.

adornada con plumas (1). Los primeros europeos que llegaron al Canadá se asombraron igualmente ante una tribu de *Gaspe-sianos*, que adoraba la cruz, designando por ella la dirección de los vientos. No menor fué la emoción experimentada por la Comisión enviada por Carlos IV á las órdenes de Dupaix para explorar las ruinas de Culuakan ó de Palenque, que ocupan ocho leguas de extensión, con el descubrimiento de un cuadro donde, en medio de jeroglíficos, se distinguen el escarabajo y la T, tan frecuente en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina, de cuyos brazos pende una especie de palma enrosada que hace pensar en cierto símbolo de la Pasión, y encima de la cual se reconoció un gallo que recuerda el que tan gran papel juega en aquella escena del atrio de Caifás, príncipe de los sacerdotes, cuando cantó. «Y volviéndose al Señor, miró á Pedro» (2). A los lados de aquella cruz hay sendas personas en actitud de suplicantes, entre ellas un sacerdote que ofrece un vaso de flores, y una mujer con tiara á la egipcia, que presenta un niño acostado en una cesta de mimbres. Note el lector que se trata de un monumento de la América Central, y que los bajorrelieves que adornan su cruz indican haberse ésta entallado en épocas anteriores á la conquista de Colón. El hecho de haberse hallado cruces semejantes en Yucatán (3), Copán (4), Paraguay (5) y Cuzco, centro del culto del sol (6), ha acabado de demostrar que allí se veneraba la cruz como insignia de un dios pluvial (los Mejicanos la creían símbolo de su gran Mesías *Tamón*).

Nos resta describir brevemente la base greco-romana de la cruz y algunos de los elementos helénicos y latinos que han contribuído á preparar la adoración cristiana de tan anti-

(1) *Histoire Universelle des Voyages*, VIII, 180.

(2) San Lucas, XXII, 61.

(3) Argensola, *Anales de Aragón*, I, 63.

(4) Cronau, *América*, 99.

(5) Nadaillac, *L'Amérique Préhistorique*, 175.

(6) Véanse los *Origines de la Civilisation en Amérique*, de Jousset. (*Congrés international*, 1891, II, 8, 100.)

quísimo símbolo. En Grecia se llevó 1249 años de Jesucristo por los siete reyes de Tebas, y recientemente se han descubierto cruces helénicas en Mycenae y en Tesalia. En Roma existió la cruz de la diosa *Palas*, que consistía, según parece, en una piedra cuadrada con su remate, y se llamaba *Ergane* ó *Ergates*, sin contar las cruces de las medallas greco-romanas, las de medallas del triunviro Marco Antonio, las de la galera pretoriana, las de las Vestales, las de muchas pinturas de Pompeya, etc., etc. Los primeros cristianos adoptaron con tanta mayor facilidad la cruz latina, cuanto que era entre todas la que más se parecía al instrumento de suplicio en que se supone muerto al Salvador. En cuanto á la causa del hecho mismo de la adopción, no puede ser más clara. Cada pueblo simbolizaba en aquel signo las aspiraciones de su carácter: los Americanos, como ya vimos, un dios pluvial; los Egipcios, la vida futura; los Arios Primitivos, el fuego y el sol; los Arios Europeos, el maravilloso misterio por el cual se perpetúa la especie, según indica una célebre pintura mural de Herculano; los Cristianos ¿qué habían de simbolizar sino la pasión de Jesús? Si se trata de una simple coincidencia ó de una adopción meditada, no es cosa resuelta, pues sabemos que la Iglesia no adoptó la cruz latina hasta fines del siglo iv. Por lo demás, hay muchas razones para convencer que se dieron multitud de azares. Juzguemos por el siguiente hecho: en tiempo de Teodosio, al destruir los Cristianos los templos de *Serapis* ó *Serapeus* en Alejandría y en otras ciudades de Egipto, viéronse grabados en los muros de ellos jeroglíficos semejantes al signo de la cruz. Eran cruces de asa, y significaban *la vida que viene*. Muchos Paganos vieron en esto el anuncio de la venida de Jesús, y abrazaron el Cristianismo, á lo cual contribuyó no poco la circunstancia de que otros jeroglíficos anunciaban que el templo sería destruído cuando aquel signo se pusiese de manifiesto á la luz del día.

Hubiera podido creerse que tantos hechos, unidos á las deducciones que se ha visto obligada á formar la Teología Com-

parada, persuadirían á todos de que la cruz cristiana es una cruz pagana modificada; pero sucede lo contrario: tales hechos no parece que hayan producido el menor efecto en el ánimo de los teólogos ortodoxos y dogmáticos. El jesuíta Mir (1) se obstina en que las llamadas cruces gentílicas eran símbolos profanos á quien los Paganos nunca rindieron culto religioso. Pero ya hemos visto que lo contrario es precisamente lo cierto; y aunque el P. Mir tuviera razón, no por eso dejaría de poder proclamarse como verdad que la cruz es anterior á Cristo, si no como símbolo, como signo; de que Jesús no fué crucificado, sino colgado ó quizá lapidado, y de que el verdadero Crucifijo no se conoció hasta bien entrada la Edad Media. Así, pues, los Católicos del pensar del P. Mir no pueden elegir más que entre dos caminos: ó cerrar completamente los ojos ante los descubrimientos de la Ciencia, ó admitir esas numerosas analogías entre la cruz cristiana y las demás. Y si no desean renunciar á sus errores ni negar lo último en principio, no les queda más que un partido que tomar con respecto al asunto: el de suponer que lo sobrenatural ha querido simular por completo á lo natural para engañar á los incrédulos, ó que tales analogías son ilusiones providencialmente dispuestas con el objeto de que el hombre sostenga su adhesión á la fe católica, aun contra la luz de la evidencia: *credo quia absurdum*. A esto es á lo que se exponen aferrándose en el criterio indicado. Pero el arqueólogo tiene en sus descubrimientos sobre la cruz materiales para hacerse de un criterio más amplio. Dumas, el químico eminente que había sospechado que el hidrógeno era un metal, anunció su descubrimiento en la Academia con una frase que la Ciencia recordará siempre: «Señores—dijo,—al beber un vaso de agua, bebéis un óxido metálico». Parodiando á Dumas, el arqueólogo puede decir: «Cristianos, al adorar la cruz de vuestro Dios, adoráis un signo divino, universal entre los hombres».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *La Religión*, 720.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS

EVOLUCIÓN DE LA MORAL EN NUESTRO TEATRO

I

La resurrección que se ha hecho en la escena de *El médico de su honra* trae á colación el famoso «punto de honra», siglos atrás, como en estos tiempos contemporáneos, de permanente vitalidad y con secular arraigo en las costumbres públicas españolas. A través de todas las contingencias históricas, á salvo de las graves convulsiones sociales que han conmovido el país hasta en sus más firmes fundamentos, siempre ha permanecido en pie, como ímpetu un tanto caballeresco de la raza, el espíritu vindicativo, el carácter puntilloso, bravío y retador, justiciero á su modo, con arreglo á cánones de una moral necesariamente española, que ha remontado el curso de los años, palpitante en el fondo de nuestro pueblo, caliente y vivo en todo nuestro arte literario de ayer y de hoy, y llega á nuestros días con idéntica índole y casi con iguales bríos.

Sin duda el punto de honra no se acopla á los suaves principios evangélicos á que sujetara su vida en todo tiempo el pueblo español. Tal vez algunos espíritus altruístas acusen de extremo y hasta de bárbaro ese impulso espiritual inspirado, más que en la justicia, en un alto ideal caballeresco, que lleva la mano á la espada para vengar las afrentas al honor. Esa exal-

tación del sentimiento de la honra, superior hasta al mismo amor humano que cae en generosidades compasivas ó egoístas, mientras que el otro se mantiene fiero, inflexible, no transigiendo, por flaqueza del ánimo, y mucho menos por cobardía del corazón (blanduras del carácter, que no cuadran á las almas de temple), con el agravio ó la ofensa, de cualquier calidad moral que fuese, es, á mi entender, el único nervio vital que ha intensificado siempre el espíritu español.

Ni la fe religiosa, tan arraigada en nuestra raza, ni la pasión política, que tantas veces ha calentado la sangre de nuestro pueblo, han llegado á la plenitud de fuerza espiritual que alcanzara «el punto de honra» en España. Supo siempre despertar en los seres un sentimiento altruísta, despreciador de la propia grandeza con vilipendio, celoso de que el ajeno respeto cuidara de que el honor en cada cual nunca recibiera mancilla. Infundió en todos el concepto, convencional si se quiere, de que á la vida sin honor es preferible una muerte hidalga.

A punta de espada el galán ha defendido á la dama de cualquier rival, siempre metidos en aventuras de amor y pendencia; con sangre ha lavado la honra cuando la fidelidad conyugal ha sufrido quebranto, y hasta cuando solamente ha padecido sospechas, el marido ultrajado, al revés de Colatino, pero también «en la tirana fuerza disculpado», al primer recelo castigó la voluntad, ya que no el hecho.

Este espíritu caballeresco, este temple duelista, sentimiento del honor á punta de honra, dió carácter al pueblo español, infundió en su complexión espiritual un sentido de dignidad gallardamente vidriosa, una altivez nunca quebradiza, cierto aire de hidalguía á todo evento.

Quizás el fondo ético de esta rancia costumbre que se perpetúa hasta nuestros días, persistente en el modo de ser moral de nuestro pueblo y en la manera de juzgar en puntos de amor los casos de punto de honra, no esté conforme, y en verdad no lo está, con la moral cristiana antaño practicada; quizás

no se acuerde tampoco con esta moral nueva, libre y altruísta, que pone las ideas absolutas por encima de las pasiones impulsivas. Sin embargo, á un lado esos reparos de apreciaciones particularistas, es necesario reconocer que el espíritu vindicativo, el ímpetu duelista, dentro de nuestro teatro clásico, fué un poderoso estímulo á la acción, y representó una alta consagración de la humana dignidad moral.

Tan hondamente arraigó en nuestra psicología nacional, que nada ha logrado desentrañarlo hasta el presente de nuestras costumbres, mal que pese á la evolución de las ideas y á las radicales transformaciones en nuestro solariego modo de vivir. Al mismo sentimiento del honor responde el continente del hidalgo riñendo un duelo á muerte, que la actitud del villano que mata á una mujer por cobrar un agravio y vengar una vergüenza.

Y es curioso advertir cómo esta moral del honor no es personal, y este asentimiento no impone individualmente la disciplina del deber y garantiza el propio respeto á la dignidad.

Lleva su acción más allá del individuo: exige en los demás un respeto mutuo, é impone una especie de recia y férrea moral social.

Los castigos que impone el punto de honra son absueltos. Por el contrario, los quebrantos del honor no consigue ni aun la más sincera atrición que sean perdonados.

Podía buscarse, en són de disculpa, en una moral casuística, la ceguedad de la pasión, «más poderosa que la muerte», y hasta la liviana condición de la naturaleza humana, siempre quebradiza, pronta á caer. Contra esa debilidad del ánimo y ese elasticismo de la conciencia se levanta inflexible el sentimiento del honor: en el individuo, castigando la culpa; y en la colectividad, absolviendo el acto vindicativo. La disciplina es amplia, de carácter social, y el espíritu caballeresco encarna en todos, hidalgos y villanos, con su sanción suprema de justicia. Quizás ella sea por entonces la fórmula más completa de la justicia popular, unificando todas las opiniones que aca-

tan un código no escrito, en contraposición con las mismas leyes, pero que tiene la fuerza y la eficacia del asentimiento común, promulgado y garantido en la conciencia pública.

Que el punto de honra fué siempre moral estrecha antaño en la hidalguía española, es innegable. En las costumbres, donde aún perdura el atávico sentido puntilloso; en la leyenda, flor de poesía popular; en la novela y, sobre todo, en el teatro, voz y acento del ingenio nacional y cristalización del espíritu de la raza, que da carácter á todo nuestro arte literario, quedó «la dura huella señalada».

En la escena es donde el punto de honra vivió con mayor lozanía, poniendo á cada instante á prueba entre galanes y caballeros, y aun entre la turba villanesca, la firmeza en la convicción, y la valentía y arrojo del corazón al guiar la espada.

Surge el espíritu vindicativo en los lugareños levantiscos de *Fuenteovejuna* y en los personajes de *Peribáñez*, en que el gran Lope de Vega, príncipe de los ingenios, recogió admirablemente este aspecto, el más curioso y el más verdadero de todos en la psicología del pueblo español.

Para justificar cumplidamente la desenfrenada ira de las muchedumbres que al amparo del crimen intentan derrocar la tiranía, reivindicando un estado de derecho con sentido democrático, Lope busca como recurso capital la venganza de un ultraje al honor de una doncella, así pleno justificante á los sangrientos desmanes de las turbas motinescas, rebeldes, clamantes con furoros homicidas.

En *García del Castañar*, en *Sancho Ortiz*, el punto de honra despunta también ennoblecido y gallardo.

Pero ningún dramaturgo español antiguo exaltó tanto este sentimiento del honor como Calderón de la Barca. Bien puede decirse que lo escogió casi como eje de todo su teatro. Consagrólo como flor del espíritu español, como el ímpetu más fuerte del alma nacional de su época.

Los caballeros que lleva á la escena nada estiman tan alto

como el honor. La más leve sospecha los arrastra á la venganza para ejemplaridad y en uso de un derecho que la moral pública legitima y hasta glorifica.

Ponen el honor por encima de todos los juicios y poderes humanos. No pueden someter los casos de honra á ninguna jurisdicción. Basta el fuero de la propia conciencia para resolver en términos de pronta y vindicativa justicia. El honor, según entienden los héroes del teatro calderoniano, es patrimonio del alma, á tenor de la moral en este punto, y el alma sólo es de Dios, con arreglo á la ortodoxia católica que practicaban también en fe de cristianos y caballeros.

En sus dramas trágicos *Á secreto agravio secreta venganza*, *El médico de su honra*, *El mayor monstruo los celos* y *El pintor de su deshonra*, la ofensa conyugal es castigada con pena de vida. Así toman la justicia directamente por su cuenta los caballeros tocados de punto de honra; pero en el villano *Pedro Crespo*, alcalde de Zalamea, tipo singular y admirable, este sentimiento del honor también es enérgico. Si antes de llegar á extremos de violencia, que en casos tales aconseja la costumbre y la moral advierte, recurre á las súplicas deponiendo todo coraje el honor ofendido, por un instante llamado á la prudencia, bien pronto, cuando el burlador de su hija no se aviene á razones, en el ánimo del lugareño retoña súbitamente el sentimiento caballeresco, el espíritu vindicativo; y, bajo capa de hacer justicia, ahorcando al ofensor en nombre de la ley, deja á salvo la honra en entredicho.

Los celos no tienen carácter pasional en estos héroes de los dramas calderonianos. Son éstos seres fríos, reflexivos, atentos á mantener incólume el principio moral del honor.

Otelo, en el drama de Shakespeare, engañado por apariencias que se presentan con caracteres de certidumbre infalible, mata á *Desdémona* con energías pasionales de impulsivo, porque la ama. No tiene en cuenta el moro de Venecia que se ha escarnecido su honor, sino que piensa únicamente que su amor ha sido burlado.

En cambio, Don Gutierre Alonso de Solís, en el drama de Calderón, venga con la muerte de la esposa el honor mancillado.

Mal que pese á la evolución de las ideas respecto á la moral social, á despecho de las innovaciones que ha sufrido fuera y dentro de España la estética en el arte literario, no se ha desterrado el punto de honra en las costumbres públicas, y sirve aún de resorte artístico y de toque psicológico en nuestra novela y en nuestro teatro contemporáneos.

II

A partir de Calderón ya se pierde, á lo largo de la dramática española, el rastro de ese espíritu enérgico que se ha llamado la moral del honor. No hay que buscarlo, pues, en la producción escénica posterior á la del autor de *La vida es sueño*, años adelante.

Sobreviene entonces un período de crisis, en que la decadencia escénica parece correr á una *débacle* inminente. Sin fuerza de creación, y con desmañada expresión artística, ¿cómo mantener en pie el ideal caballeresco y el viejo sentido ético? No tuvo nuestro teatro en ruinas alientos de vida, y mucho menos ímpetus de combate.

Durante un no corto espacio de tiempo la producción escénica carece de interés. No hay que buscar en ella un reflejo de la psicología nacional.

Al volver el auge del arte escénico español con los románticos, bien entrada la centuria pasada, tampoco encontramos el curso en la evolución de la moral en nuestro teatro. Son un aparte. Ellos desviáronse del cauce tradicional, renunciando, al practicar una estética nueva, al añejo espíritu que informó la literatura dramática de nuestros clásicos.

Tras los románticos, que crearon un teatro de fantasía con pasiones grandes, vinieron moralistas de nuevo cuño que ningún parentesco tenían con los dramaturgos de antaño. Pusie-

ron el paño al púlpito queriendo ejemplarizar desde la escena, á propósito de reformar las costumbres con pláticas de moral casera. Ayala y Tamayo acudieron á ridiculizar vicios de carácter social en comedias con moraleja, mientras que Eguílaz y Larra se despeñaron ruidosamente en una dramaturgia sensiblera, asaz llorona, con ribetes de cursilería á toda prueba.

Si bien persiguieron crear un teatro con *belleza ética*, no lograron triunfar en el empeño artístico, sin duda por el concepto estrecho que tuvieron de la moral, circunscribiendo su acción social á casos vulgares, á detalles particularistas que en nada respondían á un alto sentido humano.

Entronca plenamente la tradición española al surgir el teatro de Echegaray. Entonces se remoja el viejo espíritu puntilloso, y el ideal caballeresco que vigorizó nuestro drama clásico cobra acento y arma el brazo vengador, instituyendo en cada personaje un «médico de su honra». Ya los héroes que desfilan por la escena no visten gola ni ciñen espada; pero el antiguo sentimiento del honor, celoso de mantener á salvo la dignidad y de tomar la justicia de la ofensa por la propia mano, vuelve á retoñar, fuerte y enérgico, bajo la levita moderna que visten los personajes echegarayescos. En estos seres no han cambiado más que el traje y el arma. Es la única concepción que se hace á los tiempos actuales. Por lo demás, á pesar de la diferencia de época, subsiste en el alma de ellos el mismo temple recio, igual disciplina de los sentimientos encadenados á la idea del honor, el propio criterio para saldar los agravios, fuera de todo principio religioso, de toda fórmula legal y hasta de las sanciones que acuerda la ética moderna, blanda con las transgresiones morales en punto á culpas de amor y en cuanto á la libertad de acción en la mujer, á la mayor exaltación de su personalidad en la vida.

Cuando se escucha el *¡tué la!*, como en la obra de Dumas, al caer la adúltera, en los dramas en que se viven los crímenes de amor, súbitamente la muchedumbre clamorosa aplaude el golpe homicida que cobra en sangre, matando, el agravio no

perdonado y la afrenta que á toda costa reclama inmediata satisfacción.

Así se pone bien de manifiesto un estado permanente de nuestra psicología nacional. A través de tantos siglos, el viejo punto de honra renace con nuevo vigor en el alma de las multitudes. Ni ha perdido su carácter, ni han desmayado sus cóleras vengativas.

Nunca, ante las culpas de amor, cae en la piedad misericordiosa. Al acto de justicia radical y pronta que realizan los héroes en el teatro responde la sanción del público, franca y decisiva. Aprueba solemnemente el castigo.

Quizás en ningún otro drama ha acentuado tanto Echegaray esta nota de la moral del honor, de corte á la antigua usanza española, como en *Mariana*. Hay, no obstante, en este drama atisbos de una nueva orientación y aspectos bien distintos del problema moral, lisa y llanamente planteado. Subsiste el concepto, si bien los términos son muy diferentes.

Mariana, violentando el impulso natural de sus sentimientos, se casa con Don Pablo, hombre de armas, espíritu recto, caballero siempre atento al cuidado de su honor. Ella quiere con entero corazón á Daniel Montoya, con quien no puede desposar por escrúpulos morales que repugnan á su conciencia. Entre ellos se interpone el delito de adulterio cometido por los padres de ambos, y no cesa un instante de resurgir fatídico en la memoria de Mariana el recuerdo de la fuga á Londres siendo niña, y las tristezas de su madre muerta en el vergonzoso destierro.

Ya en este punto se señala trágicamente el conflicto moral. Es un aspecto nuevo del problema. Los efectos son de un orden puramente sentimental. Sin duda este atisbo psicológico es de un gran valor. Desvía la orientación de un espíritu y cambia el curso de una vida.

Aún hay más. Mariana se casa con Don Pablo, deseosa de hallar un freno á su pasión. Quiere que el sentimiento espontáneo del amor lo ahogue el sentido convencional del deber.

En las propias energías espirituales, en una exaltación de la voluntad, no halla fuerzas para imponerse una disciplina interna de las pasiones.

A punto de caer, cuando, más enérgica, la acción de la naturaleza la arrastra á romper con todos los convencionalismos morales, Mariana acude, aun con pena de vida, al castigo redentor.

Por eso, con grito de la conciencia, á despecho del corazón, demanda:

¡Socorro!... ¡Mátame!

Y su voluntad es cumplida.

En este drama de Echegaray, la moral del honor se ha desviado de su cauce antiguo. Ha evolucionado en un sentido de más justificación del castigo.

En el teatro clásico se castigaba el agravio consumado. También el honor se vengaba á tenor nada más que de la sospecha. El médico de su honra respondía, en su vindicadora sanción, á propia iniciativa.

En el drama de Echegaray, la adúltera sólo por la intención, ella misma invoca la moral del honor, y exige el pronto castigo.

Ha cambiado, pues, el sentido del viejo punto de honra. Continúa la potestad del castigo vinculada en el marido, que recibe el agravio. Mas la mujer, acatando el espíritu vindicativo, poniendo el honor ajeno por encima de la propia pasión, se entrega á la sanción justiciera, demandándola como en cumplimiento de un deber que la moral social ha instituído.

En el teatro clásico, en la sanción de sangre, la culpable de amor era siempre víctima forzosa, cuya expiación á violencia, aun estando en olor de fidelidad sin mancha, si bien en sospecha, á una escrupulosa conciencia podía repugnar, sublevada ante los rigores de una pena injusta y una perturbación del derecho natural imposible de ser restablecido.

En el drama de Echegaray, que nos da el concepto de una variante marcadamente evolutiva en la moral del honor á la

nueva usanza, la víctima es voluntaria, consciente de su último destino, y en fe de cumplir su deber da en prenda la vida. Cuando flaquea su ánimo á punto de ceder, hace una llamada, no á su corazón para que se reprima, sino á su conciencia para que ponga camisa de fuerza á la locura de amor, y no halla otro recurso que acudir á la acción rápida del punto de honra que impone la muerte como único término de reparación posible.

Aún ha llegado á más, en su avance de violencias, la moral del honor en nuestro teatro contemporáneo. Ha agudizado su carácter puntilloso, dando de paso mayor amplitud al concepto sobre la ética en cuestiones de amor.

Hasta ahora, la venganza estaba admitida contra las esposas legítimas. El vínculo matrimonial, con su doble carácter legal y religioso, entrañaba fuerza de obligar, no sólo á la fidelidad, sino también á la obediencia.

Cualquier transgresión de los deberes aceptados exigía reivindicaciones morales para el ofendido y pena aflictiva para la culpable. El punto de honra, con su justicia á secas, se adelantaba á toda sanción penal, ya fuese del orden civil ó del eclesiástico.

Las costumbres públicas han establecido una moral social nueva en este punto, y de ella se ha llevado á la escena contemporánea española un reflejo con el drama de Dicenta, *Juan José*. La esposa legítima de antaño hase convertido en amante de ocasión. Sin embargo, subsiste, aun variados totalmente los términos, el derecho á la fidelidad; en caso necesario, el derecho á cobrar en sangre el agravio, exigiendo, al modo de *Shylock*, el pedazo de carne muy junto al corazón.

Si era legítimo que la mano del burgués de levita se armara con la pistola homicida matando á la esposa adúltera ó en camino de serlo, también se declaró lícito que esgrimiera el villano con blusa la navaja plebeya en contra de la amante en rebeldía.

Ante el acto brutal de *Juan José*, matando con golpe asesi-

no á *Rosa*, no se sublevaron los ánimos ni se estremecieron de espanto los corazones. ¿No era también caso de honra el del albañil burlado en su pasión? El vulgar delito de sangre despojábase de su repugnante carácter para convertirse en legítima vindicación de una ofensa. La moral pública, con criterio abierto, absolvía resueltamente al matador, especie de Jack, por artes extrañas metido á médico de su honra.

La crueldad bárbara, el instinto criminoso que representa la acción homicida del héroe, no son habidas en cuenta para nada. El desborde de la pasión, enloqueciendo, se disculpa por completo en una moral acomodaticia que acepta un falso honor, como si fuese del mismo temple que el viejo punto de honra, *suprema lex* en los hidalgos á la española de los tiempos clásicos.

Bien se echa de ver que, al otorgar el público su asentimiento con su aplauso, se ha llegado á conceder al sentimiento de la honra una amplitud extrema. Se salta ya por encima de otros principios éticos que antiguamente lo robustecían y, al parecer, lo legitimaban. En la santidad del matrimonio fundamentábase la ley del honor.

Ahora, puesta la moral pública á hacer concesiones, reconoce en el concubinato los mismos deberes, igual derecho á la fidelidad y, por tanto, á las represalias sangrientas en caso de agravio.

No cede el honor en sus rigores. Exigente, implacable, nunca se ablanda aviniéndose al perdón misericordioso, ni siquiera al desdén agresivamente cruel. El castigo es necesario, de urgentísima y saludable reparación. Sólo la sangre lava las culpas de amor; á las resultas de la fidelidad está pronta la vida de la mujer. Con ella paga los quebrantos que al honor infiere.

III

Un aire de fuera ha venido á renovar el ambiente moral del teatro moderno en España. Se intenta en los últimos tiempos, con plena y potente iniciación en la dramaturgia de Gal-

dós, dar en tierra con los viejos prejuicios en punto al honor, tan profundamente arraigados en el alma de nuestro pueblo. Sea bueno ó malo el empeño, que no es cosa de discutir la valía de esa estética y de esa ética nuevas, debe hacerse constar el hecho y desentrañar, aun con crítica á la ligera, el verdadero carácter, el preciso sentido, la representación y la influencia sociales de la nueva moral que desde la escena española se predica. Desde luego acusa una desviación completa del antiguo cauce en que ha venido desenvolviéndose á través de tantos siglos con marcha evolutiva. A mi entender, esa moral teatral del honor sufre actualmente una sacudida revolucionaria. Es tan brusco el salto, son tan contrarios los efectos que se buscan ahora, que los que traten de seguir un curso rectilíneo á lo largo del arte escénico nacional, por lo que respecta á la significación y alcance del punto de honra, al encontrarse con las ideas que entraña la dramaturgia de Galdós se hallarán por completo desorientados.

Ya en la obra escénica galdosiana se pierde la tradición española. Se advierten influencias del teatro y de la novela extranjeros. La rebeldía de *Nora*, en la obra capital de Ibsen, abandonando el hogar conyugal, tranquilo el ánimo y gallardo el continente, ha traído á nuestra escena un poco de calor de su espíritu revolucionario. La resignada impasibilidad con que *Karenine*, en la novela de Tolstoy, mira la desventura propia en el oprobio que le causa su legítima mujer, entregada á livianos amoríos, baldón de la fe jurada, alcanza también por acá, en la escena y en las páginas novelescas, un eco de simpatía para tanta grandeza de alma.

Galdós, con tenacidad á prueba de resistencias morales que se disfrazan con apariencias de escrúpulos artísticos por parte del público, en cuya psicología no se hace hueco el vasto concepto de la nueva moral del honor, trabaja por inculcar ideas de perdón y sentimientos de piedad para la mujer culpable del delito de amor y caída vergonzantemente en infidelidad, en el alma de las muchedumbres dentro del solar español,

acotado, por tradiciones que moldean el espíritu y por la costura histórica que da carácter á las costumbres, á toda renovación intelectual que venga de fuera.

Los personajes del teatro de Galdós no se han tenido por tipos corrientes, sino que se les ha considerado con cualidades psíquicas de seres superiores. Y es que caen fuera de la psicología nacional, y, por tanto, no son comprensibles para nuestro público. En el alma de los héroes del teatro galdosiano ha desaparecido, para no retoñar más, el sentimiento del honor con el viejo temple á la española.

Para afrontar en toda su magnitud este problema de los amores adúlteros, resolviéndolo con alteza de pensamiento, llevado de un amplio sentido humano, ha procedido por partes en una evolución lenta y bien aconsejada. Comienza en *Realidad*, donde el esposo no perdona, aunque no mata, si bien desdeña, para terminar en *Amor y Ciencia*, haciendo que el esposo redima y admita á nueva gracia á la adúltera, no sólo arrepentida, sino regenerada por un esfuerzo poderoso de la voluntad y la disciplina de los sentimientos.

Cuando aparece en la escena española Orozco, el público siéntese extraño en su presencia, no lo comprende y hasta lo rechaza. Todo porque, como dice Ixart, «al manso filósofo no le daba la gana de convertirse en carnicero».

No perdona, sin embargo, á Augusta. Quizás en la culpa de ésta lo que menos repugne al gran espíritu de Orozco sea el hecho mismo, la infidelidad sangrante y odiosa. Tal vez lo que obligue á negar el perdón sea la tenacidad de la esposa en vivir en el engaño y para el engaño, la hipocresía con que se disfraza la conciencia hondamente turbada, la falta de valor moral en ella para confesarse, volcando toda la podredumbre moral que lastra su espíritu.

¿Qué hacer? Matarla exigiría el punto de honra. Orozco, por el contrario, con grandeza de alma, con superioridad espiritual, poniendo las ideas por encima de las pasiones, desdeña con gesto admirable. Sabe poner el pensamiento en alto, levan-

tar el corazón para que no lo manchen las miserias humanas, la basura moral de los seres que no alcanzan á vivir nada más que á ras de tierra. Y respondiendo á un estado de espíritu, mirando por la ventana abierta el cielo claro con estrellas, exclama, como en un suspiro que trae reposos:

—«¡Qué dirían esos mundos, si supieran que en éste tan minúsculo se mató á una mujer porque en vez de amar á un hombre amó á otro!»

Contra los añejos prejuicios y el convencionalismo social del honor, arremete Galdós de un modo franco, sin veladuras de ningún género en la intención, en *El abuelo*, derramando á lo largo de las escenas el ácido de una ironía corrosiva sobre la vanidad de todas las grandezas humanas y lo frágil de las preocupaciones sociales.

El viejo conde de Albrit pone todas las energías de su alma, respondiendo al espíritu de casta, que vela por el honor y el lustre de las familias, en averiguar la verdad en el fraude realizado en el hogar conyugal, incorporandõ á él la flaqueza de una esposa infiel á una hija adulterina.

Á tumbos va por la vida, escudriñando en las almas de las dos nietas, desglosando sus caracteres, el león de Albrit en busca del secreto, que quiere descifrar, atento sólo á que quede á salvo el honor, que estima el primer principio social, para convencerse, con amarga y á la vez alegre certidumbre, de que el amor es la única verdad eterna.

Así dice en una hora de infinita tribulación y al mismo tiempo de amargo escepticismo:

—Creo que si el honor fuera cosa material, sería buen estiércol para abonar las tierras.

Ya en este pie, Galdós afronta serenamente desde la escena el problema, resolviéndolo de un modo radicalmente opuesto al sentido del clásico punto de honra.

En *Amor y Ciencia*, no sólo el esposo ofendido no mata, sino que, por el contrario, regenera á la adúltera, la perdona y la restituye al cariño, sólo temporalmente callado, pero no extinto.

Bien marcada está en esta comedia la desviación radical que sufre la moral del honor. Ante todo, Guillermo, el protagonista, afirma su derecho á vengar el agravio. «Me debes tu vida—dice á Paulina,—que pude quitarte cuando me ofendiste.»

¿Cuál es su estado de ánimo ante la ofensa recibida? ¿Cómo dejar á salvo la honra?

Estas son sus palabras:

—Por primera vez en mi vida me sentí caído en la vulgaridad de la envidia, del despecho, del rencor. Yo no era yo, sino una bestia desatada, capaz de todas las violencias. Corrí fuera de mi casa, me lancé á la calle con ansias de matar. ¿A quién? A mí mismo, porque sólo acabando conmigo aniquilaba mi deshonor.

Ya en este punto han cambiado los términos para resolver estos casos de honra. Antes era necesario el sacrificio de la adúltera; ahora se hace preciso el aniquilamiento del propio ofendido, para que no sobreviva á la afrenta y á su desventura.

Mas en la comedia de Galdós el héroe no mata ni muere. ¿Hacia qué ruta moral se orientará? Es este empeño obra de cirugía interna, de recia disciplina espiritual. Hay que vaciar del corazón el odio, y llenar el hueco con raudales de piedad. Adviértase de paso que en Orozco la pasividad ante la ofensa la determina la lógica entre las ideas y los hechos; en Guillermo Bruno la impone un cambio en la sentimentalidad, que transforma las emociones al arrancar de cuajo en el alma la fiereza rencorosa para sustituirla con una ternura compasiva, que así se conduce de las monstruosidades morales como se lastima de todos los humanos dolores.

El azar, mucho después de cometida la falta, violación de la fe conyugal jurada, vuelve á poner frente á frente á los esposos, sólo de hecho divorciados. No mata Guillermo, ni perdona. ¿Bastará la repulsa, la mueca de asco? Con una definitiva separación podría resolverse en paz el conflicto. Mas Gui-

lhermo, «que endereza los cuerpos mal formados... y las almas torcidas», intenta crear en el alma de su mujer una conciencia fuerte, redimirla y entonces perdonarla.

Su castigo es enérgico. «Te condeno á vivir... á vivir, porque el vivir es yunque donde forjamos el mal y el bien.»

No quiere ser carnicero. Su justicia es dura como la ley que rige nuestras almas, con «dureza de herrero que en la fragua, á golpes de martillo, templea y vigoriza los caracteres».

La redención ha de buscarla ella misma, elevando la mente á un ideal de vida y aplicando toda la voluntad á realizarlo. ¿Cómo?

La clave está en este apóstrofe:

—«Ten alma de mujer, no mecanismo de muñeca de lujo. Vive en tu propio sér, no en la imitación de vanidades y pasatiempos frívolos.»

Cumplida al pie de la letra esa terapéutica espiritual, saneamiento del alma, la esposa, al reintegrarse al hogar, generosamente perdonada, vuelve á la estimación del marido. ¿Queda á salvo el honor? No es cosa de discutir este punto. Sólo puedo añadir que el derecho perturbado queda restablecido, y que en esa paz recobrada, á costa de tantos dolores, hay un simpático dejo de intenso calor humano.

ANGEL GUERRA

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA (1)

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

(Del *Bulletin Hispanique*.)

En el año 698-56, en una argumentación en la que pretende demostrar ante el Senado que la piedad es el todo del pueblo romano, Cicerón ofrece una curiosa característica de las naciones con las que la República hubo de luchar y á las que hubo de vencer. Los españoles tenían en su favor el número; los galos, la fuerza; y los cartagineses, la astucia; los griegos eran artistas; los italianos, los latinos sobre todo, tenían la misma alma, los mismos sentimientos nacionales que sus compatriotas de Roma. Pero lo que aseguró la superioridad de los romanos fué su piedad, su religión, su cordura, por donde reconocieron que todo está ordenado y gobernado por el poder de los dioses inmortales.

De los pueblos que no habitan en Italia, los sicilianos figuran en primer término; los españoles, con los cartagineses, en el último: unos y otros pagan un tributo fijo (*vectigal certum*), que es el justo castigo de las guerras que se atrevieron á sostener contra Roma. Hay también en España una raza de

(1) Inauguramos esta sección, en la cual daremos á conocer, íntegros ó extractados, los principales artículos publicados en el extranjero referentes á España.

hombres más odiosos que los cartagineses: son las tribus de los celtíberos, en las que se fundieron los elementos célticos é ibéricos, y que habitaban el centro de la Península, en el nudo de los valles del Duero, del Tajo y del Guadiana. «Hay—dice Cicerón—dos clases de enemigos: con los unos, latinos, sabinos, samitas, cartagineses, Pirro, Roma combatió por la supremacía, por el *imperium*. Con los otros, los cimbro y los celtíberos, no se trataba ya de saber cuál de los dos pueblos sería el amo, sino cuál continuaría viviendo: era una guerra de exterminio.» Cicerón compara la cobardía moral de los celtíberos con la de los cimbro, aquellas hordas de feroces salvajes que amenazaron y sobre todo espantaron á Roma. Los bárbaros saben batirse; enfermos, no saben portarse como hombres. En medio de los combates, los cimbro y los celtíberos saltan de alegría; en medio de las penalidades de la enfermedad, se lamentan con desesperación. El orador de las *Filípicas* explica la perversidad del tribuno de la plebe L. Decidio Saja, por su origen celtíbero: «A Saja, un cualquiera, lo sacó César del fondo de la Celtiberia para dárnoslo como tribuno de la plebe».

A los españoles que no pertenecen á la Celtiberia considéralos Cicerón como salvajes dignos de que se les confunda en el mismo desprecio que merecen las feroces naciones de Galia y las crueles hordas de Africa. Al discutirse al poeta Arquías su título de ciudadano romano, recuerda con indignación el defensor de Arquías que Sila confirió el derecho de ciudadanía á galos y españoles. Dos años después de defender la causa de Arquías, en 694-60, Cicerón dirige á su hermano Quinto, que gobierna en Asia en calidad de propretor, una larga carta que es un verdadero tratado de administración. Quinto debe emplear todas sus fuerzas y todo su celo en asegurar el bienestar de los administrados que el Senado y el pueblo romano le confiaran. Aun cuando en vez de enviarle á la provincia más civilizada de la República le hubiera llamado la suerte á ser propretor en pueblos bárbaros, desprovistos de toda especie de civilización, como por ejemplo los africanos, los españoles ó los

galos, sería para él un deber de humanidad el cuidar de los intereses de aquéllos y hacerlos felices.

En un informe pronunciado en 695-59, Cicerón, por necesidades de la causa que defiende, tiene que reconocer que los griegos de Asia no siempre dan pruebas de honradez cuando se comprometen por juramento á algo; pero se apresura á oponer á la péfida habilidad de los perjuros de aquéllos la ininteligente rudeza de los galos y los españoles. En otro lugar afirma que esos rudos españoles, tan ignorantes de la lengua latina como los cartagineses, no podrían hacerse comprender del Senado sin ayuda de intérpretes. Tal afirmación es evidentemente exagerada: el defensor de Arquías reconoce que en ciertas poblaciones de España, no solamente se entiende el latín, sino que se componen versos latinos. Y se burla de la vanidad de G. Metelo Pío, tan ávido de gloria que se complacía, cuando guerreaba contra Sertorio, en escuchar los laudatorios versos de los poetas españoles de Córdoba, que escribían para ensalzar al vencedor composiciones cuya tosca latinidad se resentía de su origen exótico (*pingue quiddam atque peregrinum*). Y si hay poetas que versifican en latín en Córdoba, hay también en los *vaccaci*, en la Tarraconense, oradores que hablan en latín; la prosa latina de los oradores es tan tosca como los versos latinos de los poetas.

Como se ve, en las obras oratorias de Cicerón, desde las *Verrines* hasta las *Filípicas*, se trata muy mal á los españoles; los mismos ataques se encuentran en las obras de moral y filosofía, tanto en el *De Officiis* como en las *Tuscutanes*, en donde el pensador se desprende de las pasiones que animan al orador político y de las exageraciones á las que ha de recurrir el orador en interés de su causa. Es interesante investigar los motivos de la constante hostilidad que se manifiesta con la misma violencia y se expresa poco más ó menos en los mismos términos, siempre que Cicerón tiene ocasión de hablar de los españoles.

I

En 677-77, Cicerón, á la edad de treinta años, volvía á Roma, de donde le obligara á alejarse durante algún tiempo la tiranía de Sila. Aseguraba su posición de hombre político haciendo lo que se llama una buena boda. Su mujer, Terencia, era rica y de ilustre origen; una hermana suya era vestal, lo que constituía una prueba de nobleza. Semejante alianza había de ser preciosa para un *homo novus* que deseaba lanzarse á la carrera de los honores.

En efecto: después de haber pasado, durante varios años de un trabajo asiduo, parte de sus días escuchando en el Foro á los más ilustres oradores y parte de sus noches consagrado al estudio de todas las disciplinas de retórica que podían formarle para la elocuencia, Cicerón se atrevió á combatir victoriosamente al todopoderoso dictador Sila, defendiendo con buen éxito á Sexto Roscio, acusado de parricidio por los agentes de Crisógono, liberto muy influyente del dictador (674-80), y á una mujer de Arrecio, de Etruria, víctima de las *leges Corneliae* promulgadas por Sila. Este doble triunfo oratorio obligaba al joven abogado á desaparecer de Italia, en donde imperaba la tiranía del dictador cuyas criaturas y leyes no había temido combatir. Cuando la muerte de Sila (676-78) permitió á Cicerón volver de Grecia y de Asia, en donde pasó dos años perfeccionándose en el estudio de la elocuencia y de la filosofía, Roma estaba tranquila; apaciguábanse las luchas intestinas; únicamente preocupaba á todos los espíritus la guerra lejana y peligrosa que Sertorio dirigía en España contra los ejércitos de la República.

Quinto Sertorio, originario de Nursia, en la Sabina, hizo sus primeras armas en la guerra contra los cimbros. Era uno de los diez sobrevivientes del ejército romano que escaparon del desastre de Erange (105); intrépido y astuto, preparó las victorias de Aix y de Verceil (102), introduciéndose disfrazado

do en el campo de los bárbaros, del que llevaba á Mario útiles informes. Tribuno militar, en el año 92, á las órdenes del prócsul T. Didio, se distinguió Sertorio en la provincia de *Hispania Citerior* por un feliz éxito, igualmente debido á su intrepidez y habilidosas prácticas. Castulo, capital de los oretanos en el valle alto del Betis, aliada fiel en un tiempo de los cartagineses, difinitivamente sometida por Escipión en 206, se había sublevado: los habitantes romanos fueron pasados á cuchillo y saqueadas sus casas. Sertorio hizo que sus soldados se vistieran con el traje y la armadura de los españoles, engañó á sus enemigos con este disfraz y mató é hizo prisioneros á todos los castulonenses. Tal fué su primer contacto con España.

Llamado á Italia por la Guerra Social, el antiguo soldado de Mario y de Dinio se distinguió en ella. Tal vez, durante el *Bellum Marsicum*, en que combatió como *tiro* (665-89) á las órdenes del cónsul Cn. Pompeyo Strabo, que mandaba el ejército romano, fué cuando Cicerón, de diez y ocho años de edad, conoció á Sertorio. Por lo menos hubo de oírle en el Foro, frecuentado asiduamente por el joven orador durante el *trienium* (668-86 á 670-84) en el que Sila, jefe del partido aristocrático, ocupado en lejanas guerras contra Mitrídates, dejaba á la facción de Mario dominar en Roma, Sertorio tomó partido por su antiguo jefe, cuyos excesos, sin embargo, censuraba; después de la muerte de Mario, en Enero del 86, se queda en Roma hasta el momento en que Sila, vencedor de Mitrídates, vuelve á Italia (83); habla en el Foro, y Cicerón dice de él: «De todos los oradores que he conocido, ó más bien de todos aquellos charlatanes sin instrucción, sin cortesía y sin gusto, no veo uno solo en el orden senatorial (*nostrí ordinis*) que tuviera tanta facilidad de elocución y tanta sutileza de invención como Q. Sertorio».

Pretor en el 83, comprendido en las proscriciones de Sila, Sertorio va por segunda vez á España. El tribuno del año 97 fué como enemigo; el pretor del año 83 llega como defensor de las reivindicaciones nacionales de la Península, que quiere

emanciparse del *imperium* de Roma. Durante diez años, desde 172-82, época en que el proscrito de Sila responde al llamamiento de los lusitanos, que aclaman en él al vengador de su independencia, hasta 682-72, fecha en que el vencedor de Q. Cecilio, Metelo Pío y de Cn. Pompeyo—que será el gran Pompeyo—muere asesinado por su lugarteniente Perpenna, se extiende el período llamado *Sertoriana tempora*, del que Cicerón recorda á menudo los peligros que atemorizaron á la República. En el discurso que pronunció, en 685-69, en defensa de M. Fonteyo, que fué propretor de la Galia Narbonense de 680-74 á 682-72, el orador exclama: «¡No habréis olvidado, jueces, que cuando Fonteyo gobernaba la Galia, los mayores ejércitos del pueblo romano, sus jefes más ilustres combatían en España!»

Supo Sertorio, por su habilidad y su justicia, conciliarse á los españoles, de los que hacía ciudadanos iguales en derechos á los ciudadanos de Roma. Los hijos de las principales familias se educaban en Osca, en la Tarraconense, con arreglo á las disciplinas de las escuelas latinas; á los padres de esos jóvenes se les admitía al lado de los proscritos romanos, en un Senado compuesto de trescientos miembros.

La guerra de Sertorio privaba á Italia del *vectigal* de España, como la guerra de Mitrídates la privara del *vectigal* de Asia. España no enviaba ya á Roma su tributo de trigo, y el propretor Fonteyo tenía que procurarse en la Galia Narbonense el grano necesario para el ejército romano, que luchaba contra las *guerrillas* de Sertorio y era derrotado á orillas del Júcar y del Guadalaviar (*acerrimis illis proeliis et maximis, Sucronensi et Turiensi*). Mitrídates formó el grandioso proyecto de unir el Océano con el Puente Euxino, las tropas de Sertorio con las suyas. Enviaba á España embajadores con mensajes para los jefes insurrectos, contra los que Roma tenía que sostener una lucha difícil; y Cicerón declara que Sertorio era más peligroso para la república romana que el mismo Mitrídates: había que temer más aún de España que de Oriente.

El Senado declaraba enemigos públicos á dos antiguos soldados de Mario, L. Magio y L. Fanio, quienes al través de los mares servían de mensajeros entre Dianio, ciudad de la Tarraconense, y Sínope, ciudad del Ponto. Habíase establecido la alianza entre el Oriente y España, puesto que á bordo de las naves de la flota de Mitrídates, que Lúculo destruía en un combate naval á la vista de Tenedos, se encontraba con muchos proscritos romanos el senador Marco Mario, enviado por Sertorio al rey del Ponto para ocupar un mando en los ejércitos del último.

El terror que inspiró Sertorio fué tan grande, que después de muerto y de terminada la guerra contra él emprendida, se veía en todas partes á antiguos *Sertoriani milites*, á los que parecía legítimo condenar á muerte sin ninguna formación de causa. Muerto Perpenna, Pompeyo, vencedor de la insurrección de España, acogió favorablemente á todos los soldados del ejército de Sertorio que se sometieron. Pero fueron muchos los *Sertoriani milites* no sometidos; muchos de ellos consiguieron escapar de España y abordar á Sicilia. Verres se aprovechaba de los recelos y temores que excitaban aquellos fugitivos, declarados enemigos de la República, para pretender que todos los comerciantes romanos que abordaban á Sicilia con algún rico cargamento del que el propretor quería apoderarse, eran soldados de Sertorio, que venían del puerto de Dianio, convertido en guarida de piratas por el jefe de la insurrección española. Verres justificaba la pena de muerte impuesta á ciudadanos romanos, afirmando que había reconocido en aquellos ciudadanos á fugitivos de España, cómplices de la insurrección. Y se admitía semejante justificación: romanos partidarios de Sertorio, españoles comprometidos en la insurrección contra Roma, todos eran igualmente odiados y temidos; todos eran enemigos de la República, á los que era legítimo poner fuera de la ley.

Los temores, las angustias y las humillaciones que se experimentaron durante aquella larga guerra de Sertorio, en la

que los insurrectos españoles combatieron al lado de los proscritos y de los desertores traidores á la patria, despertaron en el alma romana todos los antiguos odios de que España era objeto desde los lejanos tiempos de las guerras Púnicas.

En los discursos que pronuncia en el Senado ó en el Foro, en los tratados de retórica y de filosofía que compone para uso de las personas distinguidas y de los sabios, Cicerón hace frecuentes alusiones, toma numerosos ejemplos y numerosos argumentos de la historia de las relaciones hostiles de Roma y España, seguro de estar siempre en comunidad de ideas con sus oyentes y sus lectores, tanto con los hombres del pueblo como con los senadores y los letrados.

II

Roma hubo de empezar á intervenir en España en tiempos de la segunda guerra contra los cartagineses.

Habitada por un pueblo primitivo conocido con el nombre de *Iberi*, la Península hispánica fué visitada, en época muy remota, por comerciantes fenicios, á quienes atraían las minas de oro y de plata del país. Dichos comerciantes establecieron factorías, en donde traficaban con lana, aceite y vino. Además, en el litoral edificaron ciudades, cuyos habitantes inmigrados vivían en buena inteligencia con los iberos. *Gadir* (Cádiz; *Godes*, en latín) era la más importante de aquellas repúblicas fenicias. Más adelante los griegos de Asia ó de las islas fundaron establecimientos comerciales en España. Roda (Rosas) y Sagunto eran colonias de Rodas y de Jacinto. Fócea era la metrópoli de Emporium (Ampurias) y de Dianium (Denia), en donde se alzaba un templo consagrado á la Diana de Efeso.

Después de la ruina de Tiro, Cartago heredó la protección de las colonias fenicias en España. Vencida por Roma en la primera guerra Púnica, la gran ciudad africana buscó una

compensación de la pérdida de Sicilia en la conquista de España, cuyas tribus, con las que mantenía desde hacía tres siglos relaciones pacíficas, le proporcionaron mercenarios para todas sus expediciones contra los tirrenes, contra los griegos y contra los romanos.

En 228, Amílcar Barca sometió la mitad de España; á su muerte dejó una ciudad que fundó y que llevaba su nombre, *Barcino* (Barcelona), la ciudad de Barca. Eligió el sitio de otra ciudad en una costa rocosa, en la que se encontraba un puerto natural. Esta ciudad fué edificada por su yerno Asdrúbal, que le sucedió en el mando y en la obra de conquista: fué la Nueva Cartago, *Carthago Nova* (Cartagena). Todo el litoral del Mediterráneo pertenecía á los cartagineses hasta las orillas del Ebro, límite septentrional de su imperio, que con gran trabajo les impusieron los romanos. El tratado reconocía la independencia de Sagunto, ciudad griega aliada de Roma, que hacía concorrenza al comercio de Cartagena. Aníbal, hijo de Amílcar y cuñado de Asdrúbal, puso sitio á Sagunto. Roma le envió embajadores para recordarle el respeto á los tratados; despedidos por el joven general, fueron á llevar sus quejas á Cartago, y mientras tanto, caía Sagunto tras ocho meses de una resistencia desesperada, cuyo heroísmo celebró Tito Livio.

Mucho tiempo antes de Tito Livio, evoca Cicerón el legendario sitio. Cuando el orador de la *Quinta Filípica* expuso al Senado todos los peligros que habría en enviar diputados á Antonio, compara la situación del ciudadano rebelde que obra como enemigo público con la de Aníbal ante Sagunto: «No es á Aníbal á quien enviamos diputados para que se aleje de Sagunto; Aníbal, á quien el Senado envió en su tiempo á P. Valerio Flaco y G. Rebio Tampilo, con orden de ir á Cartago, si Aníbal no obedecía... La causa de la segunda guerra Púnica que Aníbal hizo contra nuestros antepasados fué el sitio de Sagunto. Era natural que se le enviasen diputados; enviábanse estos diputados á un cartaginés; intervenían en favor de los enemigos de Aníbal, en favor de nuestros aliados». A

requerimientos del tribuno P. Apulago, Cicerón tiene que hacer ante la asamblea del pueblo el relato de las proposiciones que sometió con favorable resultado al voto del Senado. Muestra que Antonio se ha puesto en el caso de que los Padres Conscritos le hagan una amonestación semejante á la que se dirigió en un tiempo á Aníbal, cuando el cartaginés sitiaba á Sagunto.

Tan bien como el Senado, se hicieron cargo los Quiritas congregados en el Foro de todas las alusiones al memorable hecho de Sagunto. Los rasgos heroicos de la conducta de los saguntinos durante el sitio se han convertido en un argumento casuístico. Demuéstrase en las *Paradojas* que á veces puede uno, sin que constituya un crimen, arrebatar la vida á su padre; Cicerón presenta como prueba el ejemplo de los saguntinos. No se acusará de parricidas á aquellos hombres que prefieren para sus padres la muerte en la libertad que la vida en la servidumbre.

A todo lo que se refería al sitio de Sagunto iba unida una leyenda: en el *De Divinatione* se habla de un sueño que tuvo Aníbal después de la toma de aquella ciudad. El historiador griego Sisenos, cuya obra es la fuente de la historia de Celio Antipáter, refería que Aníbal, *cum cepissen Saguntum*, vió en sueños á Júpiter, que le ordenaba que llevase la guerra á Italia.

Si los romanos conservaban el conmovedor recuerdo de la abnegación heroica de sus aliados de Sagunto, tampoco habían olvidado que fueron muchos los mercenarios españoles que combatieron en el ejército con que franqueó los Alpes Aníbal. La ayuda prestada á los cartagineses por los españoles, así como por los galos, se había convertido en materia de un lugar común. Léese en un tratado escolar, *La Retórica á Herenio*, redactada en tiempos de la juventud de Cicerón: «La *sinécdoque* emplea el singular por el plural. Cuando se dice: *El cartaginés recibió ayuda del español*, se quiere decir: *Los españoles prestaron ayuda á los cartagineses*».

No solamente había que vencer á los españoles del ejército llevado á Italia por Aníbal. Roma tenía que imponer su dominación en la misma España. Esta fué la obra que los Escipiones trataron de llevar á cabo. Cornelio Escipión Calvo, cónsul en 532-222, y su hermano P. Cornelio Escipión, cónsul en 536-218, fueron derrotados y muertos por los españoles y los cartagineses en 212. Cicerón recuerda los triunfos que precedieron á este desastre: habla de los campos circundantes de la Nueva Cartago en España, maravillosa conquista de los dos Escipiones. Manifiesta una admiración agradecida por aquellos dos rayos de la guerra (*duo fulmina nostri imperii*), Cneo y Publio Escipión, que sucumbieron en la época más penosa de la República, cuando por tierra y por mar se veía Roma amenazada por Cartago todopoderosa, fuerte con el apoyo de las dos Españas (*nixa duabus Hispaniis*). Se pregunta por qué la divinidad hace que mueran antes de tiempo los mejores de los hombres, entre otros los dos Escipiones (*fortissimi et optimi viri*), maltratados por los cartagineses y los celtíberos en España. Proclama que jamás olvidará la Fama á aquellos dos hombres, con los que ningún héroe se atrevería á compararse.

La mención de las dos Españas es inexacta en 212, fecha de la muerte de Cneo y de Publio Escipión; estará conforme con la verdad histórica quince años después. En efecto: á pesar del apoyo que le dan los españoles, á pesar de la derrota de los Escipiones en España, Cartago sucumbe. Por el tratado de Zama (201) tiene que renunciar á toda pretensión sobre España, que poco después pasa á ser romana y forma dos provincias pretorianas, la *Hispania Citerior* y la *Hispania Ulterior*, con *Carthago Nova* y *Corduba* por capitales. España estaba vencida, no estaba sometida, y durante un siglo de *guerrillas* estallan continuas é inútiles insurrecciones de la independencia hispánica. Los insurrectos no saben unirse, y sus esfuerzos particulares se ven sucesivamente desbaratados por la superioridad de los ejércitos romanos, severamente disciplinados.

Cicerón alude á varias de estas insurrecciones que ocuparon é inquietaron á la República.

Catón el Antiguo—aqueel personaje austero y desagradable que es para el autor del *De Senectute* el verdadero Tiro del romano de otros tiempos,—M. Porcio Catón combatió en España, en tiempos de su consulado, *consul in Hispania*, cuando la sublevación de la *Hispania Citerior* espantaba al Senado (559-195). El cónsul Catón dió pruebas de un notable genio militar y de cualidades administrativas excepcionales en la dirección de aquella guerra narrada por Tito Livio. Los felices éxitos del cónsul le valieron el triunfo; por su moderación con los españoles vencidos mereció convertirse en su *patronus*. Cicerón recuerda las enemistades injustificadas que Catón se atrajo por haberse convertido en protector de los españoles. «Sabemos que M. Cato, aquel hombre justo, aquel ciudadano tan ilustre y prudente, se atrajo numerosas y poderosas enemistades por haber emprendido la tarea de vengar las injusticias cometidas en detrimento de los españoles, en cuyo país fué cónsul.» Parece que el autor de las *Verrinas* guarda rencor á los españoles por haber sido causa de enemistad entre Catón y Servio Sulpicio Galba.

En el año de su muerte, Catón, que era ya un anciano de ochenta y cinco años, intentó, en su calidad de *patrono* de los españoles, una acusación contra Servio Sulpicio Galba, propretor de la *Hispania Ulterior* en 604-150. Galba, que tenía que someter al pueblo de los lusitanos, cuyo territorio corresponde poco más ó menos al Portugal moderno, atrajo á una emboscada á los delegados de aquel pueblo, que acudían desarmados á hacer voluntariamente acto de sumisión. En medio de la conferencia dió orden á sus soldados para que los atacaran. Los lusitanos, unos fueron muertos, otros hechos prisioneros y vendidos como esclavos. «En el último año de su vida—dice Cicerón—pronunció Catón ante la asamblea del pueblo, contra Servio Galba, un discurso lleno de fuerza acometiva que escribió y se ha conservado... Afirmábase que Galba, du-

rante el ejercicio de su pretura, dió muerte á unos lusitanos con desprecio de la fe jurada. El tribuno de la plebe, L. Libo, excitaba al pueblo y proponía una ley que afectaba indirectamente á Galba. Catón, cuya ancianidad era ya extrema, apoyó la ley. Pocos meses ó pocos días antes de su muerte, Catón pronunció contra Galba un discurso que insertó en su libro de los *Orígenes*.

III

A principios de la gran sublevación de los celtíberos, lusitanos y numantinos—que se prolongó durante muchos años, que fracasó por la desunión de los sublevados y que terminó definitivamente en 134 con la ruina de Numancia—fué cuando Galba, por su falta de fe con unos enviados lusitanos, se atrajo las acusaciones de Catón, el austero *patrono* de los españoles, á los que combatió y á quienes protegía después de haberlos vencido.

El jefe más célebre de aquella larga insurrección es el pastor lusitano Viriato, que luchó más de ocho años (149-140) con buen éxito, y al que los romanos, impotentes para vencerle y obligados á concederle una paz honrosa, hicieron traidoramente asesinar. Cicerón, sin embargo, celebra los triunfos de Laelio y pretende que el prudente amigo de Escipión consiguió someter al temible Viriato. «Nadie puede aspirar á la gloria militar al lado de Escipión el Africano; reconocemos, sin embargo, el mérito eminente de que dió pruebas en la guerra contra Viriato, aquel Laelio tan notable por su ingenio, su talento militar, su elocuencia, su discreción... Nuestros ejércitos y nuestros generales tuvieron que ceder ante aquel Viriato de Lusitania que Laelio, el que se llamó *el Prudente*, quebrantó cuando era pretor. Laelio aminoró y reprimió de tal manera la arrogante audacia de Viriato, que dejó á los que le sucedieron una guerra fácil de terminar.»

Muerto Viriato, Roma tenía que someter aún á Numancia,

la capital fortificada de los arévacos, quienes, á pesar de la su-
misión de los celtíberos, vencidos por Metelo (142), continua-
ban contra los ejércitos romanos su resistencia desesperada y
victoriosa. Sucediáanse las derrotas de los generales de la Re-
pública. Al cónsul del año 613-141, Q. Pompeyo Rufo, le de-
rrotaron y obligaron á firmar un tratado que el Senado roma-
no se negaba á sancionar. Igualmente fué derrotado el cón-
sul del año 615-139, M. Pompilio Laenas; y el cónsul del año
617-137, C. Hostilio Máximo, tuvo que capitular.

Cicerón, que no habla de estas diversas derrotas, celebra
las victorias del cónsul del año 616-138, D. Junio Bruto, que
combatía en España con buen éxito, lejos de Numancia, en el
país de los *callaeci* (Galicia), á orillas del Atlántico. Las vic-
torias de este *summus imperator* le valían el *cognomen* de *Ca-*
llaecus, y el producto del botín recogido en Galicia le permi-
tía elevar en Roma templos y monumentos, de los que se ha-
bla en el *Pro Archia*.

Pero los triunfos de Brutus Callaecus no podían hacer ol-
vidar á los romanos que Numancia les seguía resistiendo; y,
por fin, se había de enviar contra la ciudad inexpugnable al
cónsul del año 620-134, P. Cornelio Escipión Africano Emi-
liano, el afortunado vencedor de Cartago. Bloqueada y ham-
brienta Numancia, cayó en 133; para escapar á los vencedores,
muchos de los numantinos se mataron entre sí. Los habitantes
que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos, y al mismo
tiempo que el triunfo, Escipión obtenía el *cognomen* de *Nu-*
mantinus.

El sitio de Numancia, la enemiga temible de la República,
quedó tan popular en el recuerdo de los romanos, como el sitio
de Sagunto, la fiel y desdichada aliada de la República en
tiempos de las guerras contra Cartago.

La *Retórica á Herenix* toma de dicho suceso numerosos
ejemplos escolares. Un ejemplo de *repetitio*: «Escipión ha su-
primido á Numancia; Escipión ha destruido á Cartago; Esci-
pión ha hecho que nazca la paz; Escipión ha salvado á Roma».

Un ejemplo de *disjunctio*: «El pueblo romano destruyó á Numancia, suprimió á Cartago, aniquiló á Corinto, hizo desaparecer á Fregeles. Los numantinos no encontraron ayuda alguna en el vigor de sus cuerpos; á los cartagineses no les sirvió de nada su ciencia militar; su perfidia erudita no fué un medio de salvación para los corintios, y á los habitantes de Fregeles no les protegió su comunidad de costumbres y de lenguaje con los romanos». Un ejemplo de *conformatio* (prosopopeya), en el que Roma, tomando la palabra, se queja de las pérfidas astucias de Cartago, de las fuerzas probadas de Numancia, de la ciencia disciplinada de Corinto.

Cicerón pone en la categoría de las guerras más difíciles que la República hubo de sostener, por ejemplo, contra Cartago y contra Corinto, la guerra de Numancia, cuya importancia mereció que el historiador Polibio la consagrara una obra particular. Recuerda los principales episodios de aquella lucha que un pueblo pequeño sostuvo contra Roma; habla á menudo de las vergüenzas del *foedus Numantinum*; censura á Pompeyo, que no se atrevió á confesar al Senado el tratado hecho con los numantinos; excusa y compadece á Mancino, que, por haber confesado el tratado que hubo de estipular con los españoles vencedores, se ve desaprobado por el Senado y entregado al enemigo. «C. Mancino trató con los numantinos sin contar con la autoridad del Senado. En virtud de un *senatus consultus*, Furio y Atilio promulgaron una ley, en virtud de la cual el autor del tratado debía ser entregado á los enemigos. Mancino aprobó la proposición de ley, y fué entregado á los numantinos. Su conducta fué más honrosa que la de Q. Pompeyo, quien, encontrándose en la misma situación, logró que se rechazara una ley semejante que le concernía... Al desaprobado el tratado que estipuló con los numantinos, Q. Pompeyo no se mostró solamente como un hombre sin probidad: dió pruebas de astucia pérfida al mismo tiempo que de improbidad.»

En el *De Re Publica*, L. Furio Filo, que fué cónsul en el

año de Roma 618-136, emite sobre la conducta de Pompeyo y de Mancino su opinión propia, que es la de Cicerón. «Durante mi consulado vosotros erais entonces mis consejeros; tuve que abrir una información respecto al tratado de Numancia. Nadie ignoraba que Q. Pompeyo había firmado un tratado, que Mancino se encontraba en la misma situación. Mancino, el más leal de los hombres, apoyó la proposición de ley que yo presentaba en virtud de un senadoconsulto. Pompeyo se defendió con la mayor viveza. Si se busca en dónde estaba el sentimiento más delicado del honor, la probidad, la buena fe, seguramente que del lado de Mancino; en dónde estaba el ingenio interesado, la habilidad, la prudencia, ciertamente que del lado de Pompeyo.

Al aceptar que se les entregase á Mancino, los numantinos hubieran reconocido la nulidad del tratado. Se negaron á recibir al general romano, que era conducido por el jefe de los feciales á las puertas de aquéllos, desnudo, con las manos atadas á la espalda, y el cual, merced á dicha negativa, pudo quedar en posesión de sus derechos de ciudadano. De regreso á Roma, Mancino quiso recobrar su puesto entre los senadores; el tribuno P. Rutilio se opuso á ello sosteniendo que el romano entregado al enemigo por el *pater patratus* había perdido todos sus derechos civiles. Cicerón discute en varios pasajes del *Dedratore* y de los *Tópicos* á propósito del caso de Mancino, *vir nobilissimus atque optimus*, la cuestión de saber si un ciudadano que ha sido entregado al enemigo y que el enemigo no ha querido recibir pierde sus derechos.

El cónsul L. Hostilio Mancino no fué el único comprendido en el asunto de *foedus Numantinum*, que por lo demás no negoció él mismo. Tenía por cuestor á Tiberio Graco; gracias á la reputación de lealtad dejada entre los españoles por el padre de aquel Tiberio Sempronio Graco, que en el año 180 concedió á los numantinos una paz honrosa, religiosamente ratificada y respetada por Roma, pudo él, cuestor, salvar al ejército de una situación desesperada entablado, á título personal con

los numantinos, las gestiones que debían conducir al *foedus*. Sin la oposición del pueblo, también á Tiberio le hubieran entregado, como á Mancino, á los enemigos. Cicerón afirma en el *Discurso sobre la respuesta de los Arúspices*, y repite en el *Brutus*, que el animoso despecho provocado en el alma de Tiberio Graco por el asunto del tratado de Numancia, *invidice foederis Numantini*, le alejó del Senado, que censuró su conducta, le acercó al pueblo, que salvó su honor de ciudadano, y le llevó á apartarse de los principios políticos de sus padres. Cicerón parece hacer á los numantinos responsables de las sediciones de los Gracos, de que fueron la causa remota é indirecta, y guardarles por ello un justo rencor.

Estaba reservado á Escipión el poner fin á aquella guerra humillante y peligrosa para Roma. Cicerón insiste sobre la campaña de Escipión ante Numancia; se complace en citar los acontecimientos notables del tiempo que pasó el vencedor de Cartago bajo los muros de la ciudad que debía tomar.

Escipión tenía con Q. Metelo el macedónico disenti- mientos que no llegaron nunca á la acritud y á la animosidad. Q. Metelo tuvo cuatro hijos, que todos fueron cónsules. Q. Cecilio Metelo Balcárico (631-123), Q. Cecilio Metelo Diametato (637-117), M. Cecilio Metelo (639-115) y C. Cecilio Metelo Caprario (641-113). Durante el sitio de Numancia, el último de los hijos del macedónico fué objeto, por parte de Escipión, de una broma grosera: «Si tu madre pare por quinta vez, seguramente será un asno lo que dé á luz». Cicerón reconoce que esta hipérbole se encuentra llevada á un grado de exageración que asombra (*ad incredibilem admirationem*). Las conversaciones á las que Escipión se entregaba durante los ocios que le dejaba el sitio de Numancia no todas tenían aquel carácter de grosería. Por lo menos, él mismo afirma en el *De Re Publica* que, bajo las murallas de la ciudad sitiada, trataba de cuestiones de astronomía con P. Rutilio Rufo, discípulo del estoico Panaecio.

Las injurias que dirigía á Metelo y las sabias discusiones

á que se entregaba con Rutilio no impedían á Escipión llevar vigorosamente las operaciones del sitio. La conquista de Numancia por el general romano es para Cicerón materia fecunda de elogios entusiastas.

Diez y seis años antes de destruir á Numancia (133), Escipión había destruído á Cartago (149). Cicerón concede la misma importancia á la ruina de aquellas dos enemigas de la República, y no se cansa de colmar de elogios al segundo Africano, que, haciendo desaparecer los dos terrores del poder romano (*duos terrores hujus imperii*), garantizó el porvenir de la República. El *Pro Lege Manilia* recuerda que el mismo *imperator* terminó las dos guerras más importantes, la guerra Púnica y la guerra de España; que el mismo Escipión destruyó las dos ciudades más poderosas que amenazaban á la República: Cartago y Numancia. Las *Catilinarias* piden que se celebre la gloria eminente del segundo Africano, que ha destruído las dos ciudades más amenazadoras para el poder romano: Cartago y Numancia. El *De Officiis* ensalza los servicios que Escipión, ese *imperator* de relevante mérito, prestó á la República con la destrucción de Numancia. Uno de los interlocutores de *De Amicitia*, Laelio, en el panegírico que hace de su amigo, proclama que Escipión, con la ruina de las dos ciudades más hostiles á Roma, ahogó no solamente las guerras presentes, sino hasta las guerras futuras.

En sus tratados filosóficos lo mismo que en sus discursos políticos, Cicerón considera la guerra de Numancia como una de las más terribles que hubo de sostener Roma, y la toma de la ciudad enemiga como uno de los mayores triunfos alcanzados por la República: «Quirites, gracias á esa virtud militar, vuestros antepasados vencieron en primer término á toda Italia, destruyeron en seguida á Cartago, concluyeron con Numancia y sometieron á su imperio á los reyes más poderosos y á las más belicosas naciones... Si nuestros antepasados pudieron conceder el derecho de ciudadanía á los habitantes de Túscolo, á los equos, á los valscos, á los sabinos, á los hérni-

cos, tuvieron que arrasarse hasta en los cimientos á Cartago y Numancia.»

La toma de Numancia por Escipión es un hecho importante, especialmente previsto por el destino; es un ejemplo de las *enuntiationes* del *fatum*. «Todo acontecimiento», dice Crisipo, «está necesariamente ligado á sus causas, y todo lo que es cierto de antemano se produce fatalmente... Esta *enuntiatio* «Escipión tomará á Numancia» no puede ser verdadera sino á condición de que una serie de causas hayan, desde la eternidad, aportado este acontecimiento». Intérprete del *fatum*, el primer Africano, en el famoso *Sueño de Escipión*, revela á su nieto que destruirá á Numancia como á Cartago: «Esta ciudad de Cartago que vienes á sitiar, casi de simple soldado, cónsul de aquí á dos años, la destruirás por completo... Nombrado cónsul por segunda vez, sin haber solicitado los votos, terminarás con la ruina de Numancia una guerra muy importante».

Desde la toma de Numancia hasta la guerra de Sertorio, Roma tuvo aún numerosas ocasiones de intervenir en España.

En 631-123, la sumisión de las islas Baleares valía al cónsul Q. Cecilio Metelo el *cognomen* de *Baleárico*. En 661-93, P. Sicinio Craso Dives, cónsul del año 657-97, padre del Craso, que debía morir entre los partos, obtuvo el triunfo por haber terminado la guerra contra los lusitanos. Fué una gloria para Pompeyo acabar el *Bellum Hispaniense*, en donde los soldados romanos combatían en las mismas filas que los habitantes de las más belicosas naciones de España, y haber dado pruebas, á la muerte de Perpenna, de la clemencia más magnánima para con los soldados vencidos de Sertorio. «Con una suerte y un mérito notable llevó Pompeyo la guerra de España.»

Cicerón se complace en enumerar los nombres de todos los generales romanos que hicieron sus pruebas en España. En la lista que comienza en Escipión, el héroe de la segunda guerra Púnica, para terminar en Pompeyo, el vencedor de Sertorio, entre los Escipiones, los Brutus, los Horacios, los Casios, los Metelos, que ya no existen, pero cuya gloria vivirá eterna-

mente, hay algunos de esos *imperatores* que la historia ignora. El nombre de la *gens Horatia*, célebre en la época legendaria de Roma por el combate de los Horacios y los Curiaces y por la bravura de Horacio Codes, no vuelve á reaparecer en los *Fastos* después del año 376-378. No conocemos ningún Horacio, ningún Casio, que haya sido *imperator* en España. Garatoni propone que se lea *Flaccos* en vez de *Horacios*; Manucio conjetura *Crasos* en vez de *Casios*. Podría leerse *Calpurnios*: porque si L. Calpurnios Pison Frugi fué muerto en 113 en la *Hispania Ulterior*, en la que era propretor, M. Pupio Pison Frugi Calpurniano, propretor en España, obtuvo el triunfo, en 69, por victorias que alcanzó en su provincia. Estas correcciones no parecen útiles: en su celo para buscar los nombres de cuantos pudieron combatir con buen éxito en España, Cicerón menciona hasta los más desconocidos de los *imperatores* que hicieron alguna campaña en la Península Ibérica. *Tu quidem de faece hauris*, le dirá Atilo, al oír al historiador de la elocuencia romana mencionar á los más desconocidos de los oradores de Roma. Cicerón llega también hasta las heces, cuando se trata de hacer el catálogo de cuantos llevaron ejércitos contra España, la enemiga hereditaria de Roma en el mismo grado que Cartago y la Galia.

Sin embargo, entre los españoles, á quienes maltrata en toda ocasión, en sus discursos y en sus cartas, en sus libros de retórica y en sus obras de filosofía, debía encontrar Cicerón uno de los mejores amigos y de los más seguros confidentes de su vejez; un hombre que le ayudó con su influencia en el momento del destierro, y con sus consejos en la época de la guerra civil; un hombre á quien defendió á su vejez ante los tribunales y con él permaneció hasta el fin de su vida en comercio de intimidad y de cartas familiares.

H. DE LA VILLE DE MIRMONT

(Continuará.)

ALMA DE NIÑA

I

Me desperté en una cama muy blanca y muy blanda, y vi á mi alrededor en aquella habitación mullidas alfombras, magníficos muebles. La media luz que se filtraba por entre las cortinas medio corridas del ventanal daba á todos los objetos un aspecto fantástico y misterioso.

¿Soñaba acaso?

No; era la realidad, tal como la muerte me la había deparado; y aquella mansión principesca aumentaba mi desesperación.

Yo era una huérfana, y en adelante había de vivir sola, entre extraños.

Por la primera vez eché de menos, entre lágrimas, nuestra triste guardilla; el mobiliario, con incrustaciones de carey, de la casa del príncipe no podía hacerme olvidar el raído sofá y la cómoda coja, familiares á mi primera infancia.

Me restablecí pronto y pude trabar conocimiento con la casa y con sus moradores, porque mis primeros recuerdos de cuando me recogieron en la calle se habían disipado como espantosa pesadilla, y no evocaban con claridad sino la fisonomía dulce y grave del príncipe.

Observé desde los primeros días las nuevas caras y traté de familiarizarme con ellas.

Todo en la casa me parecía extraordinario; todavía veo

aquellas habitaciones inmensas y suntuosas, aquellas salas que tenía miedo de cruzar y de perderme en ellas.

No estaba aún completamente buena, y mi espíritu se encontraba como la morada aquella, solemnemente triste. Desconocida angustia llenaba mi corazón de niña. Deteníame á veces asombrada ante un cuadro, un espejo, una chimenea de labor curiosa, ó bien una estatua, que parecía acecharme desde su profundo nicho, me seguía con la mirada y me daba miedo.

Durante mi enfermedad vi á muy pocas personas. Solamente un señor de edad, con ojos azules y muy amable, me acompañó algunas veces.

Me traía bombones, algunas golosinas, libros de estampas, y se esforzaba en ponerme alegre.

Me anunció un día que pronto iba á presentarme á una amiguita de mi edad, á su hija Katia, que estaba entonces en Moscou.

Me alegré mucho, porque fuera del príncipe no me parecía que nadie hasta entonces se interesase por mí en la casa. El príncipe, por lo demás, vivía muy retirado, y la princesa pasaba á veces semanas enteras sin verle.

Hubiérase dicho que aquél no vivía en su casa.

Una mañana me vistieron y me peinaron con mayor esmero que de costumbre; me pusieron un vestido nuevo con cintas blancas, lo que me chocó mucho; una vez terminados estos preparativos, me llevaron á las habitaciones de la princesa. En cuanto la vi quedé desconcertada: deslumbráronme á la vez el lujo del decorado y las maneras de la gran dama.

Mientras que me vestían me preparé á una escena penosa; pero no creí que me impresionaría tanto.

La desgracia me había hecho desconfiada y temerosa hasta el exceso. Temblaba al besar la mano de mi bienhechora, y me sentía incapaz de contestar una palabra á sus preguntas.

Era una señora muy hermosa; pero se me antojaba tan superior á mí, que ni siquiera me atrevía á mirarla.

Hízome sentar á su lado en un taburete, y quiso entablar relaciones con aquella pequeñuela salvaje cuya madre quería ser. Yo no acerté sino á mostrarme torpe y huraña, cosa que la sorprendió y la desalentó tal vez, porque me dió un libro de estampas y se puso á escribir unas cartas.

Comencé á hojear el libro, pero me encontraba molesta. Me sentía examinada por una extraña, y hubiera querido estar muy lejos.

Cuando me hablaba yo no podía responder sino por monosílabos, y mi timidez se parecía mucho á la estulticia.

Sin duda esperaban descubrir en mí á una criatura extraordinaria y no encontraban más que una niña tonta.

Comprendía que había desagradado desde luego, y mi torpeza aumentaba.

Hubiera dado muchas cosas en aquel momento por poder ser simpática; pero la pena se me subía á la garganta, y, después de todo, no era más que una niña de diez años.

A las tres empezaron las visitas. Creí que mi suplicio iba á terminar y que podría dejar mi desdichado libro de estampas para refugiarme en un rincón: me engañaba.

Llegaron una tras otra varias personas á las que la princesa me presentó como un pequeño fenómeno. Prodigábame entonces toda suerte de atenciones, que me turbaban cada vez más. Recuerdo que un señor bajito, viejo, flacucho y muy perfumado, me contempló con un monóculo; otro quiso besarme.

Cuando hubo mucha gente reunida en el salón, la princesa creyó llegado el momento oportuno de relatar mi historia.

Quedé verdaderamente confusa; no sé si me ponía encarnada ó pálida, pero mi corazón estaba trastornado.

Era muy triste para mí oír contar á gentes indiferentes que aquel padre á quien tanto quise era una especie de músico medio loco, un hombre extraordinario no comprendido hasta su muerte; que la llegada del músico Schurmann á Petersburgo había concluído por perturbarle el cerebro y por ser la causa de su trágica muerte. Que mi madre, en fin, era

una pobre mujer que sucumbió de miseria y la cual creyó hasta el último día en el genio de su marido.

Todo aquello me lo repetía yo con callada desesperación y ocultaba mis lágrimas, mientras que los bien enguantados señores formaban círculo en torno de mi bienhechora, dejando oír ligeros murmullos y dirigiéndome de cuando en cuando miradas llenas de despreciativa compasión.

¡Qué crueldad la de aquella presentación! Creían, sin duda, que yo no sabía nada, que no sentía nada, que á los diez años no se puede sufrir en el amor propio y en el corazón.

Yo era orgullosa sin saber por qué. Me enorgullecía ser hija de mi padre, de aquel pobre loco que me dejó un día en la nieve para ir á la muerte.

Evocaba mi pasado, nuestra vida en una guardilla, las veladas largas y silenciosas, y los sollozos se agolpaban en mi garganta... Hubiera querido huir á cualquiera parte, bajo tierra. No conocía la vida, y hubiese querido ya estar muerta...

Por fin terminaron las visitas.

La princesa no estaba satisfecha de su protegida: así fué que me despidió de mal talante, poco contenta de mi entrada en sociedad.

II

Respiré á mis anchas cuando me volvieron á llevar á las habitaciones de arriba, en donde estaba mi cuarto.

Tenía fiebre al dormirme, me atormentaba cuanto viera durante aquel día, tuve pesadillas.

No se me ocultaba que había desagradado á la princesa; el caso fué que no me volvió á llamar.

En el fondo estaba muy contenta con mi soledad. Me gustaba correr por las habitaciones, esconderme en los rincones y detrás de los muebles para observar á las gentes de la casa sin temor á enojarlas.

Aquella nueva existencia tenía para mí muchos atractivos, hasta el punto de que olvidaba la terrible catástrofe que la precediera.

Solamente volvían á mi memoria los acontecimientos antiguos, y sobre todo el violín de mi padre y la idea de que era un gran genio.

Era libre, y sin embargo, me sentía muy vigilada por los criados y estaba molesta. No comprendía por qué obraban así conmigo. Me parecía que formaban proyectos acerca de mí, que querían emplearme en algo.

Trataba de penetrar en los lugares más apartados de la casa, á fin de esconderme en caso de necesidad.

Un día llegué á un gran escalera de mármol, ancha, alfombrada, adornada con flores y magníficos jarrones. En cada tramo había dos criados muy tiesos, silenciosos, con frac encarnado y corbata y guantes blancos. Les miré, asombrada, sin comprender por qué estaban así mudos é inmóviles.

Esos paseos solitarios me agradaban sobremanera. En el piso superior vivía una anciana, tía del príncipe, que casi nunca salía de su cuarto. Era, con el príncipe, el personaje más importante de la casa. En sus relaciones con ella, todo el mundo observaba una severa etiqueta.

La princesa, tan orgullosa y tan altiva, iba á verla dos veces por semana.

Tales visitas eran cortas y solemnes.

Para la alta sociedad era un deber ofrecer sus respetos á la anciana dama, considerada como una de las guardianas de las últimas tradiciones aristocráticas, como una reliquia viviente de los boyardos de pura raza.

Invariablemente vestida con un traje de lana negra, la tía del príncipe usaba unos cuellos muy almidonados, que le daban el aspecto de una religiosa. Iba con regularidad á misa en carruaje, no abandonaba su rosario, recibía á eclesiásticos, leía libros piadosos, ayunaba todos los días del año y llevaba, en suma, una vida muy austera.

No se oía ruido alguno en el piso que habitaba, y el menor rumor le era insoportable.

A los quince días de mi llegada á la casa, se enteró la tía de mi presencia, y se informó.

Le contaron mi historia, y se quejó de que no me hubiesen presentado todavía.

Al día siguiente, las doncellas que se ocupaban de mí me peinaron, me lavaron, me emperifollaron con el mayor esmero; después de haberme enseñado á andar, á saludar, se pidió para mí una audiencia.

La respuesta fué que se aplazaba la visita para el otro día después de la misa.

Dormí mal aquella noche, y me contaron por la mañana que había soñado en alta voz con la tía. Me acercaba á ella y la rogaba que me perdonase algo.

Hízose por fin la presentación.

Encontré, sentada en un amplio sillón, á una viejecilla flacucha. Me hizo varios signos con la cabeza y, para verme mejor, se caló las gafas.

Veía yo que no le agradaba nada. Era para ella una completa salvaje, que no sabía ni hacer la reverencia ni besar la mano. La tía me interrogó, pero apenas le respondí. Y cuando me preguntó por mi padre y mi madre, me eché á llorar. Descontenta de mi excesiva sensibilidad, me consoló, sin embargo, diciéndome que tuviese confianza en Dios. Me preguntó cuándo había ido á la iglesia por última vez. Y como yo no comprendía bien aquello, porque mi educación religiosa fué muy descuidada, se quedó estupefacta. Llamaron á la princesa, conferenciaron y se decidió que me llevarían á la iglesia al domingo siguiente. La tía prometió que rezaría por mí hasta entonces; pero, mientras tanto, ordenó que me llevasen, porque, según dijo, dejaba tras de mí una impresión penosa. Nada tenía esto de particular.

El mismo día mandó á decir que hacía yo demasiado ruido y que se me oía desde todas partes; ahora bien, yo no me ha-

bía movido en todo el día. Estaba claro que la anciana no me quería. Al día siguiente me hicieron la misma observación. Después me ocurrió dejar caer una taza y romperla. El aya francesa y las criadas se mostraron consternadas. Me llevaron entonces, para jugar, al cuarto más apartado.

Por esto gustaba de corretear por las espaciosas salas de abajo, sabiendo que allí, por lo menos, no molestaba á nadie.

Un día que estaba sola en uno de los salones, me tapé la cara con las manos y me puse á pensar.

Pensaba y pensaba. Mi inteligencia, poco desarrollada todavía, no se explicaba aquella pena que cada vez se me hacía más insoportable. De repente una voz dulce me preguntó:

—¿Qué tienes, pobrecita?

Levanté la cabeza: el príncipe estaba ante mí. Su rostro expresaba la mayor conmiseración. Le miré dolorosamente conmovida: una lágrima brotó de sus ojos.

—¡Pobre huérfana!—dijo, acariciándome la cabeza.

—¡No, no! ¡Huérfana no!—exclamé sollozando. Me levanté, le cogí la mano, se la besé, mojándosela con mi llanto, y continué diciendo con voz suplicante:

—¡No, no! ¡Huérfana no!

—¿Qué tienes, hija mía? Monina, mi pobre Netotchka, ¿qué tienes?

—¿En dónde está mi mamá? ¿En dónde está mi mamá?—grité entre sollozos, sin poderme contener; y caí de rodillas.—¿En dónde está mi mamá? Dime: ¿en dónde está mi mamá?

—Perdóname, hija. ¡Ah, se la he recordado!... ¿Qué he hecho? Ven conmigo, Netotchka.

Me cogió de la mano y salimos.

El príncipe estaba muy emocionado. Entramos en un salón como no había visto nunca otro alguno. Era una capilla. Estaba oscura. La luz de las lamparillas se reflejaba sobre los ornamentos dorados y las piedras preciosas de las sagradas imágenes. Los santos se destacaban en negro sobre un fondo

de oro deslumbrante. Aquella sala no se parecía en nada á las otras habitaciones de la casa: todo era allí misterioso y solemne.

El príncipe me puso de rodillas ante la imagen de la Virgen y se arrodilló á mi lado.

—Reza, hija mía; rezaremos juntos—me dijo en voz baja.

Pero yo no podía rezar, sobrecogida de temor.

El príncipe acababa de repetirme las mismas palabras que me dijo mi padre ante el cuerpo inanimado de mi madre. Sufrí un ataque de nervios. Tuvieron que acostarme.

III

Estaba de nuevo enferma, cuando una mañana escuché un nombre conocido. Era Schurmann. Alguien de la casa lo pronunció junto á mi cama. Me estremecí al oír aquel nombre, y deliré.

Me desperté muy tarde. La habitación estaba á obscuras y en silencio. Habíase apagado la lamparilla, y la sirvienta que me velaba se había ausentado. De repente oí los sonos melódicos de una música lejana. A veces cesaba por completo, después volvía á oírse, pareciendo que se acercaba. Una emoción extraordinaria se apoderó de mí. Me levanté y me vestí apresuradamente (no sé cómo tuve fuerzas); salí á tientas del cuarto.

Atravesé dos habitaciones desiertas. Llegué al corredor. La música se oía ya más cercana. Una escalera muy iluminada me condujo á los salones del piso bajo. Sentí pasos, y me hice un ovillo en un rincón; después se extinguió el ruido y penetré en otro corredor. La música salía de una habitación próxima. Escuchábase allí un rumor de conversación, como si hubiese en aquel lugar miles de personas. Ocultaba una de las puertas de aquella sala un doble portier de terciopelo rojo. Alcé uno de los paños y me escondí detrás. Mi corazón latía con tanta fuerza, que apenas podía tenerme en pie. Transcurrieron algunos

instantes. Dominé mi turbación y levanté un pico del segundo portier. ¡Dios mío! Era aquel salón inmenso y lúgubre en el que tantas veces temiera entrar; entonces estaba iluminado por miles de luces. Me parecía que me bañaba en un mar de luz. Mis ojos, habituados á la obscuridad, no podían soportar tanto resplandor.

Una atmósfera perfumada y un aire tibio me acariciaban el rostro. Infinidad de personas discurrían por todos lados. Todo el mundo me parecía muy alegre; las señoras llevaban espléndidos vestidos; veía que todos los ojos brillaban de satisfacción. Estaba maravillada. Creía haber visto ya aquello en sueños. Recordaba al mismo tiempo nuestra guardilla al anocheecer; la ventana alta, desde la que se veía la calle, allá abajo, con los faroles encendidos, con los coches estacionados junto á la acera, los relinchos de los caballos, los gritos, las sombras cruzando tras los cristales, y la música lejana... ¡He aquí, pues, en dónde estaba aquel paraíso! He aquí adonde yo quería ir con mi padre... Aquello no era un sueño... ¡Sí! ¡Así era como lo había visto en mis sueños!... Mi imaginación, sobreexcitada por la enfermedad, ardía, y en un transporte inexplicable me eché á llorar. Busqué con los ojos á mi padre.

—Debe de estar aquí. ¡Está aquí!—pensé.

Esta esperanza hizo latir más apresuradamente mi corazón. Sentí que me faltaba la respiración. Mientras tanto, la música se calla y oigo en el salón inmenso como un murmullo de admiración.

Miro, con los ojos muy abiertos, todas aquellas caras que pasan ante mí, pero sin conocerlas. Entonces se produce un movimiento extraordinario.

Un viejo alto y delgado sube á un estrado magníficamente decorado.

Su rostro pálido está sonriente. Saluda torpemente en todas direcciones. Tiene un violín en la mano. Queda inmediatamente todo en un silencio profundo, religioso: parece que cada cual retiene hasta su respiración.

Todas las miradas están fijas en el viejo.

De repente las cuerdas se estremecen y vibran bajo el arco.

Apodérase de mí una angustia terrible. Escucho con todas las fuerzas de mi alma. Me parece haber oído estas notas. La voz del instrumento se ensancha, se multiplica, sube, se confunde en gemidos desesperados.

Diríase que suplica á la multitud aquella, que me habla á mí... Mis recuerdos se despiertan punzantes y dolorosos. Aprieto los dientes para no gritar, me agarro á las cortinas para no caer, vuelvo á ver esta noche en donde mi padre... Tocó eso mismo, no hay duda. No ha muerto, es él quien está ahí, es su violín, cuya voz viene á desgarrar mi alma.

—¡Padre, padre!...—Cruzó un relámpago mi cerebro...—
¡Está aquí! ¡Es él! ¡Me llama! ¡Es su violín!...

Ruidosos aplausos estallaron en la sala; al mismo tiempo se escapó de mi padre un sollozo agudo. No pude más... Alcé el portier y me precipité en la sala.

—¡Papá, papá! ¡Eres tú! ¿En dónde estás?—exclamé.

No sé cómo llegué hasta el viejo. Todo el mundo abrió calle para dejarme pasar. Me arrojé sobre él con un grito frenético. ¡Creía haber encontrado á mi padre!... De repente me sentí levantada por unas manos largas y flacas. Fijábanse en mí unos ojos negros; su llama parecía querer quemarme. Miré al viejo.

¡No! ¡No era mi padre; era su asesino!

IV

¿Qué fatalidad había hecho que encontrara á Schurmann en la misma casa en la que me recogieron después de la muerte de los míos?

¿Me perseguía el destino á mí, pobre criatura, que no pedía más que vivir y á quien la desgracia había ya tan cruelmente probado?

Había ya sufrido tanto y conocido tan pocas alegrías, que bien podía creerlo.

Mi padre, pobre músico sin suerte y sin fortuna, no pudo darme ninguna de las cosas que hacen grata la vida; pero, por lo menos, me había querido.

Por lo demás, toda mi primera infancia fué desdichada. En vano trataría de recordar un solo día de felicidad. De aquella existencia, limitada por las paredes de un cuartucho, me ha quedado en el alma una gran tristeza.

Recuerdo de nuestro cuarto la lamparilla luciendo en un rincón sombrío ante los iconos, la cama en que dormía con mi madre, el frío de la noche y mis pesadillas infantiles. Veo la ventana alta que debía darnos sol, y ante la que el cielo sombrío, cortado por las líneas monótonas de los tejados, se desarrollaba hasta el infinito.

Nuestro mobiliario se componía de un sofá raído y desvenado, de una mesa de pino, dos sillas de paja, una cómoda coja, la cama de mi madre y un biombo roto.

¡Qué contraste con los esplendores del palacio que habitaba hoy! Me acuerdo del aspecto de nuestro chiribitil al anochecer. Veíanse por el suelo trapos, botellas rotas, platos de madera. Y en medio de todo aquello, mi padre ebrio y mi madre llorosa.

Era una naturaleza rara la de mi padre, por lo menos la del que me sirvió de padre, porque no conocí al mío, y mi padrastro se casó con mi madre cuando tenía yo tres años.

Nació músico, fué violinista de gran talento, pero la miseria y el alcohol le hicieron bajar poco á poco la pendiente fatal que conduce á la locura.

A impulsos de la ambición y la conciencia de su valía artística, fué á Petersburgo. Allí no pudo renunciar á sus hábitos de embriaguez; se sintió decaer, y no pudo sobrevivir á la ruina de su talento.

Se casó con mi madre, pobre mártir, con la esperanza de que los mil rublos que poseía ella, provinientes de su primer

marido, bastarían para darle la independencia necesaria para que pudiese continuar su carrera artística. Y durante ocho años que vivió con ella apenas si puso mano en el violín. Su talento, falto de práctica, no le permitía ya nada más que un puesto de violinista en el teatro. Pero él no podía sufrir nada secundario.

Se vengaba en mi madre de su rebajamiento. La acusaba de nuestra pobreza, y se dejó de tal manera invadir por el vicio, que perdió la cabeza.

Juró que no volvería á tocar el violín hasta que muriera su mujer. Cumplió su palabra. No volvió á empuñarle hasta el día en que murió mi madre; lo tomó de nuevo porque aquel Schurmann, el viejo á quien yo acababa de oír, había llegado á Petersburgo, y tenía celos de la gloria de ese músico.

Y precisamente cuando quiso tocar esa pieza, triunfo del maestro, fué cuando, sintiéndose vencido, se extravió su razón: se volvió loco, y quedé yo huérfana.

V

Un día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos, vi la cabeza de una niña inclinada sobre mí. Era una muchacha de mi edad; su primer movimiento fué tenderme la mano. Al poner los ojos en ella, tuvo mi alma un dulce presentimiento de felicidad. Imaginaos una carita idealmente bella, de una belleza radiante, ante la que pára uno conmovido, confuso, en éxtasis, y hacia la que se siente agradecimiento porque existe, porque su mirada se ha pasado á uno ó solamente porque ha pasado cerca.

Era Katia, la hija del príncipe, que llegaba de Moscou. Sonreía á cada uno de mis movimientos, y mis debilitados nervios se encontraban deliciosamente impresionados.

La princesita llamó á su padre, que á dos pasos hablaba con el médico.

—¡Ah, por fin! ¡Gracias á Dios! ¡gracias á Dios!—dijo el príncipe, cogiéndome una mano; y su rostro se iluminó.

—Estoy contento, estoy contento. Estoy muy contento—añadió vivamente, como si tuviera la costumbre de estarlo.—Y aquí está Katia, mi hijita. Haced amistades. Ahora tienes una amiga. Cúrate pronto, Netotchka. ¡Mala! ¡Qué susto me has dado!...

Mi restablecimiento fué muy rápido. A los pocos días me paseaba por el cuarto. Todas las mañanas Katia se acercaba á mi cama, sonriente; yo esperaba su llegada como una felicidad. ¡Me hubiera gustado tanto besarla! Pero la chiquita era tan viva que no podía estar un minuto quieta. Correr, saltar, hacer ruido por toda la casa, parecía serle absolutamente indispensable. Me declaró desde el primer día que se aburría en mi cuarto; que vendría pocas veces, y eso por compasión hacia mí y porque no podía hacer otra cosa. Pero que cuando estuviese restablecida, la cosa iría mejor entre nosotras. Y todas las mañanas su primera pregunta era:

—Y qué, ¿estás curada?

Y al ver mi rostro pálido y adelgazado, mi sonrisa tímida, la princesita fruncía las cejas, meneaba la cabeza y, de despecho, golpeaba el suelo con sus piececitos.

—¿No te recomendé ayer que estuvieses mejor? ¡Cómo! Tal vez no te dan bastante de comer.

—Sí; me dan poco—contesté con timidez, porque ya me sentía avergonzada delante de ella. Deseaba con todas mis fuerzas agradarle; medía cada una de las palabras que le dirigía. Su aparición me hacía cada día más feliz. No la quitaba los ojos de encima. Y cuando se iba, continuaba mirando maravillada hacia la puerta por donde había desaparecido. Ella figuraba en mis sueños. Y durante el día, cuando estaba ausente, imaginaba conversaciones con ella, me hacía su amiga, jugaba, hacía travesuras, lloraba con ella cuando nos regañaban; en una palabra, pensaba en ella continuamente, como si de ella me hubiese enamorado. Deseaba ardientemente ponerme bue-

na y engordar lo antes posible, como ella me decía. Cuando Katia venía á mi cuarto por la mañana y me preguntaba: «¿No estás buena? Todavía estás delgada», temblaba yo como si fuese culpable. Pero el asombro de Katia era serio cuando veía que habían bastado veinte horas para mi curación, y concluía por mostrarse verdaderamente enojada conmigo.

—¿Qué quieres? Te traeré un pastel hoy—me dijo un día;— come, á ver si engordas pronto.

—Tráelo—le contesté, muy satisfecha al pensar que la volvería á ver.

Después de informarse de mi salud, la princesita se sentaba, por lo general, en una silla frente á mí, y me miraba con sus ojos negros. Hasta en los comienzos, cuando nos contemplábamos, me miraba con un asombro ingenuo. La conversación no se entablaba. Las salidas bruscas de Katia me intimidaban, mientras que me moría de ganas de hablarla.

—¿Por qué no dices nada? — preguntaba Katia tras un silencio.

—¿Qué hace tu papá? — pregunté á mi vez, satisfecha de hallar algo que decir.

—Nada. Papá está bien. Hoy ha bebido dos tazas de té en vez de una sola. Y tú, ¿cuántas?

—Una sola.

Nuevo silencio.

—Falstaff ha querido morderme.

—¿Es un perro?

—Sí, es un perro. ¿No le has visto todavía?

—No, sí, le he visto.

Y como ya no sabía yo qué añadir, la princesita me miraba de nuevo muy asombrada.

—¿Y qué? ¿te divierte el hablar conmigo?

—¡Sí, mucho! Ven á verme más á menudo.

—Ya me dijeron que te alegraría verme. Pero es preciso que te levantes pronto. Vamos, te traeré un pastel hoy... Pero ¿por qué no dices nada?

—Por nada.

—Probablemente piensas mucho.

—Sí; pienso mucho.

—A mí me dicen que hablo mucho y que no pienso bastante. ¿Es malo hablar?

—No; á mí me gusta que hables.

—¡Hum! Se lo preguntaré á la señora Leotard. Lo sabe todo... ¿Y en qué piensas tú?

—Pienso en tí—contesté tras un silencio.

—¿Eso te entretiene?

—Sí.

—¿Me quieres entonces?

—Sí.

—Yo no te quiero todavía: ¡estás tan delgada! Espera. Voy á traerte un pastel. Adiós.

Y la princesita, dándome un beso casi al vuelo, desapareció.

Después de la comida llegaba el pastel. La muchacha entraba como un rayo, riendo, satisfecha de poder traerme lo que me prohibían.

—Come mucho, come bien. Es mi pastel. No lo he comido yo. Vaya, adiós.

Apenas tuve tiempo de entreverla. Un día entró como una exhalación.

Sus rizos negros estaban alborotados como por una ráfaga de viento. Sus mejillas llameaban; chispeaban sus ojos. Parecía que había estado corriendo durante una ó dos horas.

—¿Sabes jugar al volante? — exclamó sofocada, con precipitación.

—No—contesté, contristada por no poder decir que sí.

—¡Ah! lo siento. Te enseñaré cuando estés buena. No he venido más que por esto. Ahora juego con la señora Leotard. Adiós, que me esperan.

VI

Por fin abandoné el lecho, aunque muy débil todavía. Mi primera idea fué la de no separarme ya de Katia. Algo me atraía á ella invenciblemente. No podía cansarme de mirarla, con gran asombro suyo. Mi simpatía por ella era tan vehemente, me acaparaba hasta tal punto ese sentimiento, que ella no podía por menos de notarlo, y le parecía muy raro. Recuerdo que una vez, mientras que jugábamos, no pudiendo resistir, la eché los brazos al cuello y la besé. Ella se desprendió de mis brazos, me cogió las manos y, frunciendo sus cejas como enojada, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué me besas?

Quedé confusa como una culpable. Me estremecí ante aquella pregunta hecha bruscamente, y no contesté. La princesita se encogió de hombros en señal de perplejidad profunda (gesto habitual en ella). Contrajo con un grave mohín sus labios carnosos, dejó de jugar y se sentó en un extremo del diván, reflexionando y como tratando de resolver una nueva cuestión que surgía en su espíritu. Esta era su costumbre cuando la preocupaba algo. A mi vez, tardé mucho tiempo en hacerme á aquellas bruscas manifestaciones de su carácter.

Me acusaba al principio: temía que fuese yo muy rara, y á la vez me encontraba llena de asombro y de pena. ¿Por qué no podía ser en seguida la amiga de Katia y serle grata para siempre? Este fracaso me affligía horriblemente, y sentía ganas de llorar á cada palabra de ella, á cada mirada recelosa que me dirigía. Mi congoja aumentaba de día en día, hasta de hora en hora, porque con Katia las cosas iban de prisa. A los pocos días comprendí que no me quería nada y hasta que sentía hacia mí una especie de repulsión. Todo en ella era súbito; otro diría que brutal, si los movimientos de su carácter recto, espontáneo como el rayo é ingenuamente sincero, no tuviesen una especie de gracia noble. Conmigo principió por la duda y

concluyó con el desprecio, porque, á lo que creo, no sabía jugar con ella á ningún juego. La princesita gustaba de divertirse, de correr; era fuerte, viva, hábil, mientras que yo... yo era todo lo contrario. Débil aún á consecuencia de mi enfermedad, tranquila y pensativa, no me divertía el juego. Faltábame todo, en una palabra, para agradar á Katia. Además, yo no podía soportar la idea de que alguien estuviese descontento de mí: me ponía en seguida triste, perdía ánimos, y no me quedaba ni aun fuerza para reparar mi falta y modificar en mi provecho la mala impresión que produjera. Me sentía, pues, por completo perdida. Katia no podía comprender esto. Después de una hora de esfuerzos para enseñarme á jugar al volante, no lo conseguía. Y como yo me entristecía hasta el punto de que las lágrimas se asomaban á mis ojos, Katia me observaba pensativamente un rato, sin llegar á comprender lo que me ocurría; me dejaba y se ponía á jugar sola, sin volver á invitarme ni á dirigirme la palabra durante días enteros. Este desdén me era insoportable. Esta nueva soledad se me hacía más penosa que la otra; poníame más triste y más taciturna, y de nuevo ensombrecían mi corazón negros pensamientos.

VII

La señora Leotard, que tenía la misión de vigilarme, no tardó en observar aquel cambio en nuestras relaciones; y como por él me veía yo abandonada, lo primero que la llamó la atención fué mi soledad forzosa. Se dirigió á la princesita, y la riñó por no saber ser amable conmigo. Katia frunció las cejas, se encogió de hombros y declaró que no sabía qué hacer conmigo, puesto que no entendía de ningún juego y estaba siempre pensando en otra cosa. Prefería esperar á su hermano Saclia (1), que debía llegar de Moscou, á fin de divertirse con

(1) Diminutivo de Alejandro.

él. La señora Leotard no se contentó con semejante respuesta; le hizo observar que yo estaba enferma todavía, que no podía ser tan viva y alegre como ella; que, por lo demás, lo era demasiado; le recordó que había cometido tal y cuál falta; que dos días antes por poco la destroza el perro. En fin, la señora Leotard la amonestó sin piedad, y concluyó por enviarla conmigo con orden de reconciliarnos sin tardar.

Katia escuchó á la francesa atentamente, como si en efecto reconociese algo nuevo y justo en aquel razonamiento. Dejando el aro, que estaba rodando por la sala, se acercó á mí, seria y asombrada, y me dijo:

—¿Quieres jugar?

—No—contesté, temiendo para Katia y para mí las censuras de la señora Leotard.

—¿Qué quieres entonces?

—Quiero descansar; no puedo correr. No estés enfadada conmigo, porque te quiero mucho.

—Entonces voy á jugar sola—dijo dulce y lentamente, sorprendida de no hallarse culpable;—adiós, no estoy enfadada contigo.

—Adiós—repliqué levantándome y tendiéndole la mano.

—¿Quieres tal vez que nos besemos?—preguntó tras una breve reflexión, recordando probablemente la anterior escena, y deseosa, para acabar más pronto, de complacerme.

—Como quieras—repliqué con una tímida esperanza. Se acercó, y muy seriamente, sin una sonrisa, me besó.

Cumplido así lo que se esperaba de ella, y aún más, á fin de ser agradable á una pobre chiquilla como yo, se marchó alegre y satisfecha, y pronto resonaron por la casa sus risas y sus gritos. Cansada al fin y jadeante, se tumbó en un diván para descansar y cobrar nuevas fuerzas. Todo el resto del día me estuvo mirando con una especie de desconfianza.

Veíase que quería decirme algo para tratar de descifrar aquel enigma. Pero en aquella ocasión se contuvo.

Por lo general, las lecciones de Katia comenzaban por la

mañana. La señora Leotard le enseñaba el francés: el estudio este consistía en un poco de gramática seguida de una lectura de fábulas de La Fontaine.

No la forzaban, porque costaba trabajo obtener de ella que permaneciese tranquila en el trabajo dos horas al día. Consintió en aquella combinación, á ruegos del príncipe su padre, por mandato de su madre, y se sometía concienzudamente, habiendo dado ella misma su palabra. De clara inteligencia, comprendía pronto y retenía cuanto le enseñaban. Pero también en esto tenía sus rarezas: cuando no entendía algo, reflexionaba seriamente, porque la avergonzaba el pedir explicaciones. Días enteros permanecía sola frente á una cuestión sin poder resolverla, enojada por no poder hacerlo sin ayuda.

En casos extremos, cuando ya no podía más, iba á preguntar á la señora Leotard la solución que perseguía.

Así era en todo. Reflexionaba mucho, aunque se pudiese dudar de ello al pronto. Pero al mismo tiempo era más cándida de lo que se debe ser á su edad. Ocurríale á veces decir tonterías; otras veces sus respuestas revelaban una astucia y una fineza extremas.

VIII

Como yo podía ya empezar á trabajar, la señora Leotard me hizo sufrir un examen: vió á qué altura de estudios me encontraba; encontró que leía muy bien, pero que escribía muy mal. Juzgó que era de urgente necesidad para mí aprender francés. No la contradije, y una mañana me senté al lado de Katia, para dar las lecciones. Por mi parte, en una sola sesión aprendí el alfabeto francés, aplicándome con todas mis fuerzas para agradar á la institutriz. Al acabar la lección, la señora Leotard se enfadó seriamente con Katia.

—Ahí tiene usted—dijo señalándome—una niña enferma, que da su primera lección, y está ya diez veces más adelantada que usted. ¿No le da vergüenza?

—¿Más adelantada que yo?—preguntó la princesita, estupefacta.—Pero si no está todavía más que en el alfabeto.

—¿Pero cuánto tiempo le costó á usted aprender el alfabeto?

—Tres lecciones.

—Pues bien, Netotchka lo ha aprendido en una lección. De suerte que estudia tres veces más de prisa que usted y pronto la dejará atrás. ¿No es esto?

Katia reflexionó y se puso muy encarnada, comprendiendo que la observación de la señora Leotard era justa.

Enrojecer, ponerse como la grana de vergüenza, era su manera de manifestar el despecho que le producían sus contrariedades. Esta vez se asomaron las lágrimas á sus ojos. Se calló, limitándose á dirigirme una mirada que parecía querer anonadarme. Adiviné en seguida de qué se trataba. La pobre niña tenía un orgullo y un amor propio extremos. Al dejar á la señora Leotard, quise hablar á Katia para disipar su despecho, ó cuando menos demostrarle que yo no era responsable de los regaños de la francesa. Pero Katia hizo como si no me oyese: no respondió. Una hora después, entró en el cuarto en donde, con mi libro abierto delante, pensaba en ella. Al entrar, la princesita me lanzó una mirada de menosprecio y, como de costumbre, se sentó en el sofá y me contempló durante media hora. No pudiendo contenerme, la interrogué con los ojos.

—¿Sabes bailar?—preguntó Katia.

—No, no sé.

—Yo, sí.

Una pausa.

—¿Sabes tocar el piano?

—Tampoco.

—Pues yo sí; es muy difícil de aprender.

No repliqué.

—La señora Leotard pretende que eres más inteligente que yo.

—La señora Leotard está enfadada contigo.

—¿Se enfadará también papá conmigo?

—No sé.

Nuevo silencio.

La princesita golpeó impacientemente con su piececito.

—Entonces tú te burlas de mí, porque comprendes con más facilidad—dijo ella sin poder contener por más tiempo su despecho.

—¡Oh, no!—exclamé levantándome para abrazarla.

—¿Pero no tiene usted vergüenza de pensar de esa manera y confesarlo, princesa?—dijo la institutriz.

La buena señora nos estaba vigilando desde hacía cinco minutos y escuchaba nuestra conversación.

—Debería usted avergonzarse. Tiene usted celos de esa niña y se alaba delante de ella de saber bailar y tocar el piano. ¡Qué vergüenza! Se lo contaré al príncipe.

La niña se puso encarnada.

—Ese es un mal sentimiento. Sus preguntas han ofendido á Netotchka, cuyos padres eran pobres y no tenían medios para pagar profesoras. Aprendía sola porque era buena y tenía un corazón excelente. Debería usted quererla y no molestarla. Es vergonzoso, es vergonzoso. Usted sabe que es huérfana. No tiene á nadie. ¿Por qué no añade usted que es usted princesa, mientras que no lo es Netotchka? Me voy. Piense usted en lo que le he dicho y procure corregirse.

IX

Katia reflexionó durante dos días. En estos dos días suspendió risas y gritos. Al despertarme por la noche, la oía continuar en sus sueños su discusión con la señora Leotard. Hasta enflaqueció un poco y palidieron algo los vivos colores de su rostro. Por fin, al tercer día, nos encontramos en una amplia sala. Katia salía de las habitaciones de su madre. Al verme se detuvo y se sentó frente á mí.

Yo aguardaba, aterrada y temblorosa, lo que iba á pasar.

—Netotchka, ¿por qué me han reñido por culpa tuya?—preguntó al fin.

—No ha sido por culpa mía, Katenka—repliqué apresurándome á disculparme.

—La señora Leotard dice que te he ofendido.

—No, Katenka, no; no me has ofendido.

La princesa se encogió de hombros en señal de perplejidad.

—¿Por qué lloras entonces?—añadió tras un silencio.

—No lloraré, si quieres—dije al través de mis lágrimas.

Volvió á encogerse de hombros.

—¿Llorabas antes?

No contesté.

—¿Por qué vives en nuestra casa?—preguntó de repente tras una pausa.

La miré estupefacta, como si algo me hubiese lastimado el corazón.

—Porque soy huérfana—murmuré por fin, reuniendo todas mis fuerzas.

—¿Tuviste un papá y una mamá?

—Sí.

—¿Te querían?

—No... sí—balbuceé.

—¿Eran pobres?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿No te enseñaron nada?

—Me enseñaron á leer.

—¿Tenías juguetes?

—No.

—¿Pasteles?

—No.

—¿Cuántas habitaciones teníais?

—Una sola.

—¿Un solo cuarto?

—Uno solo.

—¿Y teníais criados?

—No, no teníamos criados.

—¿Pues quién os servía?

—Yo misma iba á hacer las compras.

Las preguntas de la princesita me desgarraban el alma. Los recuerdos que evocaba en mí, su asombro, todo aquello me hería, me ofendía y me hacía daño. Temblaba; los sollozos me ahogaban.

—Te has debido de alegrar al venir á vivir con nosotros. Guardé silencio.

—¿Tenías un traje bonito?

—No.

—¿Uno malo?

—Sí.

—He visto tu vestido: me lo han enseñado.

—¿Por qué me lo preguntas entonces?—dije, presa de un nuevo sentimiento de indignación, y levantándome.—¿Por qué me lo preguntas?—repetí, roja de cólera.—¿Por qué te burlas de mí?

Katia también se levantó enrojecida. Pero dominó en seguida su turbación.

—No... no me burlo de tí. Quería solamente saber si tus padres eran pobres.

—¿Por qué me preguntas de papá y mamá?—exclamé llorando.—¿Y por qué lo haces de esa manera? ¿Qué te han hecho mis padres, Katia?

Calló, confusa, sin saber qué contestar.

En aquel momento entró el príncipe.

—¿Qué tienes, Netotchka?—dijo al ver mis lágrimas.—¿Qué tienes?—insistió, mirando á Katia, cuyas mejillas estaban como la grana.—¿De qué hablabais? ¿Por qué os habéis peleado? ¿Por qué estás enfadada, Netotchka?

Yo no podía responder. Cogí la mano del príncipe, la besé y la llené de lágrimas.

—¡Katia! dime la verdad. ¿Qué ha pasado?

Katia era incapaz de mentir.

—Le he dicho que había visto el vestido que llevaba en casa de sus padres.

—¿Quién te lo ha enseñado? ¿quién se ha atrevido á enseñártelo?

—Lo vi yo misma—respondió Katia con firmeza.

—Está bien. No denunciarás á nadie. Lo sé. Te conozco. ¿Y qué más?

—Se ha puesto á llorar, diciendo que me burlaba de su papá y su mamá.

—¿Luego te has burlado?

Aunque Katia no se hubiese burlado en realidad, tal era su intención, como lo comprendí desde luego. No respondió. Asentía, por lo tanto.

—Anda en seguida á pedirla perdón—dijo el príncipe.

La princesita, pálida como la cera, no se movió.

—¡Vamos!—exclamó el príncipe.

—¡No quiero!—dijo Katia en voz baja, con tono muy decidido.

—¡Katia!

—¡No, no quiero, no quiero!—exclamó de repente, con los ojos relampagueantes, y golpeando con el pie.—No quiero pedir perdón, papá. No la quiero. No quiero vivir con ella. No es culpa mía. No hace más que llorar. ¡No quiero, no quiero!

—¡Ven conmigo!—La cogió por el brazo y la llevó á su gabinete.—Netotchka, vete á tu cuarto.

Hubiera querido arrojarme á los pies del príncipe, pedirle que perdonara á Katia; pero repitió su orden severamente, y me fuí helada de espanto, como una muerta.

X

Al volver á mi cuarto, caí sobre el sofá y me tapé la cara con las manos. Contaba los minutos, esperando con impaciencia á Katia.

Quería echarme á sus pies. Llegó por fin sin pronunciar una palabra, pasó junto á mí y se sentó en un rincón. Sus ojos estaba hinchados, sus mejillas surcadas por las lágrimas. Mis resoluciones se desvanecieron. Asustada, la miraba sin moverme.

Me acusaba con todas mis fuerzas, trataba de persuadirme á mí misma de que era culpable de todo. Mil veces quise acercarme á Katia, y mil veces me contuve, no sabiendo cómo me recibiría. Así transcurrió un día entero, luego otro. Al atardecer del segundo día, Katia se mostró más alegre y se puso á rodar el aro por la habitación, pero pronto dejó de jugar y se agazapó en un rincón. Antes de irse á acostar se volvió de repente hacia mí, dió dos pasos y sus labios se entreabrieron para hablar, pero se contuvo y se fué á la cama. Transcurrió otro día, y la señora Leotard, asombrada, le preguntó por qué estaba así. ¿Estaba acaso enferma, para haberse vuelto tan tranquila de repente? Katia respondió evasivamente y cogió el volante, pero en cuanto se marchó la institutriz se puso encarnada y se echó á llorar. Huyó del cuarto para que no la viese. Por fin, á los tres días de nuestro enfado vino á mí y me dijo tímidamente:

—Papá me ha mandado que te pida perdón; ¿quieres perdonarme?

Le cogí vivamente las manos y llena de emoción le dije:

—¡Sí, sí!

—Papá me ha mandado que te abrace; ¿quieres que nos abracemos?

Sin responder, me puse á besarle las manos, regándolas con mis lágrimas.

Al alzar los ojos hacia la princesita observé en ella signos extraordinarios. Sus labios estaban agitados por un ligero temblor, su barbilla se movía, sus ojos negros estaban húmedos; pero al instante dominó su emoción, y se dibujó una sonrisa en sus labios.

—Voy á decir á papá que te he abrazado y te he pedido perdón—dijo en voz baja, como si pensara alto.—Hace tres días que no le he visto: me prohibió que fuera á verle mientras que no hubiera obedecido.

Diciendo esto, se marchó, temblorosa, pensativa, no sabiendo cómo la acogería su padre.

Pero, al cabo de una hora, se oyeron arriba gritos, ruido, risas, los ladridos de Falstaff; se rompió algo, cayeron algunos libros, rodó el aro por el piso, y supe que Katia había hecho las paces con el príncipe.

Mi corazón palpité de alegría.

Sin embargo, ella no se acercó á mí: parecía evitar la ocasión de hablarme. En cambio me cabía el honor de excitar su curiosidad en el mayor grado. Sentábase delante de mí para inspeccionarme muy á menudo. Estas inspecciones de mi persona eran cada vez más ingenuas. En una palabra, la niña mimada y consentida, á la que todo el mundo atendía y cuidaba como un tesoro, no podía comprender por qué me encontraba en su camino, cuando ella no tenía empeño alguno en verme. Pero su corazón, bueno y tierno, debía encaminarse siempre bien por el solo instinto de su naturaleza generosa. La persona que más influencia tenía sobre ella era su padre, al que adoraba. Su madre la quería con locura, pero la trataba con gran severidad y á su lado aprendió Katia la altivez, el orgullo, la obstinación. Sin embargo, sufría todos los caprichos y hasta la tiranía de la princesa; ésta comprendía de una manera rara la educación, y la de Katia ofrecía las más singulares alternativas de relajamiento absoluto y de excesivo rigor. Lo que ayer estaba permitido se prohibía hoy, sin razón alguna. La niña se sentía herida en sus sentimientos de justicia... Pero

ya volveré sobre este asunto. Observaré solamente aquí que Katia sabía variar de actitud según que se tratara de su padre ó de su madre. Con aquél se mostraba natural, franca, expansiva y sincera; con ella todo lo contrario: disimulada, recelosa, obediente á la fuerza, no por persuasión. Por lo demás, debo decir en honor de mi Katia que llegó á comprender á la princesa, que se sometió á ella cuando se penetró de la grandeza de un amor maternal que llegaba á veces hasta el extravío. La niña tenía generosamente en cuenta aquel exceso.

Mientras tanto, yo no comprendía qué ocurría en mí. Todo un mundo de sensaciones inexplicadas me agitaban interiormente. En fin, después de muchos sufrimientos y reflexiones, me ví obligada á reconocer que estaba enamorada de mi Katia.

Sí; era amor lo que me inspiraba, verdadero amor, con lágrimas de alegría y de desesperación, un amor apasionado. ¿Qué es lo que me atraía hacia ella? ¿Qué es lo que había hecho nacer semejante sentimiento? Lo ignoro. Sé que la amé á primera vista, que me impresionó deliciosamente el aspecto de aquella niña bella como un ángel. Sus mismos defectos no la hacían desmerecer á mis ojos, porque no procedían de una imperfección de su alma, sino de su mala educación.

Todos la admiraban y la envidiaban. Y tal vez esta admiración había viciado su carácter.

Cuando salíamos juntas de paseo, los transeuntes se detenían para mirarla.

Parecía nacida para la felicidad, del mismo modo que yo parecía consagrada á la aflicción.

El defecto principal ó tal vez la cualidad más eminente de mi princesita era su orgullo. Tenía un amor propio completamente particular. La contradicción no la enojaba, la sorprendía: hasta tal punto se creía por encima de todo.

Le era difícil admitir que pudiese no tener razón en algo. Sin embargo, si le probaban que lo que quería hacer era injusto, se sometía en seguida.

Si no fué desde el principio para mí la amiga que hubiera querido, me lo explico por el hecho de una antipatía natural y que estaba fuera de todo razonamiento.

XI

Nuestras lecciones continuaron como antes, y ella en adelante no me prestó gran atención.

Las alabanzas que se servían dirigirme sobre mi dulzura y mi inteligencia, ni siquiera tenían ya el dón de herir su amor propio.

Buscaba, es verdad, compensaciones, y se las componía mejor con nuestro perro.

Falstaff era un perro pacífico y flemático, lo que no le impedía ser malo como un tigre si se permitían sacarle de sus casillas.

A Falstaff no le agradaban las caricias de nadie, y todo el mundo parecía serle indiferente.

Tratábanle en la casa con una especie de temor respetuoso. Tenía también su historia.

Un día, trajo el príncipe, á la vuelta de un paseo, un perrillo feúcho y de lamentable aspecto. Era un perro de raza, sin embargo.

Ahora bien: estando la familia en la casa de campo, ocurrió que el hermano de Katia, Sacha, cayó, jugando, al río. La princesa estaba presente, y, loca de dolor, quiso seguir á su hijo. La contuvieron con dificultad; mientras tanto, Sacha, arrastrado por la corriente, flotaba solamente sostenido por la ropa.

Apresuráronse á desamarrar un bote. Pero todo esto exigió tiempo. De repente se lanza al agua un perrazo, corta con vigor la corriente y llega al cuerpo del niño, al que lleva triunfalmente á la orilla.

La princesa cubrió de besos al animal, lleno todavía de

agua y lodo. Falstaff, que llevaba en aquella época el nombre prosaico y plebeyo de Fricoa, no soportaba, como ya he dicho, ninguna caricia: respondió á aquellos halagos clavando sus agudos dientes en un hombro de la señora.

La princesa conservó toda su vida las señales de aquella herida, pero conservó también á su perro un afecto sin límites.

El perro fué desde entonces el huésped predilecto de la casa. El príncipe, en atención á la voracidad y glotonería fenomenal de aquél, le puso el nombre de Falstaff.

Le asearon, le alimentaron á gusto, hasta le regalaron una piel de oso para que se tumbara y descansase.

Falstaff se había convertido, en suma, en el perro más dichoso de la creación. Pero su carácter, naturalmente taciturno, no cambió con su nueva condición.

Recibió indiferente las atenciones y apreció bastante poco su valioso collar de plata.

No tardó en adquirir hábitos de pereza, y no gustaba de que le molestasen los importunos.

Katia le buscaba algunas veces camorra para distraerse, cuando no tenía á nadie en aquel momento sobre quien descargar su mal humor. Y, además, la indiferencia del perro la exasperaba: le era insoportable que existiese en la casa un sér que no reconociera su autoridad, que no se inclinase ante ella, que no la quisiese. A Falstaff le tenía esto sin cuidado y permanecía inflexible en su arrogancia.

Un día, después de comer, estando las dos en el salón grande, el perro se tumbó en medio de la habitación para digerir perezosamente su copiosa comida. Este fué el momento que eligió la princesa para reducirle á la obediencia. Dejó de jugar, y andando de puntillas, prodigando á Falstaff los nombres más dulces, atrayéndole por señas, se dirigió hacia él con precaución. Falstaff desde muy lejos mostró los dientes. La princesa se detuvo. Su proyecto era acercarse al perro y acariciarle un poco, cosa que no permitía á nadie más que á la princesa. La tentativa ofrecía un serio peligro, porque Falstaff

era incapaz de dejarse imponer, y podía muy bien morderle la mano ó destrozarla si le parecía oportuno: tenía la fuerza de un tigre.

Yo, llena de inquietud y de terror, seguía de lejos todos los movimientos de Katia. La supliqué inútilmente que dejase al perro en paz: ni los poderosos colmillos del animal la apartaron de su idea. Juzgando que no se podía abordar al perro de frente, dió una vuelta en torno del enemigo. Falstaff no se movió.

Katia dió otra vuelta estrechando el círculo, y otra tercera de menor radio. Cuando hubo llegado á la distancia que Falstaff juzgaba respetuosa y sagrada, mostró aquél de nuevo los dientes.

La princesita, despechada, dió una patadita y se alejó; volvió á sentarse en el diván para reflexionar. A los diez minutos inventó una nueva seducción. Salió y volvió con una provisión de panecillos y pasteles: cambiaba de táctica. Falstaff permaneció indiferente: no tenía probablemente ganas. Ni siquiera volvió la cabeza hacia el pedazo que le echaron, y cuando Katia llegó de nuevo al límite que juzgaba infranqueable, el perro manifestó una oposición más viva que la primera vez. Levantó la cabeza, enseñó los dientes, gruñó sordamente é hizo un ligero movimiento como para lanzarse. La princesa enrojeció de cólera, tiró el pastel y volvió á sentarse. Estaba muy agitada; sus piececitos golpeaban la alfombra, sus mejillas se ponían como la grana, y lágrimas de despecho brotaban de sus ojos. Por desgracia, se le ocurrió mirarme, y la sangre se le subió aún más á la cabeza. Se levantó y con paso firme marchó en derechura al terrible perro.

La estupefacción le produjo sin duda á Falstaff un efecto extraordinario. Dejó al enemigo que franquease la línea temible, y únicamente cuando estuvo á dos pasos acogió á la loca Katia un gruñido siniestro. Ella se detuvo al pronto un instante, nada más que un instante; después, con decisión, siguió avanzando. Yo estaba paralizada por el terror. La princesita se

encontraba en el mayor grado de excitación; el triunfo brillaba en sus ojos. Hubiérase hecho de esta escena un bonito cuadro. Ella afrontó con valor la furiosa mirada del perro. Falstaff se levantó. Lanzó otro gruñido; un movimiento más, y la hubiese destrozado. Pero la princesita le pasó orgullosamente la mano por el lomo y le acarició tres veces seguidas. Durante algunos segundos el perro permaneció indeciso. Fué el momento más palpitante del drama; después se estiró y, desdeñando sin duda vengarse de una niña, salió tranquilamente de la habitación.

La princesa quedaba dueña del campo de batalla. Me dirigió una mirada indefinible, saturada, embriagada de victoria; yo estaba lívida: lo notó y sonrió. Poco después, sin embargo, una palidez mortal cubrió también sus mejillas; apenas pudo llegar al sofá, en el que cayó sin conocimiento.

XII

Mi pasión por Katia no tenía ya límites. Pero á partir del día en que, á causa de ella, experimenté tanto miedo, no me dominé ya. Mil veces estuve á punto de arrojarme á su cuello, pero el temor me detuvo. La huí á fin de que no viese mi agitación.

Vino un día á la habitación en que yo estaba. La traviesa niña observó mi turbación y quedó confusa, pero no se conmovió.

Sufrí así todo un mes. No cambiábamos una sola palabra. Descubrí que el obstinado silencio de Katia no encubría el olvido ó la indiferencia, sino solamente una reserva querida y bien determinada. Sin embargo, yo no podía dormir, y la misma señora Leotard notaba mi pena. Mi amor por Katia era sumamente raro y tomaba el carácter de una pasión ofendida.

Me preocupaban de tal manera aquellos acontecimientos y aquella transformación, que olvidaba mi pasado, absorta en absoluto en mi afección y mi dolor.

Me levantaba á veces en medio de la noche, y á la suave luz de la lamparilla, admiraba á Katia sumida en el sueño. Poniéndome de puntillas y animándome poco á poco, posaba temblando un beso en su linda mano ó en sus cabellos; después me retiraba á escape, de miedo de que me sorprendiera.

Mientras tanto, Katia se hacía cada vez más irritable y caprichosa. Permanecía silenciosa todo un día; después, al siguiente, metía un barullo que alborotaba toda la casa.

Al poco tiempo, Katia, que no había estado enferma nunca, se quejó de fiebre y no tardó en que la instalaran en las habitaciones de su madre.

A la princesa la afectó aquella indisposición, y creo que me hizo responsable de los desagradables cambios que se producían en su hija.

Desde hacía mucho tiempo la princesa tenía la intención de separarme de Katia, y lo hubiera ya hecho de no temer la oposición del príncipe, que se mostraba á veces inquebrantable en sus resoluciones.

XIII

Me afligió mucho verme por completo separada de mi princesita, y me torturaba más que nunca la imaginación para dar con la causa de su desdén.

Una mañana vino á sorprenderme á la hora de la lección. Nunca la había encontrado tan animada y tan viva.

El día transcurrió en juegos y correrías, pero al llegar la noche reapareció la tristeza en su frente.

Cuando su madre vino á verla por la noche, Katia se esforzó en vano por mostrarse alegre. En cuanto salió la princesa, se echó á llorar.

La princesa, inquieta por estos bruscos cambios, hizo que la señora Leotard nos vigilase atentamente; pero yo sola podía comprender lo que ocurría en Katia.

Era el desenlace de nuestra novela. Era, así lo esperaba, una reconciliación.

Veía todo esto en detalles insignificantes y, sin embargo, no me atrevía á dar el primer paso.

A los pocos días, era un jueves, la señora Leotard nos hizo vestir para salir de paseo.

Hacía mucho tiempo que no habíamos salido juntas.

Bajábamos gravemente la escalera de la casa, cuando de repente se acercó Katia á mí, y, con tono más dulce que de costumbre, me dijo:

—Llevas suelto el lazo de un zapato. Trae: voy á atártelo.

Me incliné, roja como una cereza, feliz porque Katia hubiese concluído por dirigirme la palabra.

—¡Trae!—añadió, medio impaciente, medio contenta.

Se bajó, me cogió el pie, se lo puso sobre su rodilla y anudó el lazo de mi zapato.

Me ahogaba; experimentaba una violenta emoción, y me preguntaba lo que iba á ser de mí.

Al levantarse, me examinó de pies á cabeza.

—Llevas descubierto el cuello—me dijo.

Y lo arregló, dejándola yo hacer.

—Podías enfriarte como lo tenías—añadió, sonriendo maliciosamente y mirándome con sus ojos negros y húmedos.

Yo estaba llena de felicidad. No sabía qué pasaba entonces en mí ni en Katia. Afortunadamente, nuestro paseo concluyó pronto; de otra manera, me hubiese arrojado en sus brazos y la hubiera besado en la calle.

Por la noche, se vió obligada á bajar á las habitaciones de la princesa porque había recepción. Allí, de repente, y sin causa aparente, Katia sufrió un síncope.

Toda la casa se puso en conmoción. El médico, enviado á llamar á toda prisa, confesó que no comprendía aquello, y atribuyó el accidente á una indisposición infantil, como se hace siempre en tales casos.

No tardé en saber á qué atenerme sobre el caso.

Por el día, Katia, impulsada por no sé qué capricho, subió á las habitaciones de la tía. Esta, que de ordinario se negaba á recibir á su nieta y que hasta la detestaba un poco cordialmente, consintió en verla aquella vez y, contra su costumbre, se mostró amable con ella.

Al principio todo fué bien. Katia pidió perdón por todas sus faltas y misericordia por todos sus pecados, acusándose de su turbulencia, de sus ligerezas, de sus alborotos, con una gravedad que conmovió á la tía hasta hacerla llorar. La princesa vieja, extremadamente halagada por aquel acto, iba á conceder solemnemente la absolución, cuando, al través de sus gafas, creyó observar que la descarada se burlaba de ella con la mayor sangre fría del mundo.

¿No había llegado Katia á confesar que tuvo la intención, pero solamente la intención, es cierto, de esconder á Falstaff bajo la cama de la tía, y hacerle además otras jugarretas del mismo género y de tan mal gusto?

La tía se puso encendida de cólera. La muchacha se echó á reir y escapó á todo correr. Pero la cosa no paró allí. A los cinco minutos subía la princesa, llamada por la tía, y, durante dos horas, se desarrolló una escena terrible entre las dos mujeres respecto al último escándalo de Katia.

XIV

No habiendo obtenido la vieja la reparación que exigía, resolvió salir de la casa al día siguiente y sin remisión.

Fué preciso, de bueno ó de mal grado, presentar excusas á la tía y prometer que Katia sería severamente castigada en cuanto su salud lo permitiera.

Katia no pudo soportar aquella ofensa y se puso mala, como ya he dicho.

Al día siguiente la encontré en la escalera después de co-

mer, en el momento mismo en que abría la puerta llamando á Falstaff.

Comprendí que tramaba alguna terrible venganza á la que quería asociar al perro, el enemigo natural de la princesa vieja.

Falstaff detestaba á la tía, no sin razón. Cuando la dama vino á vivir á casa del príncipe, Falstaff tuvo que cederla el puesto y no franquear nunca la escalera que conducía á los pisos superiores: esto fué para él una privación espantosa. Toda una semana permaneció al pie de la escalera arañando las puertas. Pero la consigna era severa y no había de qué para el perro. Pronto comprendió por qué le expulsaban del domicilio predilecto suyo.

Un domingo, cuando la vieja bajaba para ir á misa, según su costumbre, Falstaff se abalanzó sobre ella, la derribó, y la hubiese destrozado si no se llega á tiempo para impedirlo.

La señora estuvo enferma del susto. Katia y Falstaff: aquello era demasiado.

Presentó su ultimátum. El perro ó ella saldría de la casa. Fué necesaria la intervención del príncipe para arreglar las cosas. Hizo comprender á la tía que no podía echar al salvador de su hijo, pero dió órdenes formales para que la dama no volviera á correr el riesgo de encontrar el perro á su paso.

XV

—¡Falstaff, Falstaff!—llamaba cariñosamente Katia en la escalera.

El perro acudió, y viendo la puerta abierta, fué á lanzarse, á pasar el Rubicón; pero se detuvo indeciso.

El acto era tan grave, el llamamiento tan inverosímil, que no podía dar crédito á sus ojos de perro. Pasó, sin embargo, pero lentamente, como un animal que reflexiona y que sabe lo que va á hacer.

Mientras tanto, Katia le excitaba, le mostraba la escalera, le invitaba...

No se necesitó más. Falstaff descubrió sus colmillos, lanzó un gruñido de cólera y salió como una flecha.

Derribó unas sillas en su loca carrera.

La señora Leotard le vió y pidió socorro, pero era demasiado tarde: el animal llegaba á las habitaciones de la vieja como una bala.

Un criado corrió en seguida á avisar á la princesa, que en esta ocasión no estaba dispuesta á perdonar. ¿Pero á quién castigar? Desde luego comprendió la cosa. Sus ojos se fijaron en Katia... En efecto, Katia, muy pálida, temblaba de miedo. La pobre niña no había comprendido hasta entonces cuáles hubieran podido ser las terribles consecuencias de su acto. Las sospechas podían recaer en los criados, en inocentes, y la muchacha se preparaba ya á decir toda la verdad.

—¿Eres tú la culpable?—preguntó su madre severamente.

Al ver la mortal palidez de Katia, me adelanté y dije con firme acento:

—Yo he dejado pasar á Falstaff... por un descuido—añadí, porque todo mi valor desapareció ante la enojada mirada de la princesa.

—Señora Leotard, castíguela de una manera ejemplar—dijo la princesa, marchándose.

Miré á Katia, que estaba abrumada; sus brazos, inertes, colgaban; su rostro, pálido, se inclinaba sobre el pecho.

El único castigo usado para los hijos del príncipe era el encierro en un cuarto vacío. Permanecer durante dos horas en un cuarto no tenía nada de cruel; pero cuando se encerraba al niño á la fuerza, el castigo resultaba bastante penoso.

Por lo general, á Katia ó á su hermano les encerraban dos horas. A mí me condenaron á cuatro horas de reclusión, en vista de la monstruosidad de mi delito. Palpitante de felicidad, entré en mi prisión. Pensaba en mi princesita. Sabía que la había vencido. Pero en lugar de cuatro horas estuve encerrada hasta las cuatro de la mañana. He aquí por qué:

Dos horas después de mi encierro, la señora Leotard reci-

bió noticias de que su hija, llegada de Moscou, estaba enferma y deseaba verla. La señora Leotard se marchó, olvidándome. La doncella que nos servía supuso probablemente que me habían soltado. Katia permaneció en las habitaciones de su madre hasta las once de la noche. La doncella la desnudó, la acostó, y la princesita tenía razones para no preguntar por mí. Se acostó sabiendo perfectamente que me habían encerrado por cuatro horas, y suponiendo que la doncella no tardaría en llevarme. Pero Nastia me olvidó por completo; tanto más, cuanto que por lo general me desnudaba yo sola: de suerte que pasé la noche en el encierro.

XVI

A las cuatro de la mañana oí llamar en la puerta de mi encierro. Dormía tumbada mejor ó peor en el suelo. Al despertarme dí un grito de sorpresa; pero en seguida reconocí la voz de Katia que dominaba á las otras, después la de la señora Leotard, la de Nastia y la del ama de llaves. Se abrió la puerta, y la señora Leotard me abrazó, con las lágrimas en los ojos y pidiéndome perdón por haberme olvidado. Me arrojé en sus brazos llorando. Estaba helada por el frío y me dolían todos los huesos á consecuencia de la incómoda posición que tuve en el suelo.

Busqué con los ojos á Katia; se había apresurado á volver á nuestro dormitorio y á acostarse, y cuando entré dormía ó fingía dormir. Mientras que me esperaba, se adormeció sin querer y no se despertó hasta las cuatro de la mañana. Al notar que no estaba yo, puso en pie á todo el mundo, despertó á la señora Leotard, que acababa de entrar, á la doncella y demás sirvientes, diciéndoles lo que ocurría, y así me pusieron en libertad.

Por la mañana, todos los de la casa se enteraron de mi aventura. La misma princesa declaró que habían obrado muy

severamente conmigo. En cuanto al príncipe, nunca le ví tan irritado.

—¿Pero qué es esto?—dijo á la señora Leotard.—¿Qué manera de conducirse es ésa con esta pobre niña? Eso es una barbarie. Es una pura barbarie. Es un proceder de escitas. ¡A una niña enferma, débil, nerviosa, tímida, llena de imaginación, encerrarla en un cuarto oscuro toda una noche! Eso es querer matarla. ¿Acaso no conoce usted su historia? Es una barbarie, es inhumano. Soy yo quien se lo dice á usted, señora. ¿Y qué significa eso de castigar tan duramente? ¿Quién ha inventado ese castigo?

La pobre señora Leotard, con los ojos llenos de lágrimas, le explicó los hechos: le expuso que me había olvidado; que había llegado su hija; que el castigo era muy bueno en sí, y que Juan Jacobo Rousseau aconseja algo de ese género.

—Juan Jacobo Rousseau, señora, no podía recomendarlo. Por lo demás, Juan Jacobo Rousseau no es una autoridad; Juan Jacobo Rousseau no tenía derecho á hablar de educación; Juan Jacobo Rousseau desconoció á sus propios hijos, señora; Juan Jacobo era un triste personaje, señora.

—¡Juan Jacobo Rousseau! ¡Juan Jacobo un triste personaje! ¡Príncipe, príncipe! ¿Qué dice usted?

La señora Leotard era una buena mujer que difícilmente se enfadaba: pero tocar á sus prejuicios; perturbar la sombra clásica de Corneille, de Racine; ofender á Voltaire; tratar á Juan Jacobo Rousseau de triste personaje; calificarle de bárbaro, ¡Dios mío! Las lágrimas brotaron de sus ojos; la institutriz temblaba de indignación.

—Se extralimita usted, príncipe—dijo fuera de sí.

El príncipe se repuso en seguida y se excusó. Se acercó á mí, me besó con efusión, hizo sobre mí la señal de la cruz y salió de la habitación.

—¡Pobre príncipe!—exclamó la señora Leotard conmovida á su vez.

Y nos pusimos á nuestras tareas. La princesita estudió dis-

traídamente. Antes de la comida se me acercó con la sonrisa en los labios, me cogió por los hombros y dijo vivamente como para disimular su vergüenza:

—¿Y qué? ¿Has sufrido bastante por mí? Después de comer iremos á jugar al salón.

Alguien pasó cerca de nosotras; la princesa se alejó en seguida. Al anochecer bajamos las dos al salón cogidas de la mano. Katia, profundamente conmovida, respiraba con trabajo. Yo me sentía más feliz y alegre que nunca.

—¿Quieres jugar á la pelota?—me preguntó.—Quédate ahí.

Me colocó en un ángulo de la sala; pero en lugar de alejarse para tirarme la pelota, se detuvo á los tres pasos; me miró, se puso encarnada y cayó en el diván, tapándose la cara con las manos. Hice un movimiento hacia ella; pensó que quería irme.

—No te vayas, Netotchka; quédate conmigo. Esto pasará en seguida.

Levantóse prontamente y me echó los brazos al cuello. Sus mejillas estaban húmedas. Sus delgados labios se hinchaban como cerezas. Los rizos de su pelo flotaban en desorden.

Me besaba locamente en la cara, en los ojos, en los labios, en el cuello, en las manos. Nos estrechamos tierna, alegremente, como amigas ó enamorados que se encuentran tras larga separación.

El corazón de Katia palpitaba tan violentamente que le oía con claridad.

Desde la habitación inmediata llamaron á Katia para que fuese á ver á su madre.

—¡Oh Netotchka!, adiós, hasta ahora, hasta la noche. Sube y espérame.

Me besé otra vez sin ruido y corrió al llamamiento de Nastia.

DOSTOIEWSKY

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

Casandra, por D. Benito Pérez Galdós.—El género.—La obra.—Del desarrollo de las psicosis en la obra novelesca de Galdós.—La doctrina búdico-teosófica del *Karma* en *Casandra*.

El oficio de escribir ha sido siempre malo en España, pero cada día se va poniendo peor. Él producirá poco ó nada, y dará menos honra de la que se consigue intrigando en la política ó dormitando en la Administración; pero por todas partes le cercan peligros y asechanzas. La coacción la ha tomado con las letras, y sus mil formas andan rondando en torno del papel impreso á ver si pueden echarle una dentellada. Ya el chafarote bélico; ya los padrinos del duelista; ya la amenaza incruenta, pero temible, del papel sellado; ya otras coacciones más suaves, pero que no por serlo dejan de pesar sobre el ánimo, ponen tiento en la mano del escritor y le obligan á mirar bien dónde pone los puntos de la pluma. Nadie quiere que la verdad salga del pozo, y pretender sacarla contra ese general *consensus* sería aventura tan extravagante y temeraria como las de Don Quijote.

Afortunadamente, ó por aquello de que no hay mal que por bien no venga, como la literatura interesa tan poco y á tan poca gente en España, las coacciones que amenazan á los trabajos puramente literarios son mucho menores. ¿Quién se

sulfura por cosa tan baladí, como no esté directamente interesado en ella ó no le toquen las pecadoras letras en punto más sensible que el de la emoción y el juicio estéticos? Pero ahí está el peligro. Las producciones literarias suelen tener alguna relación con las cuestiones que en mayor medida soliviantan á los hombres, y por ahí viene la coacción, aunque sea atenuada y menos visible que la que pesa sobre el escritor político, científico ó religioso.

Este exordio tiene por fin explicar cómo al escribir acerca de *Cassandra*, la reciente novela de Galdós, me siento un poco cohibido. En un artículo de un escritor á quien admiro y profeso sincera simpatía: Alfredo Calderón, he leído el anuncio de la tenebrosa conjuración que, en sentir de este ilustre publicista, debía de estarse tramando contra la obra revolucionaria de Galdós. En esa conjuración se nos asignaba un papel á los críticos: el de rebajar el mérito literario de *Cassandra*, aparentando imparcialidad y haciendo la comedia de no cuidarse lo más mínimo de la tesis de esa novela.

Esto me ha sumido en no pequeñas confusiones, para ver cómo podríamos librarnos de semejante estigma los que no hemos entrado en tal conjura, ni quisiéramos pasar por vendidos al oro de la reacción, si hay algo que no nos agrade en *Cassandra*. Y, francamente, no se me ha ocurrido cosa mejor que declarar, á la llana, que en los juicios que van á seguir no hay la menor prevención de carácter social ó religioso, y que no estoy conjurado contra *Cassandra* ni contra nadie, ni me va en ello un ardite.

Los lectores asiduos de LA ESPAÑA MODERNA no necesitarán de esta protesta. Ellos me han visto seguir durante años en estas crónicas la labor literaria de Galdós con una preferencia en que había tanta admiración como simpatía hacia el peregrino y robusto ingenio de este eminente maestro de la novela española; he defendido su teatro en los momentos en que era más discutido; combatí la vulgar y falsa apreciación de los que no querían ver en *Electra* más que una diatriba an-

ticlerical con puntos de comedia de magia. No puede sospecharse en mí prevención alguna en contra de Galdós. Si alguna existiera en mi ánimo, sería favorable y no adversa al insigne novelista.

Y ahora una última advertencia antes de entrar en materia. No crea el lector, juzgando por el exordio, que va á leer una diatriba, un feroz artículo contra *Casandra*. No; hay en esta obra aciertos y bellezas que reconozco, siquiera la impresión general que me ha dejado su lectura es la de ser una obra de decadencia, de desmayo de un fuerte espíritu creador.

*
* *

El género.—En *Casandra* hay muchas cosas distintas que considerar, lo cual ya dice que no es obra vulgar ni insignificante, cualesquiera que sean sus defectos. Y la primera de esas cosas es el género. En la introducción de este libro dice Galdós que *Casandra*, como sus hermanos mayores *Realidad* y *El abuelo*, pertenece á un género mixto entre novela y teatro. Es novela intensa ó drama intenso: un drama más analítico de lo que se usa en las tablas, ó una novela menos perezosa en sus desarrollos de lo que suele ser esta clase de obras.

En todas las cosas que participan de dos naturalezas, como estos productos del cruzamiento entre la novela y el teatro, suele predominar alguna de ellas. En *Casandra* domina manifiestamente lo novelesco. Es novela intensa, ó, si se quiere decir más sencillamente, novela dialogada. Si el Sr. Galdós pensara en llevar esta obra al teatro, como hizo con *El abuelo* (lo cual ofrecería probablemente dificultades, porque el asunto de *Casandra* y la manera de desarrollarlo se prestan poco á las condensaciones ó acumulaciones del interés dramático en unas cuantas situaciones capitales, que casi siempre determinan el buen éxito de las obras escénicas, y á la gradación creciente de la emoción que pide la psicología especial del espec-

tador del teatro); si la llevara á las tablas, digo, tendría que introducir en ella notables modificaciones.

La influencia mutua de la novela y el teatro es evidente, mayor acaso la de la primera. Pero como la libertad de la novela es también mayor, por no estar sometida á las condiciones materiales de la representación, los frutos de ese subgénero á que Galdós alude suelen inclinarse á la naturaleza novelesca, y más probabilidades tienen de agradar y de adquirir la relativa perfección de que son capaces, como novelas que como dramas.

El género no es nuevo. ¿Qué es, al cabo, la inmortal *Celestina*, sino una novela dialogada de esta clase? Y si saltamos de los siglos medioevales y de lo más clásico de nuestra literatura al tiempo actual y á lo más moderno de las letras contemporáneas, entre las obras de Rudyard Kipling podemos hallar alguna novela dramatizada de esta clase. No hay que decir que en Francia este género se cultivaba mucho. *Gyp*, Donnay, Lavedan, han encontrado, en la rapidez del diálogo de esta novela de conversación, el medio de dar más ligereza y hacer más ágiles y sutiles, más sobrentendidas á medias palabras, sus sátiras mundanas. Y en una esfera superior en pensamiento y en altura literaria, los *dramas filosóficos* de Renan, más que tales dramas, son novelas intensas, dialogadas, al modo que Galdós las entiende.

Pero no se crea que por ser estas obras mixtas de novela y teatro, un género capaz de alcanzar un grado considerable de perfección, un género que tiene muchos antecedentes y es cultivado frecuentemente en la actualidad, ha de seguirse de ahí que sea una especie literaria dominadora y belicosa que amenaza tragarse al teatro ó á la novela propiamente dichos. Convivirá con ellos, influirá más ó menos en uno y otra, ó será ejemplo de su mutua influencia; pero hasta ahora no hay señales de que la novela del porvenir sea forzosamente esta novela dialogada ni de que el teatro futuro se detenga y explaye en análisis prolijos al modo novelesco. Creo más: y es que este

género de novelas dialogadas al estilo de *Casandra* se cultivará siempre mucho menos que la novela usual y corriente. Ofrece mayor dificultad. Es un género en que fatalmente fracasan las medianías y en que no siempre aciertan los maestros.

¿Llena *Casandra* las exigencias del género? A mi modo de ver, sí. Claro está que esta cuestión no tiene nada que ver con el mayor ó menor interés de la obra. Es una cuestión formal, que consiste en si el ejemplar *Casandra* presenta los caracteres del género novela intensa, ó dramática ó como queramos llamarla, de suerte que alcance toda la expresión apetecida. Una novela dialogada es una novela en que toda la parte de descripción de personas, lugares y escenas que hay en las novelas narrativas ó descriptivas tiene que incorporarse al diálogo con peligro de recargarle con un lastre que puede ser hartamente pesado, ó bien que suplirse con breves acotaciones como las que se ponen en las obras escénicas. Este sistema es el que ha seguido con preferencia Galdós, aunque á uno y otro hay que apelar en obras de esa clase. Hay que reconocer que las breves acotaciones de *Casandra* retratan de mano maestra á algunos personajes, como Rosaura, doña Juana, Insúa, don Alfonso de la Cerda, y trazan con cuatro pinceladas una descripción acabada y expresiva de algunas escenas, como la de los funerales, la merienda de las niñas de San Hilario, etc. La maestría del novelista, que es á la vez autor dramático, se revela en el efecto artístico, certero y hondo, conseguido así con una gran sobriedad de medios.

*
* *

El asunto.—Expuesto en dos palabras, es el abuso de legados y donaciones pías. Gran número de personajes de la novela de Galdós, y la novela misma, expresan el sentir, muy explicable, de los herederos naturales ó pretensos de una persona que se encuentran con el desagradable chasco de que los bie-

nes van á parar á la Iglesia. Estas cuestiones crematísticas han agitado mucho á los hombres, no ya sólo en sociedades incrédulas ó de sentimientos religiosos decadentes, como las actuales, sino en sociedades profundamente creyentes, católicas á machamartillo. Las quejas contra la mano muerta que llenan los archivos de nuestras antiguas Cortes no obedecían á un movimiento anticlerical, sino defensivo de las haciendas particulares, y la ley de la Novísima, ampliada por un decreto de tiempo de Fernando VII, que anuló los legados al confesor que asistiera en la última enfermedad al testador, no era tampoco una medida anticlerical en el sentido que hoy se da á la palabra. Así, pues, el asunto que trata Galdós no es en realidad cosa nueva, ni la censura de ese género de liberalidades entre vivos ó por testamento puede decirse que sea revolucionaria de suyo. *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch* son en el fondo sátiras sociales más duras que *Cassandra*.

En esta novela vemos á una señora millonaria, Doña Juana Samaniego, marquesa de Tobalina, viuda de un comprador de bienes nacionales y contratista con el Estado, que reunió grueso caudal en dichos negocios. Eso del comprador de bienes nacionales es ya tópico en obras tales. Parece que los liberales que las escriben están contagiados del horror que inspiraba la adquisición de tales predios á los católicos netos, y que no creen que hayan podido adquirirse para bien, ni pueden tener otro destino que el fatal que representa á los ojos de un librepensador ir á engrosar las riquezas de la Iglesia. Diríase que el fanatismo no puede hacer presa en los caudales heredados de la antigua aristocracia, ó ganados en lícitas y honradas industrias, y que sólo los desdichados bienes nacionales ó las ilícitas granjerías son lo que han de ir á parar forzosamente á las arcas eclesiásticas, como si una irresistible fuerza de atracción empujara á los unos á volver al punto de su origen, y á los otros á ser objeto de una especie de restitución piadosa ó sacrificio expiatorio. De todo lo cual se desprende que en el fondo de estas disquisiciones anticlericales

suele hallarse agazapada una tesis ética, que no discrepa mucho de la que profesan los clericales.

Dejando estas filosofías, digamos que en torno á Doña Juana, señora excesivamente devota, y dominada por eclesiásticos y seglares que tienen sus miras puestas en el cuantioso caudal de esta dama, se agita una legión de parientes más ó menos famélicos, pero todos necesitados y ansiosos, á quienes Doña Juana socorre, aunque no en la medida que ellos desearan, sino con parsimonia y tacañería, que no les saca de apuros. Todos ellos, ó los más, esperan, como agua de Mayo, la muerte de la opulenta anciana y los pingües legados que se prometen: el uno, para explotar mejor las tierras de su patrimonio rural y acrecerlas; el otro, para desarrollar sus inventos mecánicos; quién para vivir con holgura, y no falta alguno que para dedicarse al ejercicio de la usura; pues habiendo sido víctima de ella, le parece semejante explotación del prójimo un desquite legítimo, y un sosegado y productivo empleo de la riqueza. Entre estos parientes y herederos presuntos, figura Rogelio, hijo natural del esposo de Doña Juana, el cual vive amancebado con Casandra, hermosa mujer, de quien tiene dos hijos. Este Rogelio, personaje insignificante en la novela, es un anormal, semiloco, que se ha dado al estudio de la demonología: una demonología que cabe perfectamente dentro de los límites del Diccionario infernal de Collín de Plancy ó de cualquier otro libro de vulgarización semejante, y que no tiene otra trascendencia que la de ofrecer coyuntura para poner nombres de demonios á los personajes que son antipáticos al dicho Rogelio, y que, como se figurará el lector, son la propia Doña Juana y los píos y reverendos varones que tienen más mano en la dirección de su casa y conciencia.

Los presuntos herederos de Doña Juana están á punto de padecer un horrible desengaño. La buena señora proyecta disponer, en vida, de sus bienes para obras pías. ¡Calcúlese la desesperación de los parientes cuando se enteran del caso! Una dama aristocrática, que extremaba la devoción para agra-

dar á la beata, casi blasfema; el inventor habla de *echarse á la calle*, de hacer una revolución. Impensadamente les saca de aquel gravísimo peligro Casandra, á quien Doña Juana, deseosa de moralizar á su modo á Rogelio, ha tratado de separar de su amante é hijos, y que en un momento de arrebatado da muerte á la de Tobalina. Gracias á este homicidio, que debe de parecerles providencial, los herederos ó legatarios, por virtud de un antiguo testamento, entran en posesión de las ansiadas riquezas, aunque los consejeros de la difunta Doña Juana se las arreglan de modo que consiguen dar un regular pellizco á cada manda. En el fondo de su alma todos estos herederos se alegran mucho de lo ocurrido, y están sumamente agradecidos á Casandra; pero los menos sinceros, por el bien parecer, sentirían que fuese absuelta por los tribunales.

Hay, sin embargo, grandes esperanzas de que el Jurado la absuelva, gracias á un elocuente abogado que se encarga de su defensa, y entretanto se casa en la cárcel con Rogelio, como en las viejas y honradas comedias en que era de rigor que el conflicto terminase en boda.

El tono de la novela.—La acción.—Las psicosis en la obra de Galdós.

No es dudoso que, con estos elementos, un maestro en el género novelesco, como Galdós, ha podido hacer una novela intensa, que no lo fuera sólo en el sentido de novela concentrada en diálogos, sino en el de ser una obra de hondo y palpitante interés humano, reproducción artística de la vida real. Pero el defecto de *Casandra* consiste, á mi ver, en que el asunto está tratado con demasiada pasión, fuera del ambiente de serenidad del observador estético de la vida, y esto hace que se aparte Galdós con frecuencia de la hermosa y robusta naturalidad que es gala de sus mejores obras, de la mezcla de sencillez é ironía bonachona que distingue á muchas de ellas, y se entregue á un estado de exaltación, con ciertos visos de

mística, que hace hablar á los personajes en tono altisonante y que da á muchos trozos de la novela el aire de un sermón laico.

Esto es lo que echa á perder á *Casandra*, y hace que tenga partes que son sin duda una fuerte sátira social y religiosa no desprovista de fundamento, pero en que el interés novelesco desmaya y pierde el irreemplazable atractivo de la evocación viviente de la realidad.

El tono general de la novela es violento y exaltado, sobran disertaciones filosóficas, están rayanos al delirio y aun traspasan la frontera algunos personajes. Para marcar este carácter exaltado, semimístico, contaminado de cierto iluminismo, de la novela, no bastaba la muerte violenta de Doña Juana á manos de Casandra (suceso que yo creo que en la antigua manera de Galdós hubiera sido sustituido por otro desenlace incruento). El novelista necesita algo más, y hace revivir á Doña Juana en la figura de una vieja mendiga, ó al menos hace que se la representen así, rediviva, los obsesionados herederos, singular episodio que parece inspirado en la doctrina búdica y teosófica del Karma.

No toda la novela, aunque sí una gran parte de ella, adolece de este defecto. Hay escenas de una naturalidad encantadora, como la primera y segunda de la jornada tercera entre Ismael y sus hijos, y alguna otra tierna y grave, como la de la jornada quinta entre Rosaura y Casandra, en la cárcel de mujeres. Las figuras infantiles están trazadas con gracia y frescura deliciosa. Rosaura es un excelente tipo de mujer amante, casera y hacendosa; un ejemplar de las mejores virtudes de la mujer española. Algunos otros personajes están dibujados con feliz ingenio satírico. En general, puede decirse que cuando el novelista sacude la exaltación que da á la novela el tono artificioso y altisonante de que antes se habla, vuelve á recobrar sus sobresalientes cualidades y es el Galdós de antes, el verdadero Galdós.

¿Cuál es la causa de esta desviación de *Casandra* del tipo

equilibrado y normal de las novelas de Galdós? Reconozco que estas etiologías literarias son complicadas y difíciles. Con todo, me aventuro á señalar dos hechos como base para la explicación. Uno de ellos está en el peso de una misión. Las misiones ajenas al arte suelen hacer estragos en las obras artísticas. La interpretación que se dió á *Electra* ha ejercido, á mi parecer, una influencia desfavorable sobre las obras posteriores de Galdós, ó al menos sobre algunas de ellas. Se ha colocado el autor en una posición distinta de la de testigo de la realidad, que es la propia del novelista; en la posición de un adalid ó caudillo de la reforma social de España, mirada desde cierto punto de vista. Se le ha dado una misión social, en suma, y esta misión es un cuerpo extraño, un elemento allegadizo que perturba la serenidad estética de sus obras y les da el carácter de un vago apostolado que produce esa desviación de la naturalidad, tan visible en *Cassandra*.

El otro hecho es menos aparente. Está por hacer y merecería hacerse, aunque sólo podría llevarlo á cabo un antropólogo y un psiquiatra que fuese á la vez un literato (entre nosotros Salillas, por ejemplo), el estudio de las psicosis en la vasta y monumental obra novelesca de Galdós. Cualquiera que haya leído con atención sus obras, observará que abundan en ellas extraordinariamente los anormales, los matoides, los semilocos y locos por entero; que hay una manifiesta propensión á la psicología mórbida, á las alucinaciones, á los estados patológicos del espíritu. Este elemento, que es accidental en las primeras obras, va acentuándose y ha llegado á adquirir gran importancia en varias de las últimas. En *Amor y Ciencia* y en *Cassandra* es importantísimo. En esta última obra varios de los personajes son positivamente semialienados, y proceden y discurren como tales. Este creciente desarrollo de las psicosis no podía menos de perjudicar á la naturalidad de la obra, porque aunque los estados anormales del espíritu son en sí cosa completamente real, fenómenos naturales, en sus manifestaciones suponen un desvío de la realidad, de la mentalidad or-

dinaria, del pensar y el hacer normal, y parece como que la novela misma se contagia algo de la índole de estos personajes.

Con este desarrollo de las psicosis se relaciona la singular reencarnación de Doña Juana en la figura de la mendiga, que es, á mi parecer, una extraña aplicación de la doctrina del Karma; extraña, digo, por lo poco frecuente que es en nuestra novela utilizar elementos tales. La doctrina del Karma es, sin duda, uno de los más ingeniosos y profundos esfuerzos del espíritu humano para explicar el origen de las desigualdades y de los males de todas clase que afligen sin culpa suya á los hombres. Es, como si dijéramos, el nervio moral ó uno de los nervios morales de la creencia en la reencarnación. Según ella, los deseos y los actos del hombre en la vida están tejiendo el destino que ha de caberle en las existencias futuras. Con su conducta, el hombre va engendrando su destino para lo porvenir, fabrica sus vidas futuras. Por eso el verdadero triunfo del espíritu es dejar de engendrar Karma, no dar materia para reencarnaciones futuras, salir del torbellino de las apariencias definitivamente, para sumirse en el nirvana, en la plenitud de lo absoluto. Algo debe de haber pensado en la doctrina del Karma el Sr. Galdós, cuando uno de los personajes dice, hablando de la singular reaparición de Doña Juana: «es un dogma búdico». Puede discutirse la propiedad de esta denominación, pero ella descubre claramente la fuente de este original y raro episodio. Hay que reconocer que la aplicación de la doctrina del Karma está hecha con acierto y fina intención satírica y produce la impresión que sin duda ha buscado el novelista. Ello demuestra el partido que se puede sacar en la novela de toda suerte de ideas, aun de las más apartadas de nuestro ambiente intelectual; pero es á condición de que se conserven la naturalidad y la verosimilitud, que aquí resulta salvada porque los herederos de Doña Juana que tan ansiosamente esperaban su muerte, pueden tener, y es natural que tengan, un extraordinario miedo de que resucite, de que por cualquier medio estu-

pendo y fuera del curso normal de los sucesos humanos se les vaya la herencia de entre los dedos, y esto basta para explicar una alucinación. ¿Resucita, en efecto, Doña Juana? ¿Están alucinados los que creen verla reencarnada en la mendiga? El lector puede elegir la solución que más conforme esté con su temperamento espiritual, pero basta la alternativa para sacar á salvo la verosimilitud novelesca.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: Tres hombres condenados á la rueda.—COSTUMBRES: La corrupción en los Estados Unidos. — Nobleza humana. = FEMINISMO: El martirio por la belleza.—FILOLOGÍA: El origen del lenguaje según la Biblia, la Filosofía y la Ciencia.—PSICOFÍSICA: La voluntad como medio de prolongar la vida.—LITERATURA: La sátira política en Roma en el siglo XIX. = IMPRESIONES Y NOTAS: La novela erótica en Inglaterra.—La enfermedad del sueño.

HISTORIA

TRES HOMBRES CONDENADOS Á LA RUEDA. — La historia que narra en la *Grande Revue* Stefane-Pol evoca un tiempo en que los errores judiciales eran frecuentes, y hace pensar, como dice con mucha razón el articulista, en la clásica aventura del ciudadano griego que, al ver ardiendo una casa, de noche, empezó á gritar, despertó al jefe de la policía y logró salvar del fuego á varias personas, consiguiendo que se apagara el incendio; al día siguiente, el Tribunal reunido condenó á aquel ciudadano á una grave pena, «por haber comprometido á los magistrados, hecho ruido en la calle y alarmado á toda la ciudad».

Víctimas de una monstruosa calumnia, cuatro artesanos habían sido acusados de robos nocturnos y condenados en Chaumont, el 11 de Agosto de 1785, á galeras perpetuas; uno de ellos había muerto de disgusto durante el proceso, y los otros tres, al revisarse la sentencia, fueron condenados por el Parlamento de París al suplicio de la rueda. Este suplicio consistía en colocar al condenado con las piernas separadas y los

brazos extendidos sobre unas vigas dispuestas en forma de cruz de San Andrés y recortadas debajo de cada articulación, de modo que ésta quedara en hueco; de esta manera, sujeto el reo á la cruz, el verdugo rompía con una barra de hierro, hasta desarticularlos, los brazos, las piernas y el pecho; entonces se le desprendía de la cruz y se le colocaba sobre una rueda, para recreo del público; la muerte tardaba á veces en venir, y los aficionados se deleitaban con el espectáculo.

Como los condenados eran inocentes, pues el crimen había sido cometido por otros, no les faltaron protectores, que obtuvieron del rey la suspensión del suplicio. Pero para salvarles la vida se necesitaba ser más fuerte que el Parlamento que los había condenado, y que hacía cuestión de amor propio que su sentencia se cumpliera. Un hombre tuvo valor de intentar aquella heroicidad: el ilustre é impetuoso abogado Mercier du Paty redactó y publicó, en 1786, una Memoria de 249 páginas, justificativa de la inocencia de los tres acusados; el escrito no estaba firmado, pero contenía una consulta de otro abogado valeroso, Legrand de Laleu, y desencadenó las iras populares contra el Parlamento, que se sintió humillado. Aquel error judicial hizo recordar otros muchos, y se juntó con el descubrimiento de otros nuevos que acababan de cometerse en Ruan, Lyon y Laon, y con la condena de unas muchachas á ser quemadas vivas por crímenes imaginarios, en Caen y en Tolosa.

La exasperación de la opinión llegaba á su colmo, y el Parlamento de París, para imponer silencio á los demasiado celosos defensores de los inocentes, ordenó, el 11 de Agosto de 1786, que la Memoria de Paty y la consulta de Legrand de Laleu fuesen laceradas y quemadas en el patio del Palacio por el verdugo, como «injuriosas á los magistrados, atentatorias á la autoridad y á la majestad reales, y susceptibles de sublevar al pueblo contra las ordenanzas del reino». El cuerpo de los abogados de París se hizo solidario de esta infamia, haciendo comparecer ante él á Laleu, que les apostrofó brillantemente.

«¿Estoy—decía—con mis compañeros, ó ante mis jueces? Esa fuerza, esa energía, esa independencia, ese celo por la salud pública, esa abnegación en la desgracia, que deben caracterizar al abogado, al defensor de los Calas que estuvo sentado entre vosotros, ¿se los habría llevado consigo á la tumba?»

La corporación de los abogados, que veinticinco años antes había borrado de las listas á uno de sus miembros, convicto del enorme delito de haber afirmado que los cómicos eran hombres, se había apresurado á condenar á Laleu sin oírle; pero después de su comparecencia, y ante su energía, juzgó prudente esperar el fallo del Consejo real, que acabó por admitir el recurso de los tres condenados, cuya inocencia era palmaria. Hasta entonces tuvo Laleu que sufrir la humillación de que ninguno de sus compañeros le saludara ni pudiera cruzar su palabra con la suya. Así se administraba justicia en vísperas de la Revolución, y tal era el estado de alma de aquella magistratura y de aquellas corporaciones de abogados. Y ¡gracias que, en este asunto por lo menos, hubo un Consejo de Estado y un Rey que supieron cumplir sus deberes anulando el fallo de un Tribunal injusto, sin dar oídos á los requerimientos de la pasión y del orgullo de clase!

COSTUMBRES

LA CORRUPCIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS.—Tras un trozo de historia moderna (1786 es de ayer), otro trozo de historia contemporánea, de otro género sin duda, pero no menos demostrativo de que el hombre, en todos tiempos y lugares, no ha sido nunca un ángel, y está todavía muy distante del ideal filosófico de la especie.

Según el *Morning Post*, la corrupción en los Estados Unidos sigue su marcha triunfante, amenazando invadirlo todo en su oleada de lodo y de cieno. Hace algunas semanas se descubrió que un funcionario del Ministerio de Agricultura, encar-

gado de recoger los datos sobre la evaluación de la cosecha de algodón, vendía sus informes á los corredores de Bolsa, habiendo sido cogido en flagrante delito con otros dos cómplices. Pero esto es una bagatela.

En estos últimos meses la atención de América ha estado fija en la revelación de las grandes irregularidades descubiertas en la Dirección de una de las más acreditadas Compañías de Seguros de los Estados Unidos. Durante los dos años últimos se han puesto en claro los fraudes gigantescos de tres grandes Compañías por acciones, cada uno de los cuales merece figurar al lado de los más escandalosos que hayamos conocido en Europa.

Desde 1903 tres senadores de los Estados Unidos han comparecido ante los Tribunales de Justicia, y dos de ellos han sido condenados. Hace menos de tres años que la Administración Nacional de Correos apareció como un nido colosal de pillería y corrupción. Filadelfia en este momento ha podido librarse en parte del poder de una pandilla de bandidos, gracias á las medidas más heroicas. El gobernador actual del Misuri no debe su posición sino al valor con que ha revelado, como *attorney* del distrito, el estado de podredumbre del Gobierno de San Luis. Hace algunos meses, el *attorney* del distrito de Nueva York declaraba que la policía de la ciudad es deplorable, que está minada por la corrupción y el *chantage* y en acuerdo formal con los ladrones y los asesinos.

Es imposible hojear un diario americano, de cualquier Estado yanqui que sea, sin encontrarlo lleno de detalles de algún escándalo local. En Arkansas, por ejemplo, han comparecido recientemente ante los Tribunales, por corrupción, cuatro senadores y dos diputados; el Senado de California ha expulsado á cuatro de sus miembros por la misma razón; el de Kansas dedica 15.000 duros á comprobar los informes bien fundados que ha recibido sobre bribonadas de sus funcionarios; el de Luisiana trabaja por purgar á la policía de Nueva Orleans del *chantage* y de la protección al crimen; y así podría seguir-

se recorriendo, Estado por Estado, casi todos los que componen Yankilandia, sin cesar de tropezar con infamias, torpezas y venalidades de todo género.

Es una lista espantosa, y tanto más, cuanto que todos esos escándalos afectan al personal político ó á la Administración oficial. No existe, que sepamos, causa general para explicar esta corrupción. ¿Había de ser el amor al dinero más vivo en América que en otra parte, y se perdonarían allí con más facilidad los métodos poco escrupulosos de proporcionárselo?

Si no hay causa general, hay muchas causas parciales, y una de ellas consiste precisamente en el sistema político del país, que no sólo permite á la minoría actuar sobre la mayoría, sino que exige que todos los funcionarios locales, de Estado y federales, sean reemplazados cada vez que hay cambio de Gobierno. Este régimen de constante movilidad del personal expone á los funcionarios á una tentación terrible: sus sueldos son mezquinos é insuficientes, su posición es insegura é inestable; tienen muy poco prestigio público ó ninguno, no dándoles sus cargos ninguna posición social, y están expuestos á una presión del exterior como no existe sobre ningún funcionario ni político de los demás países. De ahí que muchos sucumban; y lo asombroso es que en tales condiciones exista nadie que pueda resistir.

Importa, sin embargo, en estas materias—y esto ya no lo dice el *Morning Post*—no dejarse llevar de las apariencias. La Administración yanki está corrompida: perfectamente. Pero ¿es que esa corrupción resulta del hecho de que haya tantos ó cuántos senadores, diputados ó funcionarios á quienes se haya llevado ante los Tribunales? No; porque el hecho de llevarlos y el de que esos Tribunales los condenen, si prueba que hay corrupción, prueba también que hay medios y voluntad de contenerla. Peor, mucho peor es el caso de otros países en los que no se dé ningún escándalo judicial, pero en los que mansamente, veladamente, pacienzudamente, la corrupción se mantenga y se difunda. A nosotros nos parece Francia más

corrompida mientras la mancha del Panamá se extendía sin llamar la atención de nadie, que cuando después estalló el escándalo y produjo sus naturales efectos: la alarma general, la protesta de todos y el castigo de los culpables.

*
* *

NOBLEZA HUMANA.—Así se titula un curioso artículo firmado por Marcelo Boulenger en la *Revue Bleue*. Aunque se refiere principalmente á la nobleza francesa, como todo lo que dice es aplicable á la nobleza española, creemos que ha de interesar á nuestros lectores.

Un gentilhombre había fracasado en Chicago; no por feo ni por torpe, sino porque habían sido ya muchos señores semejantes los que habían encontrado allí su media naranja, y comenzaban ya las jóvenes casaderas á cansarse de condes y marqueses. ¿Qué hacer? Un anuncio apareció en los periódicos de Chicago. «El señor conde de Tal, en el último baile del millonario Cuál, perdió una antigua sortija de oro con las armas de su casa (aquí la descripción de las armas); el señor conde adora este anillo histórico, dado graciosamente á uno de sus antepasados por la reina Isabel; el señor conde ofrece mil francos de recompensa á quien le restituya este anillo de familia.» Claro es que el tal anillo era una filfa; pero el anuncio produjo su efecto, y las peticiones de matrimonio no tardaron en llegar al hotel, pudiendo el conde elegir á su gusto.

Otro gentilhombre de antigua nobleza se ve acribillado de deudas; pero por el mundo pasea su fealdad una muchacha horrible, hija de un rey del azúcar ó de un gran banquero judío; el gentilhombre cierra los ojos y apechuga con el esperpento, asegurándose así casa, comida, calefacción y carruajes. Por otra parte está el Sr. Fulano, desdichado por no tener otro nombre, y que sería feliz si le llamaran el conde Fulano. El caso no es desesperado: siempre hay en el universo cristiano algún convento ruinoso, alguna Orden religiosa apurada, al-

gún nuncio mal alojado; D. Fulano afloja su bolsa, da algunos pasos en Roma, consiente en pagar crecidos derechos de Cancillería, y cátaelo duque ó conde pontificio y convertido en el conde Fulano ó el príncipe Fulano. Y si le repugna andar en tales tratos y contratos, no le faltará en su ascendencia paterna ó materna algún apellido de partícula que poder resucitar, ó en último resultado plantarse de apellido el lugar en que nació ó la quinta en que vive. Así se multiplican los apellidos nobiliarios, y haciéndose sospechosos se desacreditan, hasta que pronto ó tarde los suprime la ley, obedeciendo á las tendencias igualitarias de la sociedad moderna.

Entretanto hay que vivir de lo que se pueda, y el que no sabe ganarse la vida con una profesión, tiene que buscárselas casándose con una buena dote. Pero ¿qué ofrecer en cambio? ¿Una buena figura? Siempre es algo, y á veces es bastante; pero hay una mercancía mejor: un título. Un condado, un marquesado, un ducado es un capital; sus poseedores no pueden comprar con él fincas ni acciones productivas, pero compran una mujer que las tenga, y es lo mismo en definitiva. Así se hacen felices dos familias: la familia burguesa rica se ennoblece, y el noble arruinado redora sus blasones. Sólo los socialistas pueden desear con lógica la desaparición de la nobleza; los que admiten la legitimidad del capital y de la herencia deben desear que siga el actual estado de cosas.

La nobleza, desgraciadamente, es impopular, no sólo entre la plebe, lo que tiene su explicación, sino entre los escogidos y los cultos. La aristocracia intelectual echa en cara á la de nacimiento varios vicios y flaquezas y, sobre todo, la pereza y la tontería. Es verdad que la pereza del mundo bien nacido es incalificable; pero no le va en zaga la del pequeño rentista ó del empleado. Queda la tontería; y hay que confesar que la del gran mundo es exquisita é inigualable. Penetrad en una reunión distinguida á la hora de los sandwiches ó del té, y una inefable necedad flota en la atmósfera y se huele desde el recibimiento; el menor «sí, sí, querido», el más indiferente

«¿cómo va la señora de Tal?», el más modesto de los monosílabos, suena con una entonación adorablemente estúpida. Sí, la buena sociedad es de una rustiquez intelectual que casi da miedo; y con la vanidad por añadidura, es terrible. Pero allí no está sólo la gente de título: entra la alta burguesía, los millonarios, la alta banca, la alta industria; y eso atenúa sensiblemente la censura de los aristócratas de sangre.

¿De dónde viene, pues, que se juzgue tan mal á esa vieja aristocracia, y que se la quiera expoliar y suprimir? Hay tres aristocracias: la primera es la verdadera, la que tiene sus títulos en regla, vengan de las Cruzadas, del Imperio ó de la Restauración; ésa es legal, y la República la reconoce. Luego viene la nobleza pontificia, cuyos títulos no tienen ningún carácter legal, pero que pueden, sin embargo, citarse, fijando su procedencia, y diciendo, por ejemplo: «El Sr. Tal, conde pontificio ó marqués romano», como puede decir «físico, espiritista ó torero». En último término está la nobleza de generación espontánea, puramente ficticia, aunque innumerable. De estas tres noblezas, la primera evoca las glorias del pasado, y al suprimirla se empañaría la imagen de la nación; la segunda evoca ideas de tráfico y de corretaje y la poesía de los suizos del Vaticano, y no hace daño á nadie; y la tercera se compone de una canalla útil, actores excelentes en su papel de insolencia y de vanidad. ¿Vale la pena de barrer todo eso?

FEMINISMO

EL MARTIRIO POR LA BELLEZA.—Una verdadera joven lleva su belleza—dice Jorge Leconte en la *Revue Bleue*—como la flor que se abre en la alegría de una mañana de primavera; no ignora su belleza, pero no piensa en afilar ese arma de conquista. Más tarde, hecha mujer, es bella también con todo el esplendor que resulta del amor feliz; y transfigurada por las misteriosas felicidades que lleva en sí, no pide al pleno floreci-

miento de su belleza sino el ser largo tiempo el reflejo magnífico de sus profundas alegrías. Y por último, cuando las fatigas de la vida han empaldecido los encantos de la juventud y de la madurez radiante, la verdadera mujer se reviste de una sonriente y tranquila majestad, en armonía con la nueva etapa de su vida. Y como esta mujer, tan digna siempre en sus distintos papeles, no se cuidó jamás de hacer de su hermosura un medio de bullicio y de botín, no tuvo que recurrir á supercherías lamentables, y cuando más se ingenió en mantener su belleza con la mayor gracia posible en su natural brillo, y lo consiguió no entregándose á vanos trabajos de restauración, sino cuidando de su belleza moral; porque para conservar la carne firme, la mirada clara y la tez fresca, la única estratagemma—que no se encuentra en las perfumerías ni se compra con dinero—es mantener intacta la juventud del corazón y la tranquilidad de la conciencia.

Pensad, en cambio, en la educación de las jóvenes nacidas en el artificio; la comiquería instintiva, desarrollada con el ejemplo y los aplausos de la familia; la ciencia precoz de la vida mundana, con las astucias é hipocresías puestas en juego para aprovechar bien todas las relaciones; el temprano despertar de las perversidades, que empañan la frescura del sentimiento, y de las coqueterías, que corrompen la gracia. Casi desde que viste de corto sabe todo eso, y á partir de aquel momento, hasta la extrema decrepitud, vive la misma vida de fiestas, intrigas, coqueterías y aventuras. Y como para reinar en los salones, para mantener su prestigio y sus provechos es preciso que permanezca invariablemente joven y deseable, fuerza es á esta virgen irrisoria, á esa mujer de corazón desflorado, á esa vieja verde, endosar los colores y la plástica de su papel.

La demasiado discreta inocencia no tendría atractivo suficiente para el papel de conquista que se le asigna; son precisos la pimienta y la violencia del artificio, la crema y los polvos en la tez, el toque sangriento en los labios, el paseo del lá-

piz en las cejas; luego, cuando el matrimonio haya venido á librar á nuestra joven de ciertas trabas de actitudes y palabras, es indispensable que la belleza se acentúe para asegurar el triunfo de la nueva casa, acreditar la importancia de su salón y afirmar el poder del hombre con quien se ve enlazada; para esto hay que prodigar su sonrisa, su hermosura, su gracia, aumentando todas las seducciones; la poca frescura que quedaba no tarda en marchitarse, y hay que suplirla con brochazos más vivos de bermellón ó lapicerazos más atrevidos de negro.

¿Qué ha de suceder con ese sistema de vida? La máscara de gracia, ó de alegre picardía, ó de elegante lascivia que cada una ha tomado, según sus circunstancias, y que se viene endosando desde hace años, acaba por incrustarse en el rostro, en los pliegues de los párpados, en las comisuras de los labios; la mueca que ha parecido graciosa, la sonrisa picaresca que ha tenido siempre éxito, se han prodigado tanto, que ahora nervios y músculos, ejercitados en este juego, lo recomienzan sin cesar y la carne lleva su marca, impresa para siempre; aquel risueño pliegue de la boca que se prolongaba como un trémolo de dicha sobre la curva deliciosa de la mejilla, se ha convertido, al cabo de veinte años de repetición, en un seco barranco que, entre dos promontorios granujientos, va á juntarse con las dos salientes de la barbilla; y la menor sonrisa, antes tan seductora, pone en relieve esta aflictiva topografía. ¡Qué gimnasia tiene que imponer á su cuerpo esa mujer para poder seguir desempeñando su papel!

Ahí tenemos á la señora Focinard, que se pavanea en sociedad desde los diez y seis años. A los tres comenzó á ostentar sus gracias en bailes de niños; luego, en visita ó participando de los ritos del té, se ejercitaba en la mueca mundana, en la mímica del papel que la tocaba representar; perpetuas fiestas, antes de su entrada en el mundo, la adiestraron en el manejo de las paradas, y cuando á los diez y seis años fué lanzada en sociedad era ya una maestra. Entonces empezó la gran vida:

barnizados, visitas, tés, conciertos, conferencias y bailes; luego el matrimonio, y desde aquel instante, libre de toda traba, el vértigo; ni un minuto de descanso; de la mañana á la noche en la brecha. Es un milagro que los nervios resistan aquel baile de San Vito.

Aquella figuranta se extenua y se marchita; desde su misma primavera ayudó á la naturaleza con sus cajas de lápices y de polvos y sus tarros de crema; pero aquello era un juego; después había que reparar los estragos de la fatiga, y aquello era ya otra cosa. ¡Oh terror de las digestiones penosas bajo la armadura del corsé, con la rígida actitud de parada en la atmósfera asfixiante de los salones! Pero ¿qué hacer? Hay que dejarse ver, deslumbrar al mundo con su lujo, con su felicidad, con su éxito; si no, pronto es una olvidada. ¿Y cómo retirarse? ¡Precisamente cuando se va á llegar á la cima! ¡En el momento en que el esposo alcanza las más altas posiciones y se tiene entre manos la pesca decisiva de una dote deslumbradora para el hijo ó de un partido brillantísimo para las hijas! Sin contar con las delicias de aquella vida fastuosa... ¡Imposible! Sería condenarse á morir de esplín y de tristeza después de haberse acostumbrado al vértigo de la vida del gran mundo.

Entonces es cuando la lucha por la belleza, graciosa en la primera juventud, pintoresca en los comienzos de la madurez, conmovedora y melancólica más tarde, se convierte poco á poco en drama punzante, acabando en bufonería siniestra y ridícula. Pensad en el mareo de la regordeta gatita golosa que quisiera relamerse con golosinas, y que se ve obligada para no engordar á refrenar su deseo. Pensad en la delgada, que, para no acabar de convertirse en un paquete de huesos descarnados y nervios convulsos, obliga á su estómago al suplicio de las harinas y de las féculas. La carne protesta contra los estrujones del corsé, que estrangula las vísceras; pero ¿qué importa? Hay que comprimirla, apretujar bajo las ballenas esas entrañas que se lamentan, y disimular con una sonrisa la

mueca del dolor que se siente para ofrecer al mundo que contempla una silueta de hermosura y de gracia.

¿Estáis cansada, soñolienta, y quisierais acostaros pronto? ¡Qué locura! Es precisamente la hora en que, bajo los reflejos de las luces, goza la mujer moderna de toda su seducción. Por apatía ó por entorpecimiento ó cansancio querriais pasar una mañana en la cama. ¡Imposible! Pensad que almorzáis fuera de casa, y que antes de eso, hacia las once y media, hay que dejarse ver en el Bosque de Bolonia, y que tenéis, además, que probaros un vestido, sin contar con los mil cuidados ordinarios de la casa, las tarjetas que poner, los billetitos que escribir ó que contestar, las llamadas por teléfono que atender ó que hacer para mantener vuestras relaciones, y, sobre todo, las dos horas que necesitáis para el terrible combate que diariamente libráis en vuestro tocador para defender vuestra belleza. Porque antes, en la juventud, aquello no era más que un vistazo al espejo y cuatro pases ligerísimos: una torsión del sedoso moño, una caricia del peine á los ricitos, una cinta por aquí, un lazo por allá, una nube de polvo y la firma roja en los labios para llevar la marca de la época. Pero ¡ahora! Tinturas, masajes, elixires, pomadas, todo se necesita. Y lo peor es que la carne se venga de tales ultrajes, y se presenta seca, rugosa, granujienta y llena de manchas. Es aquello un duelo enternecedor, en el que hay que apresurarse á reír para no echarse á llorar.

Así la señora de Viravolta, cuya piel, tersa por diestros amasamientos y vivificada por misteriosos elixires, conservó hasta la muerte, ya que no el brillo, cierto recuerdo de juventud, nos ha asombrado con la defensa de su hermosura. Pero su doncella, que se ha enriquecido en su servicio, y que se venga de medio siglo de campanillazos divulgando los secretos de su señora, nos ha contado á qué costa prolongó su reinado esta víctima del placer y de la elegancia.

Tres veces por semana la señora de Viravolta corría misteriosamente á un salón de perfumería que, con el nombre de

«Templo de Belleza», se abría en la calle de Taitbout. Allí tenía que codearse con todas las miserables víctimas del amor venal, con las cómicas y con las mujeres que iban en busca de una sombra de juventud para seguir gozando ó viviendo. Llegada su vez, la señora de Viravolta se ofrecía llena de esperanza á todas las manipulaciones: sobre las hinchazones de su rostro paseaban botones eléctricos que, haciendo vibrar nervios y músculos, provocaban desopilantes muecas; luego, como sobre un camino destrozado, un rollo apretado con fuerza obligaba á meter en las arrugas los montículos de carne de los lados, y para consolidar estos trabajos de terraplén, la embadurnaban las mejillas con un emplasto de ocre que la ponía como una patagona; para disolver luego aquella costra y ro-sear la piel, llovían sobre la pobre señora arroyos de diabólicas mixturas, casi como las que sirven á los encuadernadores para colorear los cueros de las tapas; otro betún, de color de caca de oca, tenía por objeto atenuar la quemadura de aquel elixir; luego otra agua, parecida á gelatina de grosellas, barría á su vez aquella pomada verduzca; luego, so color de afirmar las carnes y borrar las arrugas, el alquimista bañaba el rostro de la paciente con diversas lociones, á cual más costosas, una dorada que olía á limón, otras rosadas con perfume de madreselva. Y al cabo de dos horas de tratamiento y después de haber pasado por todos los colores (amarillo rojizo, azul, caca de oca, grosella, verde botella, amarillo limón y rosa), la señora Viravolta se encontraba encantada de verse con su propia piel y su verdadero color.

¡Y pensar que en todo ese gran mundo hay cientos y miles de mujeres que se someten á la repetición diaria de ese espantoso tormento! Cuando se las ve pasar deslumbradoras, radiantes bajo las luces y desbordando vida, juventud y alegría en la eléctrica atmósfera de placer de los salones, ¿quién puede pensar en que aquella espumosa cabellera dorada debe sus efluvios de sol á las drogas, y que el brillo nacarado de aquel escote es resultado de un sabio trabajo químico, y que

aquella nariz y aquella barba y aquellas mejillas han tomado la forma con que se nos presentan á fuerza de descargas eléctricas?

¡Cuánta energía, cuánta perseverancia consumidas en esa tremenda lucha de la mujer por conservar su belleza! Para las pocas que, hastiadas de goces, se resignan á dejarse envejecer, ¡qué alivio deben sentir ostentándose felices, sonrientes y pacíficas como unas ruinas al sol!

FILOLOGÍA

EL ORIGEN DEL LENGUAJE SEGÚN LA BIBLIA, LA FILOSOFÍA Y LA CIENCIA.—El lenguaje puede definirse —según dice el profesor Adolfo Astioli en la *Italia Moderna*— el respiro de la inteligencia, sin el cual sería muda la memoria, sin ídolos el corazón, sin fantasía la imaginación, sin tesoros la mente. Quien preguntare de qué modo las imágenes pintadas en el ojo pueden representarse por sonidos, con poder para expresar ideas y despertarlas en los demás, propondría un problema de tanta dificultad como el de sustituir el color por el sonido, el sonido por el pensamiento y el pensamiento por una voz pintoresca.

En realidad, la palabra no es sólo un signo exterior mecánicamente relacionado con el pensamiento. El pensamiento es una palabra interior, y la palabra es el intermedio entre la inteligencia y su objeto; la palabra es el instrumento de las ideas, no su origen. Entre los sonidos emitidos por el bruto y la palabra humana hay tanta distancia como del cero al uno. El pájaro hace siempre los mismos trinos, como muge el buey ó cacarea la gallina. El hombre tiene un lenguaje exclusivo: no habla si no oye, como sucede con el sordomudo. ¿Quién inventó ese artificio maravilloso de la palabra humana?

La respuesta hebraica está en la Biblia: Dios llevó á los animales ante Adán, que les dió un nombre á cada uno, y el lenguaje fué revelado al hombre por Dios. La Filosofía hace

una objeción: si el lenguaje no es obra nuestra, ¿cómo se hace entender si no se asocia al sonido percibido el pensamiento que le corresponde? ¿Por qué el caballo ó el perro, aunque oyen el sonido de las palabras, no comprenden su significado? Gioberti, para salir al paso de esta dificultad, distingue entre el pensamiento intuitivo que precede al lenguaje, y el pensamiento reflejo que lo presupone: el lenguaje no es el factor de las ideas, sino su instrumento indispensable. A esta doctrina contestan los filósofos modernos: puesto que la intuición de las ideas está siempre presente y el sonido del lenguaje es percibido por el niño desde que nace, ¿por qué éste no comprende y habla súbitamente? El hombre habla solamente cuando es capaz de ideas generales. Cuando el individuo está encerrado en sí, sus sensaciones son mudas. El lenguaje es comunicación entre espíritu y espíritu, y lo que hay de común entre éstos es y no puede ser otro que lo universal.

Los modernos estudios filológicos prueban que el origen de las lenguas es anterior á toda tradición histórica. Bopp, creando la Gramática comparada, reveló el mecanismo del lenguaje, y, tras él, Guillermo Humboldt demostró que todo lenguaje, aunque es una emanación de la naturaleza humana en general, constituye en sí mismo un organismo particular que refleja el carácter especial del pueblo que lo habla.

Por lo demás, Lucrecio había propuesto, respecto al origen del lenguaje, una teoría inadecuada desde luego, pero orientada hacia la verdad, que fué la siguiente: «La naturaleza obliga al hombre á intentar los varios sonidos de la lengua, y á sacar así los nombres de las cosas; muy semejantemente vemos cómo la incapacidad para hablar conduce á su vez á los niños al uso de los gestos». Entre los primeros Padres de la Iglesia, el único que participó de esta idea fué San Gregorio Nacianceno; todos los demás fundadores de la Teología cristiana acogieron la idea de que el idioma original hablado por Dios y enseñado á los hombres fué el hebreo, del que brotaron todas las demás lenguas después de la destrucción de la torre de Ba-

bel; esta doctrina fué sostenida especialmente por Orígenes, San Jerónimo y San Agustín. La Reforma protestante, al ensalzar el valor de la Biblia, intensificó la devoción de la Cristiandad por esta teoría sacra del lenguaje; y sostenida así por los libros sagrados, los Santos Padres y los grandes maestros de la Reforma, era aceptada como cosa indiscutible por todo el mundo culto.

Leibnitz fué el primero que se atrevió á impugnar la primitividad del hebreo, declarando que había tantas razones para suponer que el hebreo hubiera sido el lenguaje primitivo de la humanidad, como para adoptar la idea de Goropio, de que el holandés había sido la lengua hablada en el Paraíso; Leibnitz aplicó el método inductivo á los estudios lingüísticos, y excitó á formar vocabularios y gramáticas comparadas, dando así el primer impulso á estudios serios, que no tardaron en producir las obras á que dieron su nombre Catalina la Grande, de Rusia; el jesuíta español Lorenzo Hervás, y el alemán Adelung con su *Mitridates*.

El descubrimiento del sánscrito fué la chispa eléctrica, que permitió cristalizar en forma regular los elementos vagos y dispersos encontrados por los sabios. El pequeño grupo de eruditos que se distinguieron en estas investigaciones, no tardaron en ser tachados de herejes por los teólogos, que veían así derrumbadas sus creencias. Se llegó con Dugald Stewart á declarar fraudulento el descubrimiento del sánscrito, y se pretendió, para dejar algo á salvo del antiguo dogma, que el hebreo era lengua emparentada con la primitiva. Pero sabios tan autorizados y tan cristianos como Guillermo Jones y Federico Schlegel acabaron de derribar el vetusto edificio levantado por los Padres de la Iglesia y los hombres de la Reforma, y nadie sostiene ya con autoridad la teoría del hebreo como lengua primitiva.

En Alemania, sobre todo, la ciencia filológica tomó tan fuertes posiciones con Schlegel, Humboldt, Bopp y Grimm, que se hizo inexpugnable. Los príncipes del pensamiento teo-

lógico no han aceptado, sin embargo, todavía abiertamente las conclusiones de la ciencia sobre el origen de la palabra. Si bien se mira, se notará que ningún daño sufre por estas conclusiones la religión: nada importa la suerte que hayan corrido los nombres impuestos por Adán á las cosas, ni el origen del nombre Babel, ni la dispersión del género humano; nada de esto afecta á los dogmas fundamentales del Cristianismo, y así se comprende que entre los más notables investigadores en Lingüística y Filología figuren ilustres sacerdotes católicos y protestantes.

PSICOFÍSICA

LA VOLUNTAD COMO MEDIO DE PROLONGAR LA VIDA.—El siglo XIX—dice en *La Revue* su inteligente director, Juan Finot—ha tenido el mérito de sancionar y explicar la existencia real de hechos mirados antes como falsos ó como milagrosos. Los fenómenos más inverosímiles han recobrado su barniz de realidad: hoy admitimos las llagas de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena; su atención, sostenida y fija sobre los puntos en que los clavos y la lanza atravesaron el cuerpo de Cristo, provocaron llagas y derrames de sangre. ¿Por qué negar el hecho palpable de la sugestión, cuando tantos otros más extraños se presentan á nuestra vista? Richet y Barthelemy citan el caso de una madre muy nerviosa que asiste un día á un espectáculo terrorífico: una pesada barra de cortina amenaza desprenderse y caer sobre su hijo; la impresión fué tal, que en el cuello de la madre se formó un círculo eritematoso en el mismo sitio en que suponía que el niño iba á recibir el golpe de la barra.

La influencia de nuestras ideas y sensaciones sobre nuestro cuerpo son múltiples. Basta leer lo que Charcot, Hack Tuke y tantos otros han escrito sobre las curaciones por sugestión, para no dudar ni un momento de los milagros de Lur-

des. El descubrimiento de los nervios vaso-motores, hecho por Claudio Bernard, ha permitido poner orden en los hechos oscuros que provocan la sugestión y la autosugestión: hoy conocemos la acción capital del cerebro, que con ayuda de los nervios vaso-motores obra sobre todos nuestros órganos; los latidos del corazón pueden contenerse, acelerarse y hasta paralizarse bajo el efecto de las emociones, como la cólera ó el miedo: un susto ó una irritación muy fuerte puede hasta matar por síncope. Se necesitarían volúmenes enteros para relatar los casos de la *acción material* del espíritu sobre el cuerpo. Según Hack Tuke, los fenómenos engendrados por el espíritu pueden clasificarse en cinco grupos: estesia, hiperestesia, anestesia, parestesia y disestesia.

Bajo la acción del pensamiento se percibe una sensación en determinada parte del cuerpo; Herbert Spencer dice que viendo frotar una pizarra con una esponja seca sentía la misma impresión que si fuera él mismo el objeto frotado; cuando prestamos atención á un golpe que nos amenaza, sentimos todos sus efectos antes de que llegue. Al lado de estas *estesias* conocemos otros de exacerbación de la sensibilidad (*hiperestesias*), sobre todo por la sugestión; basta indicar á un individuo hipnotizado que tal sitio de su cuerpo le causa dolores, para provocar en él la realidad del fenómeno. La misma sugestión desarrolla también una especie de insensibilidad (*anestesia*); mucho antes del empleo del cloroformo se servían del sueño mesmérico para practicar las operaciones más complicadas, como la ablación del seno hecha por Cloquet en 1829. El caso de la aparición de dolores locales bajo la influencia de otros semejantes (*parestesia*) es también conocido: uno de los más célebres novelistas contemporáneos no puede ver á una persona que sufra de la garganta sin sentir el mismo dolor. Bajo la influencia de un disgusto, los cabellos cambian de color en el espacio de una noche; la idea del disgusto sufrido provoca lágrimas; el furor obra sobre las glándulas salivares; la vergüenza enciende el color de las mejillas; el miedo acciona sobre el co-

razón y los órganos digestivos; la alegría facilita la digestión, y la cólera envenena el organismo.

La Naturaleza ha puesto así á nuestra disposición ciertos medios de acción para facilitar el logro de nuestra dicha en la tierra. Y, sin embargo, son muy pocas las personas que utilizan esos medios, si es que no los emplean al revés. Llegados á cierta edad, nos intoxicamos por la idea del fin próximo. Perdemos la fe en nuestras fuerzas, y éstas nos abandonan. So pretexto de que la edad pesa sobre nuestros hombros, tomamos costumbres sedentarias, y dejamos de velar activamente en nuestras ocupaciones. Poco á poco nuestra sangre, viciada por la ociosidad, así como nuestros tejidos mal renovados, abren la puerta á todas las enfermedades. La vejez precoz nos asedia, y sucumbimos antes de lo debido, á consecuencia de una autosugestión nociva.

Pues bien: tratemos de vivir por autosugestión, en lugar de morir; hagamos entrar y triunfar en nuestra conciencia la posibilidad de vivir más de cien años. Goethe lo ha dicho muy bien: «el hombre puede ordenar á la naturaleza eliminar de su sér todos los elementos extraños que le producen el sufrimiento y la enfermedad». Hay que almacenar en nuestro cerebro sugerencias bienhechoras, serenas y confortantes. Conocida es la base fundamental de la secta de la «ciencia cristiana» de los Estados Unidos: ante una enfermedad manifiesta, afirma y sostiene que no existe, y sugiere la idea de que basta la oración para curar todos nuestros males; y así ha obtenido curas maravillosas y conquistado millones de adhesiones.

Estudiando de cerca la vida de los centenarios, se ve cuánto les ha ayudado la fe optimista en sus fuerzas á soportar el peso de sus años. El barón de Waldeck, que murió en París á los ciento nueve años, no dejaba de creer que viviría mucho tiempo todavía; á los ciento dos años emprendió, con la casa Didot, una enciclopedia de arqueología mejicana en tres tomos, sacando de su apasionamiento por el trabajo razones de vivir. Rigaud, el decano de los alcaldes de Francia en la Exposición

de 1900, se levantaba, á los noventa y dos años, á las cuatro de la mañana, y se ponía en seguida al trabajo después de fricciónarse con agua fría. El almirante inglés W. lleva, á los ochenta y siete años, la misma vida activa que cuando tenía treinta. Margarita Neave, que murió, en 1904, á la edad de ciento once años, seguía preocupándose de lo que pasaba en el mundo, y todos los años enviaba á la reina Victoria, el día de su cumpleaños, un telegrama de felicitación. La señora Viardot, la gran amiga de Turgueneff, sigue dando lecciones de canto á los ochenta y cuatro años, y á su vida activa y á la falta de toda sugestión depresiva debe esa juventud de espíritu que la hace ser todavía una de las más agradables conversacionistas de París. Filiberto Audebrand sigue escribiendo y publicando, á los noventa años, sus deliciosos recuerdos de juventud. Recordemos todos los hombres célebres nonagenarios ó centenarios que se han distinguido siempre por su actividad infatigable y la fe «en su juventud»; cuando se reflexiona sobre su caso, se ve que es la sugestión de la fuerza, la convicción innata de la resistencia posible, así como la ausencia de ideas deprimentes, la que había, sobre todo, contribuído á la conservación de su salud y á su prolongada longevidad. De este modo vemos cuán importante es cerrar su corazón, ó más bien su cerebro, á toda idea nefasta sobre los límites mezquinos de la vida.

La naturaleza, que ha creado los venenos, ha puesto á su lado los antídotos. ¿Qué más desolador para casi todos los mortales que la idea de la vejez inevitable? Y, sin embargo, esa vejez, tan calumniada y tan temida, contiene en sí misma delicias inesperadas; todo depende del ángulo en que nos coloquemos para observarla. Las sugestionnes malas nos vienen, sin embargo, de todas partes; pensamos demasiado en las enfermedades de nuestros órganos, en el desgaste de nuestros tejidos, en la decrepitud fatal. Desconfiamos de nuestras fuerzas físicas é intelectuales, de nuestra memoria, de nuestros dones de conversación y de trabajo; porque los enemigos de nuestra di-

cha nos acechan por doquier. La necesidad de cortarles el paso por medio de buenas autosugestiones se hace cada vez más evidente.

Nuestras supersticiones tienen también en esto su parte de responsabilidad: nos imaginamos que á los sesenta años ha sonado la hora del retiro, y á veces antes, y abandonamos nuestras ocupaciones, ejercicios y placeres: así nos retiramos de la vida, que á su vez se retira de nosotros. La fisiología, sin embargo, nos demuestra que nuestro organismo puede todavía ejecutar *todas* las funciones fisiológicas; y si la digestión ú otra función se halla perturbada, no hay que acusar á la edad, sino al mal uso que hemos hecho de ella. La estadística prueba—y eso en París, con todas las malas condiciones de lo aglomerado de su población—que la edad crítica de la vejez es la de ochenta á ochenta y cinco años; pasada esa edad, hay más probabilidades de morir de muerte natural, y cuanto más viejo se es más seguro se está contra las enfermedades, pasados los ochenta años; la muerte por pneumonía, enfermedades del corazón y congestión cerebral, no es tan frecuente pasados los sesenta años como se cree de ordinario.

La economía racional en el uso de nuestros órganos puede conservar su funcionamiento mucho más de un siglo, sobre todo si desde la juventud se penetra uno de esa verdad. Pero ¿cómo reaccionar contra las influencias funestas que nos acechan? Observémonos en la desgracia y en la felicidad. ¿Qué vemos? Basta á veces que nos digan algo dulce y agradable para que la paz y la serenidad descendan á nuestras almas. Es más: á veces, invadidos por la tristeza, nos ponemos á reflexionar sobre nuestro caso; poco á poco vamos viendo que no hay motivo para desesperar, y nos tranquilizamos. Nada más fácil para llegar al puerto de la dicha que dejarse llevar de las corrientes optimistas.

Todos aquellos que se sienten incapaces de practicar esta filosofía consoladora pueden todavía recurrir á un medio de asombrosa sencillez y de no menor eficacia. Conocida es la his-

toria de aquel enfermo que, padeciendo neuralgias, razonaba su mal tan bien que acabó por hacerlo desaparecer. Se trata de autosugestionarse para cada caso dado, en lugar de recurrir á una doctrina general. ¿No nos enseña la psicoterapia que ciertas enfermedades desaparecen como por encanto á consecuencia de sugestiones constantemente repetidas? El doctor Regnault cuenta que, teniendo que asistir á un hipocondríaco, le aconsejó que escribiese todas las noches en la pared estas palabras: «estoy alegre», y que se durmiese contemplándolas; unas semanas después la alegría empezó á visitar su alma. ¿Quién de nosotros, hablando de Dios, no se vuelve instintivamente hacia el cielo? La ciencia y la razón no pueden nada contra la repetición mecánica de estas palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos».

¡Qué recursos inagotables se ofrecen así contra las depresiones del ánimo y las invasiones de los años! No dejemos de pensar en los ejemplos consoladores de la vejez serena y de la longevidad probable; poco á poco nos formarán una guardia de honor nuestras visiones optimistas, velando por que las aprensiones emponzoñadas no envenenen nuestra conciencia. Nuestros temores irreflexivos, al desmoralizar nuestra conciencia, aceleran su marcha destructiva. Suframos sobre todo la sugestión más poderosa, la del trabajo; continuemos nuestra juventud bajo su influencia protectora. Ocupemos nuestro espíritu y no dejemos en la holganza debilitarse nuestro cuerpo. No pensemos nunca en envejecer. Así retrasaremos la llegada de la vejez y de la muerte.

LITERATURA

LA SÁTIRA POLÍTICA EN ROMA EN EL SIGLO XIX.—Roma ha sido en la antigüedad la ciudad por excelencia de la sátira, y ya decía el gran lírico latino que *satyra tota romana est*. En la Edad Media desapareció ó, por lo menos, tomó formas que nos son desconocidas. Pero llegado el Renacimiento, apareció

Pasquin, y con él en el siglo xvi resucitó la sátira. Jorge Bourgin estudia en la *Grande Revue* la historia á grandes rasgos de ese género especial de sátira introducido por Pasquin, y los resultados de ese estudio son los que ofrecemos á nuestros lectores.

No se sabe á punto fijo quién fué Pasquin; un sastre maldiciente, un barbero ó un maestro de escuela ó una tertulia de poetastros. Lo positivo es que, desde 1500, en el zócalo del torso informe que adorna el ángulo del palacio Braschi comenzaron á verse pegados papelitos satíricos, leídos y comentados burlescamente por los transeuntes, con tanto éxito, que de buena gana el Papa Adriano VI hubiera mandado arrojar el torso al Tíber, si el duque de Sesa no le hubiera hecho notar que desde el fondo del río seguiría Pasquin hablando como las ranas de la fábula; al principio los papelitos estaban en latín, como el lanzado contra el Papa Urbano VI (Barberini), que es el primero de que se hace mención, y en el que, aludiendo á la orden dada por este Papa de fundir varios broncees antiguos para hacer cañones, se decía: *quod non fecerunt Barbarit, fecit Barberini*; más tarde se escribieron en romanesco ó italiano, adquiriendo el carácter popular que los distingue. Pronto Pasquin fué insuficiente para la censura, y entonces se recurrió á la estatua de Marforio; en ésta se pegaban preguntas insidiosas, que luego eran contestadas por Pasquin; después se utilizaron también con el mismo objeto los monumentos de Lucrecia y del abate Luis, y así se desahogaba el pueblo con sus pasquines. Los Papas tuvieron que aguantarse: Sixto V, el Concilio de Trento y Benedicto XVI formularon penas contra los satirizantes; pero todo fué inútil, y este género de sátira vivió hasta que la libertad de la prensa, con la caída del reino papal en 1870, la hizo inútil.

A fines del siglo xviii Roma acogió muy mal la revolución y los franceses, y Pasquin se mofaba de la república romana instaurada por el Directorio. «¿Qué tiempo hace, Pasquin?»—preguntaba Marforio; y Pasquin respondía: «Tiempo

de ladrones». Sobre unos árboles de la libertad se habían puesto gorros frigios, y Pasquin decía: «¡Árboles sin raíces, gorros sin cabeza! Roma en verdad no seguirá siendo República!»

Proclamado emperador Napoleón, Roma seguía siendo hostil al espíritu francés. He aquí cómo trataba Pasquin á Napoleón: «Asesino coronado á quien se llama héroe, el primer ateo entre los ateos de la tierra, tirano infame, que haces descansar tu imperio sobre horribles carnicerías: por ti gime Europa y por ti languidecerá, consumida por tantas miserias, y más cargada de sangre que de lágrimas; un solo instante más, y pasto inmundo será para los perros tu despojo exangüe, vil oprobio del hombre, horror del mundo». Los clérigos se desatan en injurias bíblicas en que se compara á Napoleón con Baltasar, con Judas, con Herodes, y uno de ellos dice: «Si no lo cuelgan, bien veo que irá todavía más arriba, al mismo cielo, á robar la substancia divina al Padre Eterno». Otro lo compara con César: «César, como tú, dió la paz suprema á la tierra, regada por él de sangre; César, como tú, elevó al trono á los que había vencido; César, como tú, extendió su mano hacia el último poder; César, como tú, cargado de laureles, dió leyes á los vencidos; César, como tú, obtuvo todos los honores y dignidades: no te falta más para ser César que un Bruto». De Murat, rey de Nápoles, decía: «Fué rey cuando los monarcas y las reinas salieron de las plazuelas y de los lupanares».

Caído Napoleón y vuelto Pío VII á Roma, Pasquin sigue siendo *zelante* exaltado, enemigo de toda innovación, y hace la guerra al cardenal Consalvi por ser moderado y querer gobernar transigiendo. «El alma de Pío VII, dice, vuela al cielo.—¿Quién eres?—le pregunta San Pedro.—Tu sucesor soy, defensor de la fe y del Evangelio.—¿Y las llaves?—No las tengo.—¿Y esperas entrar aquí sin las llaves que se te han confiado para el Gobierno divino?—Consalvi es el que las ha tenido siempre; le he mandado un correo, pero tampoco las tiene él, porque se las ha cogido su camarero favorito.»

El Cónclave se había reunido, y los pasquines llovían ridiculizando á unos y á otros. Elegido el zelante Genga que tomó el nombre de León XII, Pasquino se revuelve contra sus intránsigencias, que le hicieron restablecer la picota y declarar obsceno el vals, y á la muerte del Papa, que murió á consecuencia de una operación por su antigua mala vida, Pasquin se despachó á su gusto: «Un extranjero, viendo pasar á Genga, preguntó: ¿es ése el Padre Santo? El capitán de los suizos respondió: santo no, pero padre sí». Sobre su sepulcro proponía se escribiese: «Aquí yace Genga, para su descanso y el nuestro». También se fijaban anuncios como éste, que revelaban las aficiones del Papa á los jesuítas: «Quien haya encontrado alguna persona llorando la muerte de León XII, que la lleve á la sacristía de los jesuítas, donde la darán cien escudos de gratificación».

Durante el nuevo Cónclave, los pasquines no cesaron, zarrandeando los nombres de los presuntos candidatos con sus vicios y ridiculeces. Fué elegido Pío VIII, que era bastante feo y muy grueso, pero que sólo reinó veinte meses. Belli hacía decir á Pasquin: «¡Vaya una flor de Papa! ¡Ay! Tiene de herpes lleno el cuerpo y sin un diente; es tuerto y anda cojeando. ¡Qué triste figura de Cristo sobre la tierra!» Cuando murió, dijo: «Nuestro Pío fué Papa, vivió y murió; y gracias á Dios, nadie lo ha notado».

Elegido Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI, y á quien los ferrocarriles le parecían una invención del diablo, Pasquin no tardó en echarle en cara su afición á la bebida: «El Papa Gregorio, decía, es un hombre que, para beber, prefiere el vino de Burdeos; pero dicen que el médico le ha ordenado templar este vino por ser demasiado fuerte, y se dice que el Papa, á causa de esta prohibición, bebe el Burdeos estirándolo con el Orvieto». Gregorio se divertía muchísimo leyendo las novelas de Paul de Kock, que le hacían reir hasta llorar, y pasaba el tiempo jugando á juegos inocentes en los jardines del Vaticano con su favorito Gaetano Moroni. El satírico Belli

se burlaba de aquella vida papal en multitud de sonetos como éste: «¡Ah! ¿Conque no hace nada el Papa? ¡Ah! ¿Conque no hace nada? ¡Ah! ¿Conque no hace nada, modorros? ¡Que el diablo os lleve si no se mata día y noche! ¿Quién habla con Dios Padre Todopoderoso? ¿Quién recoge tantos hijos de cortesanas? ¿Quién derrama las indulgencias á toneles? ¿Quién va en carroza á bendecir al pueblo? ¿Quién le ayuda á crear los cardenales, á inventar gabelas de parte de Dios?»

Sostenido por Austria, y apenas molestado por Francia, Gregorio XVI prosiguió una política de represión contra los liberales, de los que 1.500 tuvieron que refugiarse en Francia. Uno de los adversarios más curiosos del régimen fué el poeta romanescó G. Belli, portavoz de Pasquin, que no dejaba pasar ningún suceso sin lanzar su correspondiente saeta; así, cuando el préstamo hecho por los Rothschild al Papa, exclamó: «¡Oh! ¡Recibir dinero de un hombre que ha matado á Jesucristo!»; para explicar al pueblo el sistema teocrático, decía: «Los cardenales hacen al Papa, y el Papa, cuando es Papa, hace los cardenales; es rábano y rabanillo, botas y cuero de botas»; explicando el sentido de las famosas S. P. Q. R. de los monumentos antiguos, decía que significaban: «Soli Preti Qui Regneno» (sólo curas aquí reinan). A fines de Mayo de 1846, Gregorio XVI cayó enfermo; cuando los médicos declararon que ya no había esperanza, todos le abandonaron, hasta Moroni, y sólo un criado que por casualidad entró en su habitación, se enteró de que estaba agonizando. En Roma celebraron mucho su muerte, y Pasquin decía: «El Papa toma el camino del Paraíso; habiéndose encontrado con San Pedro, le pregunta cansado:—Decidme, San Pedro, ¿falta todavía mucho camino?—Mucho.—¡Pero si estoy tan fatigado!—Pues mira, si hubieras hecho los ferrocarriles, ya habrías llegado». Al recibirle luego en el cielo, San Pedro le preguntó si tenía las llaves; pero no llevaba más llaves que las de la bodega. En su testamento se suponía que había mandado que lavaran su cuerpo con Orvieto y lo embalsamaran con Champagne y

Madera, y que dejaba á sus acreedores únicamente las botellas vacías, cuyo importe subió á 26.000 escudos.

Pío IX fué acogido con aplausos entusiastas. «Cuando le ves, decía Pasquin, con sus hermosos ojos y su risueña boquita, ¿no sientes, pueblo, remover tus tripas?» Pío IX se abandonaba á la corriente liberal; pero aquello duró poco, y ya Pasquin se escamaba de la cosa. «No nos hagamos ilusiones, Marforio, hablemos francamente: decir cura patriota es decir mirlo blanco, como cuando se dice: Papa y liberal.» Tras el asesinato de Rossi, Pío IX dejó á Roma por Gaeta, y se entregó en brazos de la reacción; gracias á la protección de Francia logró volver á Roma, recuperando sus Estados y entronizando la reacción; pero Pasquin, sin acobardarse, decía proféticamente: «Presbíteros vengativos, Napoleón cayó. ¿Sabéis por qué? Porque no os degolló á todos; dos veces habéis caído ya, sin comprender la lección; os aseguro que la tercera tormenta os aniquilará á todos».

La alta sociedad no escuchaba la voz vengadora de la sátira, y estaba entregada á las delicias del triunfo, prodigando recepciones fastuosas á los oficiales de Oudinot; el Papa mismo quiso que se celebrara alegremente el Carnaval de 1850, y pagó máscaras para distraer al pueblo. Pasquin vertía todas las acritudes de su sátira contra los franceses y contra Napoleón, llegando en sus epigramas á flagelar cruelmente las costumbres del entonces Príncipe-Presidente. Más tarde, al aliarse Napoleón con el Piamonte, Pasquin se reconcilió con Francia; después de Solferino, Pasquin, desde una torre, mira lo que pasa y habla con Marforio. «—¿Qué ves sobre el mar?—le pregunta éste.—La flota de Inglaterra.—¿Y en la tierra?—Los austriacos que huyen.—¿Y en el aire?—El Gobierno del Papa.»

El 6 de Junio de 1861 murió Cavour, llorado por el partido liberal. El partido clerical hizo circular una tarantela en la que aparecía Cavour bajando al infierno y encontrándose allí con Voltaire, Robespierre, Enrique de Inglaterra, Lutero y

los muertos de Solferino y de Magenta, esperando á que los demás jefes del movimiento unitario viniesen á reunirse con ellos. Desde aquel instante, los dos partidos hostiles, el clerical ó pontificio y el liberal ó italiano, no dejaron de lanzarse epigramas. Como en 1862 se hubiera dado orden de iluminar las casas para celebrar el aniversario de la vuelta á Roma de Pío IX, Pasquin decía: «Se piden luces al pueblo romano; pero en vano alumbran las lamparillas. ¡Ay! Si los curas tienen tantos deseos de luz, ¡iluminadlos vos, Señor Dios!» La declaración de la infalibilidad del Papa hizo decir á Pasquin: «Cuando Eva mordió é hizo que Adán mordiese la manzana, Dios, para salvar al hombre, hombre se hizo; para destruir al hombre, Pío IX, nacido en el fango, quiere hacerse Dios».

El 20 de Julio de 1870 se proclamó la infalibilidad; la víspera se había declarado la guerra á Prusia por Francia; el 20 de Septiembre entraron en Roma las tropas liberales de Víctor Manuel, y el pueblo romano, por 130.000 votos contra 1.500, afirmó su deseo de que Roma fuese la capital de Italia. Aquel día Pasquin y Marforio cesaron en sus funciones, y la sátira romana perdió su especialísima forma de expresión.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA NOVELA ERÓTICA EN INGLATERRA.—Desde hace cinco ó seis años—dice en la *Monthly Review* Bazil Toser—la novela inglesa sufre una lastimosa evolución. Si se toman las 87 novelas que han tenido más boga en los tres años y medio últimos, se verá que 17 afectan burlarse del matrimonio como una antigualla; 11 elevan al pináculo los cómplices quiméricos de imaginarios casos de divorcio; 22 tienden á que se admita que en los hombres casados es lícito sostener queridas públicamente; 7 se mofan de la mujer que ha permanecido fiel á su marido; y 23 describen la seducción tan claramente como es posible hacerlo en un libro que ha de figurar en los escaparates de las

librerías. Además de las ideas falsas que dan sobre la vida semejantes obras, se despierta en los lectores el apetito por algo más picante todavía, y, como consecuencia, se ahoga casi inevitablemente el deseo de leer libros de positivo mérito literario.

No es extraordinario oír á las señoras preguntarse qué libros han leído y pueden recomendar que sean realmente «de alto gusto», expresión que significa, tratándose de novelas, cierta dosis de inmoralidad. Una de estas señoras confesaba ingenuamente que, en cuanto tomaba un libro, buscaba los pasajes tildados de equívocos, y que lo demás no la interesaba. ¿Hay nada más lamentable? Dad á semejante lectora una obra maestra de Maupassant, Zola ó Loti, y sólo se fijará en dos ó tres páginas que, introducidas incidentalmente, tratan de asuntos escabrosos. Y las verdaderas cualidades del libro, el poder dramático, el encanto del estilo, la vigorosa creación de los caracteres, la dejarán indiferente. Pues esa señora es el tipo de una clase de lectores más numerosa cada vez.

Y no es esto sólo, sino que los libros más atrevidos (podría decirse los más excitantes) son los que salen de la pluma de la mujer. Mientras el hombre capaz de escribir bien una novela estima más artístico velar hasta cierto punto algunas escenas, la novelista del mismo talento, en las descripciones similares, arranca al velo todos los jirones que puede. Y cada una quiere ir más allá que sus antecesoras en este camino extraviado. La tendencia de la novela moderna es tratar asuntos sucios con plena libertad, de todo punto inútil y malsana. ¡Y si siquiera se tratase de obras maestras de estilo y de dicción! Pero eso es precisamente lo que no son, ni siquiera pretenden serlo.

*
* *

LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO.—En el Africa central se padece la enfermedad del sueño; encargado de estudiarla por el Gobierno inglés, el coronel Bruce acaba de publicar los resultados de su información. No hay duda ya, según *La Revue*, de

que la mosca infecciosa *glossina palpalis* es la que, chupando el virus específico en el animal contaminado, pica después al hombre, transmitiéndole la enfermedad. La picadura es tan poco dolorosa, que el hombre no la nota siquiera. Pero mucho tiempo después, al cabo á veces de dos ó tres años, cuando el microbio *trypanosoma gambiense* llega al canal cerebro - espinal, es cuando se comprueban los fenómenos morbosos. Los vasos sanguíneos del cerebro se obstruyen entonces, y la sustancia cerebral queda privada de alimento; las más afectadas son las glándulas linfáticas del cuello.

La enfermedad del sueño reina especialmente en las regiones de los juncales, á orillas de los ríos y los lagos, pues la *glossina palpalis* no se encuentra á más de cien metros de estos sitios; pero es tan abundante, que en la Uganda, de 1901 á 1904, han muerto de esta enfermedad más de cien mil personas. Los indígenas se niegan á tomar precauciones, no creyendo en el peligro de la picadura, y de ahí su mortalidad. En la región del Victoria Nyanza, cuando se bañan salen cubiertos de moscas, y no las hacen caso. El daño es fatal, y todavía no se ha encontrado remedio para curarlo radicalmente, pues el arsénico lo alivia, pero no lo cura. El verdadero remedio está en matar las moscas, y para ello abatir los juncales que las sirven de abrigo, y eso es lo que hacen los blancos; pero la gente del país es abandonada, y había que emplear serias medidas de rigor para extirpar el mal.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Patología del instinto de conservación, por Rodolfo Senet.—Buenos Aires, Biblioteca científica argentina, 1906.

El Sr. Senet escribe mucho, quizá demasiado. En pocos años ha dado á luz múltiples escritos. Ello indica una gran laboriosidad, aun cuando acaso no estuviera mal combinarla con cierta dosis de reposo, á fin de dar tiempo á que las nuevas adquisiciones del espíritu se fuesen filtrando lentamente y siendo sometidas á un trabajo de depuración, crítica y sedimentación.

Al libro *Apuntes de Pedagogía*, de que se dió cuenta en esta misma Revista hace tan sólo unos meses, han seguido ya, en menos de medio año, otros dos ó tres, el último de los cuales, hasta ahora, es el de que aquí se trata, *Patología del instinto de conservación*.

En realidad, es un pequeño tratado de psiquiatría, un tratado de psiquiatría relativo á las alteraciones y manifestaciones morbosas del instinto de conservación. El Sr. Senet es director de la Escuela Normal de Pergamino, en su país, y este cargo le permite hacer y recoger muchas observaciones, singularmente sobre muchachos y jóvenes; observaciones que le sirven de material de estudio y de comprobación y contraste de las doctrinas expuestas por los tratadistas, las cuales le son al Sr. Senet bastante familiares. En el libro hay algunos datos propios. Pero lo más aceptable de todo él acaso sea su carácter vulgarizador.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Página.</u>
<i>El sepulcro de Don Quijote</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>La fuerza de los Estados</i> , por Pascual Santacruz.....	18
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	35
<i>Diapasón moral</i> .—Un poco de psicología criminal, por P. Dorado..	48
<i>La evolución histórica del signo de la Cruz</i> , por Edmundo González-Blanco.....	62
<i>Estudios artísticos</i> , por Angel Guerra.....	86
<i>España fuera de España</i> .—Cicerón y los españoles, por H. de la Ville de Mirmont.....	102
<i>Alma de niña</i> , por Dostoiewsky.....	122
<i>Crónica literaria</i> (<i>Cassandra</i> , por D. Benito Pérez Galdós), por E. Gómez de Baquero.....	161
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	173
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado	203

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Floren-
cia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.